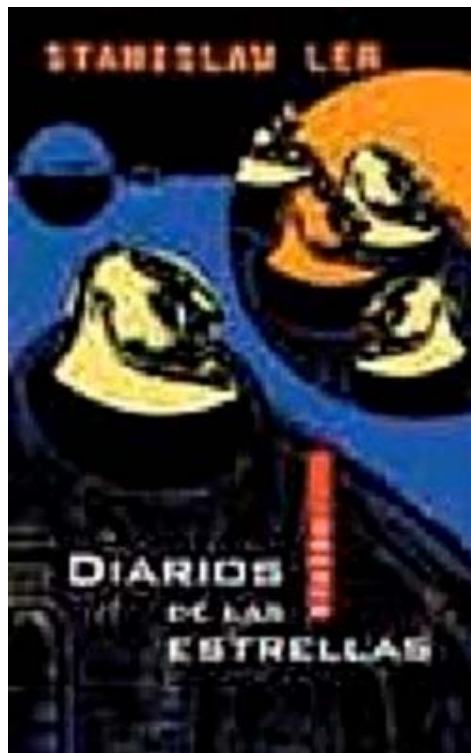


DIARIOS DE LAS ESTRELLAS, VIAJES



Stanislaw Lem

Título original: Dzienniki Gwiazdowe

Traducción: Jadwiga Maurizio

© 1971 by Stanislaw Lem

© 1978 Editorial Bruguera, S. A.

Camps y Fabrés, 5. Barcelona

ISBN 84-02-06428-0

Edición digital: ULD

R6 08/08

ÍNDICE

Viaje séptimo

Viaje octavo

Viaje undécimo

Viaje duodécimo

Viaje decimotercero

Viaje decimocuarto

Viaje decimoctavo

Viaje vigésimo

DE LOS DIARIOS ESTELARES DE IJON TICHY

VIAJE SÉPTIMO

Cuando el lunes, día dos de abril, estaba cruzando el espacio en las cercanías de Betelgeuse, un meteorito, no mayor que un grano de habichuela, perforó el blindaje e hizo añicos el regulador de la dirección y una parte de los timones, lo que privó al cohete de la capacidad de maniobra. Me puse la escafandra, salí fuera e intenté reparar el dispositivo; pero pronto me convencí de que para atornillar el timón de reserva, que, previsora, llevaba conmigo, necesitaba la ayuda de otro hombre. Los constructores proyectaron el cohete con tan poco tino, que alguien tenía que sostener con una llave la cabeza del tornillo, mientras otro apretaba la tuerca. Al principio no me lo tomé demasiado en serio y perdí varias horas en vanos intentos de aguantar la llave con los pies y, la otra en mano, apretar el tornillo del otro lado. Perdí la hora de la comida, pero mis esfuerzos no dieron resultado. Cuando ya, casi casi, estaba logrando mi propósito, la llave se me escapó de debajo del pie y voló en el espacio cósmico. Así pues, no solamente no arreglé nada, sino que perdí encima una herramienta valiosa que se alejaba ante mi vista y disminuía sobre el fondo de estrellas.

Un tiempo después, la llave volvió, siguiendo una elipse alargada, pero, aun convertida en un satélite de mi cohete, no se le acercaba lo bastante para que pudiera recuperarla. Volví, pues, al interior de mi cohete y me dispuse a tomar una cena frugal, reflexionando sobre los medios de resolver esa situación absurda.

Mientras tanto, la nave volaba a velocidad creciente que no podía regular por culpa de aquel maldito meteorito. Menos mal que en la línea de mi travesía no se encontraba ningún cuerpo celeste; de todos modos había que poner fin a ese viaje a ciegas. Dominé durante un buen rato mi nerviosismo, pero cuando, al empezar a lavar los platos, constaté que la pila atómica, sobrecalentada por el gran trabajo que debía realizar, me había estropeado el mejor trozo de filete de ternera que guardé en la nevera para el domingo, perdí los estribos y, profiriendo las más terribles palabrotas, estrellé contra el suelo una parte del servicio de mesa. Reconozco que mi acto no fue muy sensato, pero me alivió mucho. Por si fuera poco, la ternera que había tirado por la borda no quería alejarse del cohete, sino que daba vueltas alrededor de él, convertida en su segundo satélite artificial, ocasionando regularmente, cada once minutos y cuatro segundos, un corto eclipse solar. Para calmar mis nervios, me dediqué a calcular los elementos de su movimiento y las perturbaciones de la órbita provocadas por las interferencias de la de la llave perdida. El resultado obtenido al cabo de varias horas de trabajo me informó que durante los próximos seis millones de años la ternera precedería a la llave circundando el cohete por una órbita circular, para después adelantarse a la nave. Finalmente, ya cansado, me acosté. En medio de la noche tuve la sensación de que alguien me sacudía el hombro. Abrí los ojos y vi a un hombre inclinado sobre mi cama. Su cara no me resultó desconocida, pero no tenía ni idea de quién era.

—Levántate —dijo— y coge las llaves; vamos arriba para atornillar el timón...

—En primer lugar, no nos conocemos tanto como para que me tutee —repliqué—, y además, sé que usted no está aquí. Este es ya el segundo año que voy solo en el cohete, ya que estoy volando desde la Tierra a la constelación de Aries. Por tanto, no es usted más que un personaje de mi sueño.

Pero él seguía sacudiéndome e insistiendo que fuera a buscar las herramientas.

—Tonterías —le espeté, empezando a enfadarme, porque temía que este altercado me despertara. Sé por experiencia cuánto cuesta volver a dormirse después de un despertar

de esta clase—. No pienso ir a ninguna parte, porque de nada serviría. Un tornillo apretado en sueños no resuelve una situación que existe cuando uno está despierto. Haga el favor de no molestarme y esfumarse o marcharse del modo que usted prefiera, si no, puedo despertarme.

—¡Pero si no estás durmiendo, palabra de honor! —exclamó la testaruda aparición—. ¿No me reconoces? ¡Mira aquí!

Me indicó con un dedo dos verrugas de tamaño de una fresa silvestre que tenía en la mejilla izquierda. Por reflejo, puse la mano en mi cara, porque yo justamente tengo en ese sitio dos verrugas idénticas a las suyas. En este mismo momento me di cuenta de por qué el personaje del sueño me recordaba a alguien conocido: se me parecía a mí como se parecen dos gotas de agua.

—¡Déjame en paz! —voceé cerrando los ojos para preservar la continuidad de mi sueño—. Si eres yo, no tengo por qué tratarte de usted, pero al mismo tiempo es la mejor prueba de que no existes.

Me di la vuelta en la cama y me tapé la cabeza con la manta. Oí que decía algo acerca de idiotas e idioteces, hasta que, exasperado por mi falta de reacción, gritó:

—¡Lo lamentarás, imbécil! ¡Y te convencerás, demasiado tarde, de que no era ningún sueño!

No me moví. Por la mañana, cuando abrí los ojos, me acordé en seguida de la extraña historia nocturna. Me senté en la cama y me puse a pensar en las curiosas bromas que gasta a un hombre su propia mente: he aquí que, no teniendo a bordo ninguna alma gemela, me desdoblé en cierto modo en sueños ante la necesidad urgente de dar solución a un problema importante.

Constaté, después de desayunar, que el cohete había experimentado durante la noche un aumento de velocidad considerable; empecé, pues, a hojear los tomos de la pequeña biblioteca de a bordo, buscando en los manuales un consejo para mi peligrosa situación. Sin embargo, no encontré nada. Desplegué entonces sobre la mesa un mapa de estrellas y, a la luz de la cercana Betelgeuse, velada a ratos por la ternera que volvía sobre su órbita, busqué en la región en la que me encontraba la sede de alguna civilización cósmica que pudiera prestarme ayuda. Pero era un desierto estelar completo, que todas las naves evitaban por ser un terreno excepcionalmente peligroso, puesto que se encontraban en él unos remolinos de gravitación, tan enigmáticos como amenazadores, en la cantidad de 147, cuya existencia tratan de aclarar seis teorías astrofísicas, cada una de modo diferente.

El calendario cosmonáutico advertía a los viajeros sobre las consecuencias imprevisibles de los efectos relativísticos que pueden tener el paso por un remolino, sobre todo si la nave desarrolla una gran velocidad.

A mí estas advertencias no me servían, ya que no tenía control de mi nave. Calculé solamente que chocaría con el borde del primer remolino a eso de las once, así que me di prisa en la preparación del desayuno, para no tener que enfrentarme con el peligro en ayunas. Estaba secando el último plato cuando el cohete empezó a dar tumbos y sacudidas tan fuertes, que los objetos volaban de una pared a otra. Me arrastré a duras penas hasta la butaca, a la cual logré atarme. Mientras las sacudidas se hacían cada vez más fuertes, vislumbré al lado opuesto del habitáculo una especie de neblina lila, y en medio de ella, entre la pica y la cocina, una confusa silueta humana con delantal, vertiendo huevos batidos en la sartén. La aparición me miró con atención, pero sin ninguna señal de asombro, después de lo cual se desdibujó y desapareció. Me froté los ojos. Como mi soledad era un hecho irrefutable, atribuí aquella imagen a un aturdimiento momentáneo.

Sentado en mi butaca, o, mejor dicho, saltando junto con ella, comprendí en un momento de clarividencia que no fue una alucinación. Justo entonces pasaba cerca de mí un grueso volumen de la Teoría General de la Relatividad. Probé atraparlo al vuelo, lo que

conseguí al cuarto intento. No era nada fácil hojear el pesado libro en aquellas condiciones —las fuerzas que hacían dar tumbos de borracho a la nave eran terribles—, pero encontré por fin el párrafo que me interesaba. Se hablaba en él de los fenómenos del llamado lazo temporal, o sea, la inflexión de la dirección del fluir del tiempo dentro del área de los campos gravitacionales de tremenda fuerza, que pueden provocar incluso -un cambio de la dirección tan radical que ocurre lo que se llama la duplicación del presente. El remolino que acababa de atravesar no era de los más potentes. Sabía que si pudiera desviar un poquito la proa de la nave hacia el polo de la Galaxia, cortaría el llamado Vórtex Gravitatiosus Pinckenbachii, donde fueron observados repetidas veces los fenómenos de la duplicación y hasta triplicación del presente.

Me llegué a la cámara de los motores y, a pesar de la inmovilización de mis timones, manipulé tan asiduamente los aparatos, que conseguí una ligera desviación de mi trayectoria hacia el polo galáctico, operación que exigió varias horas de trabajo. Su resultado sobrepasó mis previsiones. La nave alcanzó el centro del remolino a medianoche, temblándole y gimiendo toda la estructura, hasta tal punto que temí por mi integridad, pero salió indemne de la prueba. Cuando nos rodeó de nuevo la paz cósmica habitual, abandoné la cámara de los motores, para verme a mí mismo en la cama, sumido en profundo sueño. Comprendí al instante que era el yo del día anterior, o sea, de la noche del lunes. Sin reflexionar en el lado filosófico de aquel fenómeno más bien fuera de serie, me puse a sacudir al dormido por el hombro, gritándole que se levantara en seguida, ya que sabía cuánto tiempo duraría su existencia del lunes en la mía del martes. El arreglo de los timones era urgente y había que aprovechar la existencia simultánea de ambos, sin pérdida de tiempo.

Pero el dormido abrió solamente un ojo y dijo que no deseaba que le tuteara, y que yo no era más que una fantasmagoría del sueño. En vano le di tirones y más tirones, en vano traté de levantarlo por la fuerza. Se resistía a todos mis intentos, repitiendo tercamente que estaba soñando conmigo. Impasible ante mis juramentos y palabrotas, me explicó con mucha lógica que unos tomillos apretados en sueños no aguantarían el timón durante la vigilia. Ni bajo mi palabra de honor pude convencerle de que se equivocaba; mis súplicas e insultos le dejaron impávido, igual que la demostración de mis verrugas. No quiso creermelo y no me creyó. Se dio la vuelta en la cama y se puso a roncar.

Me senté en la butaca para aquilatar con calma la situación. La estaba viviendo por segunda vez: la primera, el lunes, fui yo quien dormía, y ahora, el martes, el que despertaba al dormido sin resultado. El yo del lunes no creía en la realidad del fenómeno de la duplicación pero el yo del martes ya lo conocía. Era lo más simple del mundo, un lazo temporal. ¿Qué se debía hacer, pues, para reparar los timones? Puesto que el del lunes seguía durmiendo y que yo recordaba que no me había despertado aquella noche hasta la mañana siguiente, comprendí que no valía la pena continuar mis esfuerzos de sacarlo del sueño. Según el mapa, nos esperaban todavía grandes remolinos gravitacionales, así que podía contar con otra duplicación del presente en el transcurso de próximos días. Quise escribirme una carta a mí mismo y prenderla con un alfiler a la almohada, para que el yo del lunes, al despertarse, pudiera convencerse de manera palpable de que el supuesto sueño era una realidad.

Pero, cuando me hube sentado a la mesa con una pluma en la mano, oí un ruido sospechoso en los motores, me fui, pues, allá y regué con agua la pila atómica sobrecalentada hasta el alba, mientras el yo del lunes dormía profundamente, lamiéndose los labios de vez en cuando, lo que me ponía bastante nervioso. Sin haber cerrado un ojo, hambriento y cansado, me preparé el desayuno; estaba secando los platos cuando el cohete irrumpió en un nuevo remolino gravitacional. Me veía a mí mismo del lunes mirándome estupefacto, atado a la butaca, mientras el yo del martes freía una tortilla. Una sacudida muy fuerte me hizo perder el equilibrio, me caí y perdí un instante el

conocimiento. Cuando volví en mí, en el suelo, rodeado de trozos de porcelana, vi junto a mi cara los pies de un hombre.

—Arriba —dijo, ayudándome a levantarme—. ¿Te has hecho daño?

—No —contesté, apoyando las manos en el suelo, porque la cabeza me daba vueltas—. ¿De qué día de la semana eres?

—Del miércoles —repuso—. Vamos rápidamente a arreglar el timón, no perdamos tiempo.

—¿Y dónde está el del lunes? —preguntó.

—Ya no está, o tal vez lo seas tú.

—¿Por qué yo?

—Sí, porque el del lunes se convirtió en el del martes durante la noche del lunes a martes, etc.

—¡No entiendo!

—No importa, es falta de costumbre. ¡Ven, date prisa!

—Ya voy —dije, sin moverme del suelo—. Hoy es martes. Si tú eres del miércoles y el miércoles los timones no están arreglados, sabemos, por deducción, que algo nos impedirá la reparación, ya que, en el caso contrario tú, el miércoles no me apremiarías para que los arreglara contigo el martes. Tal vez fuera mejor, pues, no arriesgar la salida afuera.

—¡Estás divagando! —exclamó—. Piensa un poco, hombre. Yo soy el miércoles y tú eres el martes; en cuanto al cohete, supongo que es, si se puede decir, abigarrado. Tendrá sitios donde es martes, en otros será miércoles, incluso puede haber un poco de jueves. El tiempo se mezcló como cartas de una baraja al atravesar aquellos remolinos, pero a nosotros, ¿qué nos importa si somos dos y, gracias a ello, tenemos la posibilidad de reparar el timón?

—¡No, no tienes razón! —contesté—. Si el miércoles, en el cual tú estás, habiendo vivido y dejado atrás todo el martes, si el miércoles, repito, los timones no están reparados, por consiguiente no lo fueron el martes, ya que ahora es martes y si tuviéramos que arreglarlos dentro de un rato entonces este rato sería para ti el pasado y no habría nada por arreglar. Por ende...

—¡Por ende eres cabezota como un asno! —gruñó—. ¡Lamentarás tu estulticia! La única satisfacción que tengo es que rabiarás contra tu terquedad obtusa, como yo ahora, cuando llegues a miércoles.

—¡Ah, ya está! ¿Quieres decir que yo, el miércoles, seré tú y trataré de convencerme a mí, del martes, como lo estás haciendo tú en este momento, sólo que todo será al revés, tú serás yo y yo tú? ¡Entiendo! ¡En esto consiste el lazo del tiempo! Espera, ya voy, voy en seguida, lo he comprendido todo...

Pero, antes de que me hubiera levantado del suelo, caímos en otro remolino y una fuerza de gravitación descomunal nos aplastó contra el techo.

Durante toda la noche de martes a miércoles no cesaron los terribles saltos y sacudidas. Cuando se hubo calmado todo un poco, la Teoría General de Relatividad me dio un golpe en la frente al cruzar la cabina, tan fuerte que perdí la conciencia. Al abrir los ojos, vi en el suelo fragmentos de la vajilla y, entre ellos, un hombre inmóvil. Me levanté en un salto y, levantándole, exclamé:

—¡Arriba! ¿Te has hecho daño?

—No —contestó abriendo los ojos—. ¿De qué día de la semana eres?

—Del miércoles —repuse—. Vamos rápidamente a arreglar el timón, no perdamos tiempo.

—¿Y dónde está el del lunes? —preguntó, sentándose. Tenía un ojo a la funerals.

—Ya no está, o, tal vez, lo seas tú.

—¿Por qué yo?

—Sí, porque el del lunes se convirtió en el del martes durante la noche del lunes a martes, etc.

—¡No entiendo!

—No importa, es falta de costumbre. ¡Ven, date prisa!

Mientras decía esto, ya estaba buscando las herramientas.

—Ya voy —dijo lentamente, sin mover ni un dedo—. Hoy es martes. Si tú eres del miércoles, y el miércoles los timones no están arreglados, sabemos, por deducción, que algo nos impedirá la reparación, ya que, en el caso contrario, tú, el del miércoles no me apremiarías para que los arreglara contigo el martes. Tal vez fuera mejor, pues, no arriesgar la salida afuera.

—¡Estás divagando! —chillé enfadadísimo—. Piensa un poco hombre. Yo soy del miércoles y tú eres del martes...

Empezamos a pelear, invertidos los papeles. Llegué a enfurecerme de veras porque no hubo manera de convencerle de que viniera conmigo a reparar los timones, ni siquiera insultándole y comparándole con asnos cabezotas. Cuando por fin conseguí que cambiara de parecer caímos en el remolino gravitacional siguiente. Me cubrí de un sudor frío cuando pensé que desde entonces daríamos vueltas en círculo en aquel lazo temporal hasta la eternidad, pero, por suerte, no fue así. Al debilitarse la gravitación hasta el punto de poder levantarme, estaba otra vez en la cabina. Por lo visto el martes local que se mantenía en las cercanías desapareció, convirtiéndose en un pasado sin retorno. Me senté sin tardar a examinar el mapa, buscando algún remolino decente en el que pudiera introducir el cohete para provocar una nueva inflexión del tiempo que me proporcionaría a un ayudante.

Efectivamente, encontré uno bastante prometedor y, maniobrando los motores, dirigí el cohete, con grandes esfuerzos de manera que pudiera entrar en su mismo centro. Hay que decir que la configuración de aquel remolino era, según el mapa, más bien desacostumbrada: tenía dos centros, uno al lado del otro. Pero yo, en mi desespero no hice caso de esa anomalía.

Durante las horas de trabajo en la cámara de motores me ensucié mucho las manos: fui, pues, a lavármelas, sabiendo que tardaríamos todavía bastante en entrar en el remolino. El cuarto de baño estaba cerrado. Llegaban de él unos sonidos especiales, como si alguien hiciera gárgaras.

—¿Quién hay aquí? —grité, sorprendido.

—Yo —contestó una voz desde dentro.

—¿Quién es ese «yo»?

—Ijon Tichy.

—¿De qué día?

—Del viernes. ¿Qué quieres?

—Quería lavarme las manos... —dije maquinalmente, pensando con intensidad al mismo tiempo; era miércoles noche, y él procedía del viernes; por tanto, el remolino gravitacional al que se acercaba el cohete inflexionaría el tiempo del viernes al miércoles, pero no podía representarme de ningún modo lo que iba a pasar luego dentro del remolino. Lo que más me intrigaba era la cuestión de dónde podía estar el del jueves. Mientras tanto, el del viernes no me dejaba entrar en el baño, a pesar de mis llamadas.

—¡Déjate ya de gárgaras! —vociferé finalmente con impaciencia—. Cada momento perdido nos puede costar caro. ¡Sal inmediatamente y ayúdame con los timones!

—Para eso no te hago ninguna falta —contestó con calma a través de la puerta—. Por ahí debe de andar el del jueves; llévatelo a él...

—¿Quién del jueves? Es imposible...

—Supongo que sé si es posible o no, puesto que ya estoy en viernes, y he vivido tanto tu miércoles como el jueves de él...

No muy seguro de mí mismo, giré en redondo al oír un ruido en la cabina: un hombre estaba sacando de debajo de la cama el pesado estuche de las herramientas.

—¿Tú eres del jueves? —exclamé, corriendo hacia él.

—Exactamente —contestó—. Exactamente... Ayúdame...

—¿Conseguiremos arreglar ahora los timones? —le pregunté, mientras sacábamos la pesada bolsa.

—No lo sé, el jueves no estaban reparados, pregunta al del viernes...

—¡Claro, qué cabeza la mía! —Volví rápidamente a la puerta del baño—. ¡Óyeme, el del viernes! ¿Están listos los timones?

—Hoy viernes, no —repuso.

—¿Por qué no?

—Por eso —dijo, abriendo la puerta. Tenía la cabeza envuelta en una toalla y apretaba contra la frente la hoja de un cuchillo, procurando frenar de este modo el crecimiento de un chichón grande como un huevo. El del jueves se acercó con las herramientas y estaba a mi lado, observando al accidentado con calma y atención. El del viernes dejó sobre una repisa la botella de agua bórica que tenía en la mano libre. Así que fue el gorgoteo del antiséptico lo que yo había tomado por gargarismos.

—¿Qué es lo que te lo hizo? —pregunté, compasivo.

—No qué, sino quién —contestó—. Fue el del domingo.

—¿El del domingo? ¡Pero cómo..., no puede ser! —exclamé.

—Es un poco largo de explicar...

—¡Dejadlo ahora! Corramos afuera, tal vez tengamos tiempo —me dijo el del jueves.

—Pero si el cohete entrará en seguida en el remolino —respondí—. La sacudida puede tirarnos al vacío. Moriremos.

—No digas tonterías —replicó el del jueves—. Si el del viernes está vivo, nada puede pasarnos. Hoy es sólo jueves.

—No, miércoles —protesté.

—Bueno, de acuerdo, da lo mismo. En cualquier caso, el viernes estaré vivo, y tú también.

—Pero somos dos sólo en apariencia —apunté—; en realidad, estoy aquí únicamente yo, sólo que de varios días de la semana...

—Bueno, bueno. Abre la válvula...

Pero resultó que sólo teníamos una escafandra de vacío. No podíamos, pues, salir del cohete ambos a la vez, lo que terminó ese plan de la reparación de los timones.

—¡Maldita historia, demonios! —grité exasperado, tirando al suelo la bolsa de las herramientas—. Había que ponerse la escafandra y no quitársela para nada. Yo no pensé en ello, pero, puesto que eres del jueves, hubieras debido recordarlo!

—El del viernes me quitó la escafandra —replicó.

—¿Cuándo? ¿Por qué?

—No creo que valga la pena explicarlo —se encogió de hombros, se dio la vuelta y volvió a la cabina. El del viernes no estaba. Miré en el cuarto de baño, pero allí tampoco lo encontré.

—¿Dónde está el del viernes? —pregunté extrañado. El del jueves partía sistemáticamente los huevos con un cuchillo y soltaba su contenido sobre la grasa caliente.

—En alguna parte, al lado del del sábado —contestó con flema, mezclando rápidamente los huevos revueltos.

—Lo siento mucho —protesté—; tú ya tuviste tu ración del miércoles y no tienes derecho a cenar otra vez el mismo día.

—Las provisiones son mías tanto como tuyas —dijo levantando tranquilamente con el cuchillo los bordes de la masa—. Yo soy tú y tú yo, así que viene a ser lo mismo.

—¡Qué sofisticada! ¡Deja de poner tanta mantequilla! ¿Te has vuelto loco? ¡No tengo provisiones para tanta gente!

La sartén se le escapó de la mano, yo reboté contra la pared: habíamos entrado en el remolino. La nave volvió a temblar como si tuviera una crisis de paludismo, pero yo pensaba tan sólo en salir al pasillo donde estaba colgada la escafandra, y ponérmela, fuera como fuese. Así, cuando después del miércoles viniera el jueves, yo, convertido en el del jueves (éste era mi razonamiento), llevaría ya la escafandra encima, y si no me la quitaba un solo instante (lo que me proponía firmemente) la llevaría puesta también el viernes. Gracias a esta estrategia, tanto yo del jueves como yo del viernes tendríamos nuestras escafandras y, al encontrarnos en el mismo presente, podríamos por fin reparar los malditos timones. El aumento de las fuerzas de gravitación me aturdió un poco; cuando volví a abrir los ojos, me di cuenta que estaba echado a la derecha del jueves, y no a la izquierda, como antes. No me fue difícil idear todo el plan con la escafandra, pero sí lo era realizarlo porque la gravitación, que iba en aumento, apenas me permitía volverme. Cuando disminuía un poquito, me arrastraba por el suelo milímetro a milímetro hacia la puerta del pasillo. Observé, mientras tanto, que el del jueves hacía exactamente lo mismo. Finalmente, al cabo de una hora, ya que el remolino era muy extenso, nos encontramos aplastados en el suelo junto al umbral de aquella puerta. Pensé que, en el fondo, mis esfuerzos no eran imprescindibles: podía dejar que la abriera el del jueves. Sin embargo, empecé a recordar varios detalles que me hacían comprender que ya era yo el del jueves, y no él.

—¿De qué día eres? —pregunté, para estar seguro. Con la barbilla apretada contra el suelo, le miraba de cerca a los ojos. Abrió la boca con dificultad.

—Del jue... ves —masculló.

Era muy extraño. ¿Continuaría yo, a pesar de todo, siendo del miércoles? Ordené un poco en la cabeza las reminiscencias de los últimos hechos y llegué a la conclusión de que no era posible. El tenía que ser ya el viernes. Ya que antes se me adelantaba un día, seguía seguramente igual. Esperé a que abriera la puerta, pero tuve la impresión de que él se proponía que lo hiciera yo. La gravitación se debilitó notablemente, así que me levanté y salí corriendo al pasillo. Cuando cogí la escafandra, él me echó la zancadilla y me la arrancó de las manos. Me caí cuan largo era.

—¡Canalla, cerdo! —grité—. ¡Hacerse esto a sí mismo! ¡Qué animalada!

Pero él se ponía la escafandra sin hacerme caso. Verdaderamente, se pasaba de canalla. De repente, una fuerza extraña le expulsó fuera de la escafandra, en la cual, por lo visto, estaba ya alguien metido. Todo esto me desconcertó un poco: ya no sabía quién era quién.

—¡Eh, tú, el del miércoles —gritó el hombre de la escafandra—. ¡Agarra al del jueves, ayúdame!

En efecto, el del jueves procuraba despojar al otro de la escafandra, forcejeando con él y vociferando:

—¡Suelta esto!

—¡Vete al cuerno! ¿No ves que me toca a mí y no a ti? —gritó a su vez el otro.

—¡No sé por qué!

—¡Porque, imbécil, yo estoy más cerca del sábado que tú, y el sábado los dos tendremos escafandras!

—¡Eso son ganas de decir tonterías! —intervine yo en su pelea—. En el mejor de los casos, el sábado sólo tú tendrás la escafandra y no podrás hacer nada, idiota. Dámela a mí; si me la pongo ahora, la tendrás el viernes como el del viernes, y yo también el sábado, como el del sábado, lo que quiere decir que en este caso, seremos dos con dos escafandras... ¡El del jueves, échame una mano!

—Déjate de historias —protestó el del viernes, defendiéndose, ya que le quise despojar de la preciada prenda por la fuerza—. Primero, no tienes a quien llamar «el del jueves»,

porque ya pasó la medianoche y ahora mismo tú eres el del jueves; segundo, será mejor que yo me quede con la escafandra, a ti no te servirá de nada...

—¿Por qué? Si me la pongo hoy, la llevaré también mañana.

—Ya te convencerás tú mismo... ¿No ves que yo ya era tú el jueves? Mi jueves ya pasó, así que sé muy bien...

—¡Hablas demasiado! ¡Suéltala ahora mismo! —gruñí con rabia. Pero él se me escapó y tuve que perseguirle, primero por la cámara de motores y luego por la cabina. Efectivamente, en el cohete no había nadie más que nosotros dos. Entendí entonces por qué el del jueves me había dicho que el del viernes le había quitado la escafandra: ahora yo era el del jueves y el del viernes me la estaba quitando a mí. Pero decidí no rendirme tan fácilmente. Espera y verás con quién tratas, pensé. Me fui corriendo a la cámara de motores donde antes había visto en el suelo un fuerte palo que servía para remover la pila atómica, lo agarré y volví a la carrera a la cabina con mi arma. El otro todavía no había tenido tiempo de ponerse el casco.

—¡Quítate la escafandra! —le espeté, apretando con fuerza el palo.

—¡Ni soñar!

—¡Quítatela, te digo!

Dudé un momento si debía pegarle. Me desconcertaba un poco que no tuviera el ojo amoratado ni el chichón en la frente como el del viernes que descubrí en el cuarto de baño, pero de pronto me di cuenta que así tenía que ser. El del viernes era ya seguramente del sábado, acercándose ya tal vez al domingo, mientras el del viernes presente, el que llevaba la escafandra, era hasta hace poco el del jueves, en el cual yo me había convertido a medianoche, así que me estaba acercando por la curva del lazo temporal al sitio en el que el del viernes de antes de la paliza se convertiría en el del viernes apaleado. Pero él me había dicho antes que le arregló así el del domingo, del cual no había ni rastro: en la cabina estábamos sólo él y yo. De pronto, una luz deslumbrante me esclareció los hechos.

—¡Quítate la escafandra! —grité, amenazador.

—¡Vete a la porra, el del jueves! —exclamó.

—¡No soy del jueves! ¡Soy del DOMINGO! —vociferé, acometiéndole. Quiso darme una patada, pero los zapatos de la escafandra pesan mucho; antes de que tuviera tiempo de levantar el pie, le di con el palo en la cabeza. No con demasiada fuerza, evidentemente, ya que ya tenía bastante práctica para saber que, a mi vez, recibiría el golpe cuando pasara a ser del viernes y, con franqueza, no quería partirme el cráneo en dos. El del viernes cayó gimiendo, las manos en la cabeza; le despoje brutalmente de la escafandra y, cuando se marchaba hacia el baño farfullando: «algodón, agua bórica...», empecé a ponerme aquel traje para el vacío, objeto de tanta lucha. Mientras me estaba vistiendo, vi de repente un pie humano que asomaba debajo de la cama. Me arrodillé y miré. Debajo de la cama había un hombre que, procurando no hacer ruido, tragaba vorazmente la última tableta de chocolate con leche que había guardado en la maleta para algún caso de emergencia galáctica. El ladrón se daba tanta prisa que devoraba el chocolate junto con jirones de papel de plata, que se le pegaban a los labios.

—¡Deja ese chocolate! —grité a todo pulmón, tirándole de la pierna—. ¿Quién eres? ¿EL del jueves...? —dije bajando la voz, súbitamente inquieto, pensando que yo tal vez era ya del viernes, lo que significaría que me esperaba la paliza, aplicada por mí al del viernes.

—Soy el del domingo —contestó con la boca llena. Me sentí un poco raro. O mentía, y entonces la cosa no tenía importancia, o decía la verdad, lo que me amenazaba irremediablemente con chichones, ya que fue el del domingo quien pegó al del viernes, tal como el del viernes me había dicho, y yo, haciéndome pasar luego por el del domingo, le di en la cabeza con el palo. En cualquier caso, pensé, aunque mintiera que era del domingo, era probablemente más adelantado que yo y, siendo más adelantado,

recordaba todas las cosas anteriores, sabiendo ya que yo había mentido al del viernes. En estas circunstancias, podía hacerme una treta análoga puesto que lo que fue mi artimaña táctica constituía para él un recuerdo, fácil de aplicar. Mientras yo, indeciso, pensaba en lo que debía hacer, tragó el último trozo de chocolate y salió de debajo de la cama.

—Si eres del domingo, ¿dónde tienes la escafandra? —exclamé bajo el impulso de una idea nueva.

—Ahora mismo la tendré... —dijo tranquilamente. De repente vi que tenía un palo en la mano... Advertí todavía un destello de luz, tan fuerte como una explosión de decenas de supernovas a la vez, y perdí la conciencia. Me desperté, sentado en el suelo del cuarto de baño. Alguien estaba aporreando la puerta. Empecé a curar mis morados y chichones, mientras el otro seguía llamando; resultó que era el del miércoles. Le enseñé finalmente mi cabeza llena de porrazos, él se fue con el del jueves a buscar las herramientas, luego sobrevino el jaleo y la lucha por la escafandra. Salí con vida de todo esto y, el sábado por la mañana, me metí debajo de la cama para ver si encontraba una tableta de chocolate en mi maletín. Alguien me cogió de las piernas mientras estaba comiendo la última que encontré debajo de las camisas; no sé quién era, pero le di por si acaso con un palo en la cabeza, le quité la escafandra y me la estaba poniendo cuando el cohete cayó en el remolino siguiente.

Al volver en mí, vi la cabina llena de gente. Apenas era posible moverse en ella. Resultó que todos eran yo mismo, de distintos días, semanas y meses. Al parecer, había incluso uno del año próximo. Varias personas tenían ojos amoratados y chichones en la cabeza; cinco de los presentes llevaban escafandras. Pero, en vez de salir inmediatamente afuera para arreglar los desperfectos, empezaron a discutir, vociferar y pelearse. Se trataba de saber quién había pegado a quién, y cuándo. La situación se complicaba cada vez más, empezaron a aparecer los de la mañana y los de la tarde; temí que si las cosas seguían así, me fragmentaría en unos yos del minuto y del segundo. Por añadidura, la mayoría de los presentes mentían descaradamente, de tal suerte que hasta hoy día no sé verdaderamente a quién pegué y quién me pegó a mí durante la trifurcación del jueves, el del viernes y el del miércoles que fui sucesivamente. Tengo la impresión que, a causa de haber mentido el del viernes diciéndole que era del domingo, recibí una paliza más de las que resultaban de los cálculos según el calendario. Pero prefiero dejar ya en olvido aquellos momentos desagradables, visto que el hombre que durante una semana no hizo más que pegarse a sí mismo, no tiene de veras de qué enorgullecerse.

Mientras tanto, las peleas continuaban. Era un desespero ver aquella actividad y pérdida de tiempo durante la loca carrera a ciegas del cohete, que le llevaba de vez en cuando a los remolinos del tiempo. Finalmente, los que tenían escafandra se pegaron con los que no las tenían. Traté de introducir un poco de orden en aquel caos y, finalmente, después de unos esfuerzos sobrehumanos, logré organizar una especie de asamblea, cuyo presidente fue proclamado por unanimidad el del año próximo, por ser el de más edad.

Luego escogimos también una comisión escrutinadora, una comisión de arbitraje y una comisión de mociones libres. Cuatro de los del mes próximo fueron encargados del servicio del orden. Sin embargo, durante esos trabajos organizativos pasamos por un remolino negativo que redujo nuestro número a la mitad, de modo que en la primera votación secreta faltó el quórum; no tuvimos, pues, más remedio que cambiar los estatutos antes de proceder a la elección de los candidatos a reparadores de los timones. El mapa anunciaba varios remolinos en nuestra trayectoria, que anulaban los logros obtenidos; a veces desaparecían los candidatos ya escogidos, o bien volvían el del martes y el del miércoles con la cabeza envuelta en la toalla, provocando escenas de mal gusto. Después de pasar un remolino positivo de gran fuerza, apenas cabíamos en la

cabina y en el pasillo, y, por falta de sitio, no se podía ni soñar con abrir la válvula de salida. Lo peor era que las dimensiones de los desplazamientos en el tiempo crecían cada vez más, empezaba a aparecer gente con canas, de vez en cuando se veían entre la muchedumbre unas cabecitas infantiles que, evidentemente, también eran yo mismo en el período de la niñez.

No me acuerdo, de veras, si yo seguía siendo del domingo o era ya del lunes. Por otra parte, esto no tenía importancia. Los niños lloraban, apretujados por el gentío, y llamaban a la mamá. El presidente, el Tichy del año próximo, soltaba tacos, porque el del miércoles, que se metió bajo la cama en una vana búsqueda del chocolate, le mordió en la pierna cuando le había pisado un dedo. Veía claramente que todo esto terminaría mal, tanto más que ya empezaban a aparecer entre nosotros algunas barbas blancas. Entre los remolinos 142 y 143 hice circular entre la gente una lista de presencias, pero entonces se descubrió que muchas personas mentían, presentando datos personales falsos. Sólo Dios sabe por qué lo hacían; tal vez fuera un desequilibrio mental, provocado por la atmósfera reinante en el lugar. El ruido era tal, que uno sólo se podía hacer entender gritando con todas sus fuerzas. De pronto uno de los ljon del año pasado tuvo una idea, al parecer brillante: que el más viejo de nosotros contara la historia de su vida; gracias a esto, se tenía que aclarar por fin quién debía arreglar los timones, puesto que el de mayor edad contenía en su experiencia pasada todos los presentes de varios meses, días y años. Nos dirigimos con esta petición a un anciano de pelo blanco, quien, temblando ligeramente, se mantenía en un rincón, apoyado en la pared. Accedió con mucho gusto y procedió a narrarnos una larga y aburrida historia sobre sus hijos y nietos, pasando a continuación a sus viajes cósmicos, numerosísimos en su larga vida de noventa años. Del que se estaba efectuando en el presente, el único que nos interesaba, no se acordaba siquiera por lo avanzado de su esclerosis y por su emoción, pero era tan pagado de sí mismo que no quería confesarlo, contestando a las preguntas de manera evasiva y volviendo tercamente a sus altas relaciones, condecoraciones y nietecitos, así que finalmente tuvimos que gritarle que se callara. Dos remolinos siguientes hicieron una liquidación cruel entre los reunidos. Después del tercero no sólo hubo mucho sitio libre en el cohete, sino que desaparecieron todos los que llevaban escafandras. Quedó una, vacía, que la comisión especialmente designada al objeto colgó en el pasillo. Después de una nueva lucha por el preciado traje, vino otro remolino que vació la nave. Me encontré sentado en el suelo, con los ojos hinchados, entre objetos destrozados, jirones de ropa y libros rotos. El suelo estaba cubierto de papeletas de votación. El mapa me indicó que había atravesado ya toda la zona de remolinos gravitacionales. Al no poder contar con una duplicación y, por tanto, con una posible ayuda en el arreglo del defecto del cohete, caí en la depresión y en el desespero. Cuando una hora más tarde salí al pasillo, advertí, estupefacto, la ausencia de la escafandra. Recordé entonces, como a través de una niebla, que, antes del último remolino dos pequeñajos habían salido disimuladamente de la cabina. ¿Se habrán puesto los dos la única escafandra? Impelido por una idea súbita corrí a los timones. ¡Funcionaban! Así pues, los dos niños arreglaron la avería mientras nosotros nos enzarzábamos en disputas estériles. Supongo que uno de ellos puso los brazos en las mangas de la escafandra y, el otro, en sus perneras; de este modo, pudieron tener simultáneamente en las dos manos las dos llaves para atornillar las tuercas a ambos lados de los timones. Encontré la escafandra vacía en la cámara de presión, junto a la válvula. Me la llevé a la cabina como si fuera una reliquia, sintiendo mi corazón colmado de gratitud hacia aquellos valientes chiquillos, que eran yo, mucho tiempo atrás. Así terminó aquella aventura mía, tal vez una de las más extraordinarias de mi vida. Llegué felizmente al término de mi viaje gracias a la inteligencia y valor que manifesté en las personas de los dos niños.

Se dijo después que inventé toda esta historia; los más malintencionados se permitieron insinuar que tengo una debilidad por el alcohol, bien disimulada en la Tierra, a

la cual doy paso libre durante los largos años de viajes cósmicos. Sólo Dios sabe qué clase de chismorreos corrió sobre este tema; los hombres son así: más fácilmente dan fe a unos absurdos por inverosímiles que sean, que a los hechos auténticos que me permití presentar en estas líneas.

VIAJE OCTAVO

Así pues, era un hecho consumado. Era delegado de la Tierra en la Organización de Planetas Unidos o más estrictamente, candidato, aunque tampoco es exacto, ya que no era mi candidatura, sino la de toda la humanidad, la que tenía que ser examinada por la Asamblea Planetaria.

En mi vida había tenido tanto miedo. La lengua, reseca, me golpeaba los dientes como un trozo de madera y, mientras caminaba por la alfombra roja, extendida desde el astrobús, no sabía si era ella la que cedía tan blandamente bajo mi peso, o mis rodillas. Preveía la necesidad de pronunciar un discurso, pero mi garganta, endurecida por la emoción, no hubiera dejado pasar una sola palabra. Al ver, pues, una máquina grande y reluciente con una barra cromada y pequeñas rendijas para las monedas, eché sin tardar una, poniendo bajo el grifo un cubilete de termo que tuve el acierto de traerme. Fue el primer incidente diplomático interplanetario de la humanidad en la arena galáctica, ya que el supuesto aparato automático con refrescos resultó ser el vicepresidente de la delegación tarracana vestido de gala. Por ventura, eran precisamente los tarracanos quienes recomendaron nuestra candidatura a la Asamblea; lo lamentable fue que yo ignoraba este hecho en aquel momento. El insigne diplomático escupió sobre mis zapatos, lo que interpreté, erróneamente, como un mal presagio; digo erróneamente puesto que era solamente la secreción perfumada de las glándulas de saludo. Lo comprendí todo cuando hube tragado una tableta informativo-traslativa, ofrecida por un bien intencionado funcionario de la OPU; los sonidos metálicos que me rodeaban se convirtieron al instante en unas palabras perfectamente comprensibles, el cuadrilátero de bolos de aluminio al final de la alfombra de terciopelo adquirió el aspecto de la compañía de honor, y el tarracano que me recibía, que más bien se parecía hasta entonces a una enorme barra de bar, me resultó ser una persona de apariencia completamente normal, muy agradable. Sólo mi nerviosismo era igual que antes. Se nos acercó un pequeño vehículo sin ruedas, transformado especialmente para el transporte de seres bípedos como yo; mi acompañante tarracano se introdujo adentro conmigo, no sin dificultad, se sentó a mi derecha y a mi izquierda al mismo tiempo y dijo:

—Honorable terrestre, tengo que ponerle al corriente de una pequeña complicación de tipo formal, acaecida a raíz del obligado retorno a la capital del presidente titular de nuestra delegación. Sabio especialista terrista, era el más indicado para presentar la candidatura de ustedes a la Asamblea. Desgraciadamente, anoche fue convocado por nuestro gobierno, recayendo sobre mí el deber de sustituirle. ¿Conoce usted el protocolo?

—No..., no he tenido ocasión —mascullé, sin poder encontrar la manera de sentarme cómodamente en aquel vehículo, adaptado mediocrementemente a las necesidades del cuerpo humano. El asiento se asemejaba a un hoyo de paredes abruptas, de medio metro de profundidad, así que en los baches las rodillas me tocaban la frente.

—No se preocupe demasiado Ya nos arreglaremos... —dijo el tarracano. Los pliegues de su vestidura, planchados en formas geométricas de brillo metálico que yo había tomado antes por una barra de bar, tintinearón ligeramente. Carraspeó y continuó hablando:

»La historia de ustedes me es conocida. ¡Qué magnífica cosa, la humanidad! Ciertamente, tengo el deber de saberlo todo acerca de su planeta. Nuestra delegación tomará la palabra en el punto ochenta y tres del orden del día, apoyando la admisión de los terrestres en la Organización de Planetas Unidos con el carácter de miembros permanentes, con plenos derechos y privilegios... ¿NO habrá perdido por casualidad las cartas credenciales?

Cambió de tono tan de repente, que me estremecí, negando con fervor. No solté ni un momento de la mano aquel rollo de pergamino, un poco reblandecido por el sudor.

—Bien. Así pues, pronunciaré un discurso, dando relieve al alto nivel de sus logros, que les hacen dignos de tomar parte en la Federación Astral... Es, ya me entiende usted, una especie de formalidad un tanto antigua; no prevé usted ninguna manifestación contraria, ¿eh?

—No..., no creo —musité.

—No, seguramente. ¡No se dará el caso! Una formalidad, como dije, pero, en cualquier caso necesito unos datos. Hechos, detalles, ¿me entiende? Por cierto, disponen ustedes de la energía atómica, ¿verdad?

—¡Oh, sí! ¡Claro!

—Perfecto. Ah, es verdad, lo tengo aquí, el presidente me dejó sus apuntes, pero su letra, hm, pues... ¿Desde hace cuánto tiempo?

—¡Desde el seis de agosto de 1945!

—Muy bien. ¿Qué fue esto? ¿La primera estación energética?

—No —contesté sintiendo que me ruborizaba—, la primera bomba atómica. Destruyó Hiroshima...

—¿Hiroshima? ¿ES un meteorito?

—No, una ciudad.

—¿Una ciudad? —dijo, ligeramente inquieto—. ¿Cómo podremos decirlo...? —meditó un momento—. Mejor no decir nada —decidió de pronto—. Bien, bien..., en todo caso, me hace falta algo de lo que ustedes pudieran sentirse orgullosos. Hágame alguna sugerencia. Dése prisa, estamos llegando...

—E... e... vuelos cósmicos —empecé a decir.

—Esto es obvio. Si no los hicieran, no estaría usted aquí —observé con una viveza un poco excesiva para mi gusto—. ¿A qué dedican la mayor parte de la renta nacional? Trate de recordar alguna enorme empresa de ingeniería, la arquitectura a escala cósmica, rampas de lanzamientos de naves a base de gravitación solar, alguna cosa por el estilo —me sugería, pendiente de mi contestación.

—Sí, sí, se construye, se construye —dije por decir algo—. El presupuesto nacional no es muy grande, se gasta mucho en armamentos...

—¿Armamentos de qué? ¿De los continentes? ¿Contra los terremotos?

—No... del ejército... de las tropas...

—¿Qué es esto? ¿Un hobby?

—No, un hobby, no... Conflictos interiores —farfulló

—¡Esto no sirve para una recomendación! —dijo, despectivo—. ¡Supongo que no vino usted aquí volando directamente desde las cavernas! ¡Los científicos terrestres deben de haber calculado hace tiempo que una colaboración interplanetaria es más provechosa que la lucha por el botín y la hegemonía!

—Lo han calculado, lo han calculado, pero hay motivos... de naturaleza histórica, señor.

—¡Dejémoslo! —dijo—. Mi misión no consiste en defenderles aquí como a unos reos, sino encomiarles, recomendar, nombrar sus méritos y virtudes. ¿No lo comprende?

—Lo comprendo.

Mi lengua estaba tiesa como si se me hubiera helado, el cuello de mi camisa de frac me ahogaba, sus delanteros se ablandaron, empapados de sudor que me resbalaba a

chorros, se me engancharon las cartas credenciales en las condecoraciones, la hoja exterior se desgarró. El tarracano, impaciente, despectivo y ausente en una parte de su espíritu, volvió a hablar con inesperada calma y suavidad, como una persona versada en diplomacia.

—Hablaré más bien de cultura. Del gran nivel que tiene. ¡Porque tienen cultura, ¿no...?! —me espetó de pronto.

—¡Claro que tenemos! ¡Y magnífica! —le aseguré.

—Eso está bien. ¿El arte?

—¡Sí, sí! Música, poesía, arquitectura...

—¡Ya ve! ¡Lo de la arquitectura es muy importante! —exclamó—. Tengo que apuntármelo. ¿Medios explosivos?

—¿A qué explosiones se refiere?

—Bueno explosiones creativas, dirigidas y controladas para la regulación del clima, desplazamiento de los continentes y lechos de los ríos... ¿Hacen ustedes estas cosas?

—Por ahora, sólo hacemos bombas... —dije, y añadí en voz baja—: Pero tenemos muchas clases de ellas: las de napalm, de fósforo, hasta las hay con gases tóxicos...

—No me interesa —dijo secamente—. Probemos con la vida espiritual. ¿En qué creen los terrestres?

Me estaba dando perfecta cuenta de que ese tarracano, que debía presentar y apoyar nuestra candidatura, no era especialista en asuntos terrestres. La sola idea de que los argumentos de un ser tan ignorante iban a decidir dentro de poco nuestra presencia o ausencia en el foro de toda la Galaxia, me cortó, para decir la verdad, el aliento. «¡Qué mala suerte —pensé—, la convocatoria de aquel especialista de la Tierra!»

—Creemos en la fraternidad universal, en la supremacía de la paz y la colaboración sobre la guerra y el odio, consideramos que el hombre debe constituir la medida de todas las cosas...

El tarracano puso un pesado tentáculo sobre mi rodilla.

—¿Por qué el hombre? —dijo—. No, mejor que lo dejemos. Pero todas sus creencias son negativas: negación del odio... ¡Por el amor de las nebulosas! ¿No tienen ningún ideal positivo?

Me parecía que en el vehículo faltaba el aire para respirar.

—Creemos en el progreso, en un futuro mejor, en el poder de la ciencia.

—¡Por fin hay algo! —exclamó—. Sí, la ciencia... no está mal, esto me sirve. ¿EN qué ramo de la ciencia gastan ustedes más dinero?

—En la física —contesté—. En las investigaciones sobre la energía atómica.

—Ya veo. ¿Sabe qué le digo? Usted no abra la boca. Déjemelo todo a mí. Hablaré yo. Despreocúpese. ¡Animo! —Mientras pronunciaba las últimas palabras, la máquina se detenía ante el edificio.

Tenía vértigo y las cosas daban vueltas ante mi vista; me conducían por unos corredores de cristal, invisibles obstáculos se abrían con suspiros melódicos, subía, bajaba y volvía a subir; el tarracano se erguía a mi lado, enorme, silencioso, envuelto en el metal drapeado. De pronto todo se inmovilizó, un balón vidrioso se infló ante mí y se rompió. Me encontraba al fondo de la sala de la Asamblea General. El anfiteatro que se elevaba ensanchándose en forma de embudo, de un blanco plateado imaculado, llevaba en su contorno espiras de asientos, de la misma blancura cegadora que las paredes. Las siluetas de las delegaciones, disminuidas por la distancia, salpicaban la névea sala de esmeralda, oro y púrpura, hiriendo la vista con millares de centelleos misteriosos. Al principio no podía distinguir los ojos de las condecoraciones, los miembros de sus prolongaciones artificiales: solo veía que se movían con vivacidad, acercando, unos a otros, sobre los blancos pupitres, pliegos de actas y tablillas de un reluciente negro antracita. Frente a mí, a distancia de unas decenas de pasos, flanqueado por murallas de máquinas electrónicas, reposaba sobre el podium el presidente, rodeado de un

bosquecillo de micrófonos. La sala resonaba de retazos de conversaciones, pronunciadas en mil lenguas a la vez, y todos esos dialectos siderales se extendían desde los bajos más profundos hasta tonos tan altos como el gorjeo de los pajaritos. Sintiéndome como si el suelo se abriera bajo mis pies, estiré mi frac y espere. Oí un sonido largo, ininterrumpido: el presidente había puesto en marcha una máquina que golpeó con un martillo una placa de oro macizo. La vibración del metal me perforó los tímpanos. El tarracano, tremendamente alto a mi lado, me indicó el banco que nos correspondía. La voz del presidente se elevó de unos altavoces invisibles, y yo, antes de tomar asiento tras una placa rectangular con el nombre de mi planeta natal, recorrí con la vista, de abajo arriba, las espiras de los bancos, buscando alguna alma fraterna, un ser de especie humana, aunque fuera uno solo: en vano. Unos enormes tubérculos de tonalidades cálidas, montones de jalea de color cereza, carnosos tallos vegetales apoyados en los pupitres, rostros de foie-gras, rostros de arroz con leche, lianas, tentáculos, apresadoras, entre los que reposaba el destino de las estrellas cercanas y lejanas pasaban ante mis ojos como en una película de ritmo lento. No me parecían monstruosos, ni despertaban mi repugnancia, contrariamente a las suposiciones, tantas veces formuladas en la Tierra, como si no se tratara de unos monstruos siderales, sino de unos seres creados por el cincel de un escultor abstracto, o por un gastrónomo visionario...

—El punto ochenta y dos —me silbó en el oído el tarracano, y se sentó. Hice lo mismo. Me puse los auriculares que estaban sobre el pupitre. Oí lo siguiente:

«Los dispositivos que, conforme con el convenio, ratificado por esta Alta Asamblea, fueron suministrados, según las normas estrictas de dicho convenio, por la Comunidad de Altair a la Unión Séxtuple Fomalhaut, demuestran, así como lo hizo constar el informe de una subcomisión especial delegada por la OPU, propiedades que no pueden ser atribuidas a un leve error en la fórmula tecnológica, aprobada por ambos altos contratantes. Pese a que, como con razón lo afirma la Comunidad de Altair, las cribas de radiaciones y los planetorreductores por ella producidos tenían que poseer la capacidad de reproducción con la garantía de la creación de una descendencia mecánica, prevista por el convenio de pagos de ambos altos contratantes, aquella potencia debía manifestarse, de acuerdo con la ética de ingeniería valedera para toda la Federación, bajo la forma de brotaduras singulares, y no como el resultado de haber equipado dichos aparatos de programaciones de Signos opuestos, lo que, desgraciadamente, sucedió. Esta dualidad de los programas condujo a la aparición de antagonismos lúbricos en los principales grupos energéticos de Fomalhaut y, en consecuencia, a unas escenas ofensivas para la moralidad pública que, al mismo tiempo, causaron graves pérdidas materiales al demandante. Los aparatos suministrados, en vez de entregarse al trabajo que les era destinado, dedicaban una parte de los jornales a los cuidados de la selección natural, siendo sus continuos correteos con las clavijas, cuyo objeto era el acto de la procreación, el hecho evidente de violación de los Estatutos Panundios y de la aparición de una explosión maquinográfica. Considerando al demandado culpable de ambos fenómenos, decretamos la nulidad de la deuda de Fomalhaut»

Me quité los auriculares, porque la cabeza ya me dolía demasiado. ¡Al cuerno con el escándalo público maquinario, Altair, Fomalhaut y todo lo demás! Estaba harto de la OPU antes de haber sido admitido como miembro. Estaba mareado. ¿Por qué habré obedecido al profesor Tarantoga? ¿Para qué necesitaba yo esta dignidad odiosa que me obligaba a dar la cara por unos pecados no cometidos por mí? ¿No sería mejor, tal vez...?

Me sobresalté de pronto al ver aparecer en una enorme pizarra las cifras luminosas 83; al mismo tiempo sentí un enérgico codazo en las costillas. Mi tarracano, poniéndose aprisa de tentáculo, me arrastró consigo. Los grandes focos que nadaban en el aire bajo la bóveda del techo de la sala, dirigieron sobre nosotros cataratas de una luz azulada. Sumergido en los diluvios de la claridad bajo los cuales me sentía transparente, apretando con sumo nerviosismo en la mano el rollo de cartas credenciales empapado

asquerosamente de mi sudor, oía la potente voz de bajo del tarracano, que atronaba a mi lado con soltura y facilidad de palabra, llenando todo el anfiteatro; pero el contenido de su discurso me llegaba sólo a jirones, como durante un temporal la espuma del mar en furia salpica al atrevido, asomado por el muro de un rompeolas.

—...Famosa Tiurria... (¡ni siquiera sabía pronunciar correctamente el nombre de mi patria!)... célebre humanidad... su insigne representante, aquí presente... mamíferos elegantes y simpáticos... la energía nuclear, liberada con maestría y facilidad en sus ramificaciones superiores... joven cultura, llena de vigor y espiritualidad... profunda fe en la plenimolía, aunque no desprovista de anfibruntos... (no cabía duda de que nos confundía con otros)... fervientes del sideralismo... en la espera de su admisión en el seno... cerrando el período de la existencia social embrionaria... aunque solitarios en su periferia galáctica... progresaron con valentía e independencia, son dignos de...

«Hasta ahora, bien, a pesar de todo —pensé—. Habla bien de nosotros, podía resultar peor... ¿Qué es esto?»

—¡Sí, es cierto, son simétricos! Sus chasis son rígidos... pero debemos comprender... en esta Alta Asamblea tienen también derecho a ser representadas unas excepciones de la forma y de la regla... las aberraciones no son vilezas... difíciles condiciones que les formaron... la acuosidad, aún salada, no puede, no debe ser obstáculo... con nuestra ayuda se liberarán en el futuro de su horren... de su aspecto presente, que la Alta Asamblea, con la magnanimidad que le es propia, no querrá tomar en cuenta... así pues, en el nombre de la delegación tarracana y el de la Unión de las Estrellas de Betelgeuse, presento la moción de la admisión de la humanidad del planeta Turro en el seno de la OPU y, por lo tanto, de la adjudicación al aquí presente noble terpuetre de plenos derechos de delegado, acreditado en la Organización de Planetas Unidos. He terminado.

Se elevó un rumor poderoso, interrumpido por unos silbidos misteriosos; aplausos no hubo por falta de manos, como es lógico. Al sonar el gong, todo el ruido cesó y en medio del silencio, se dejó oír la voz del presidente:

—¿Desea alguno de los ilustres delegados tomar la palabra en el asunto de la proposición de admisión de la Humanidad del Planeta Tarrie?

El tarracano, radiante, visiblemente muy satisfecho de sí mismo, me hizo sentar en el banco. Estaba musitándole unas vagas palabras de gratitud por su intervención, cuando dos llamas de un verde pálido se encendieron en dos sitios distintos del anfiteatro.

—Otorgo la palabra al representante de Thuban... —dijo el presidente. Se levantó una cosa.

—Excelentísimo Consejo —oí una voz lejana, estridente, parecida al sonido que emite un trozo de hojalata cuando se la corta con una sierra; pero su timbre pronto dejó de llamar mi atención—. Hemos oído aquí, de la boca del polpitor Voretex, una cálida recomendación de la tribu habitante de un planeta lejano, desconocido hasta ahora para los presentes. Quería expresar mi sentimiento por la inesperada ausencia entre nosotros del sulpitor Extrevor, ausencia que nos priva de la posibilidad de obtener un conocimiento más profundo de la historia, costumbres y naturaleza de aquella tribu, cuya presencia en la OPU es tan deseada por Tarracania. Aunque no soy especialista en el campo de teratología cósmica, desearía, en la medida de mis modestas fuerzas, añadir algunos detalles a lo que tuvimos el placer de oír. En primer lugar quiero subrayar, sin que yo mismo considere importante mi corrección, que el planeta natal de la humanidad no se llama Tiurria, Turro ni Tarrie, como lo había nombrado mi insigne predecesor, no por ignorancia, es obvio decirlo, sino, estoy profundamente convencido de ello, por el propio calor y celo de su oratoria. Es un detalle insignificante, por cierto. Sin embargo, hay otros: aquella designación de «humanidad» que empleó, procede de la lengua de la tribu de la Tierra (es así como suena el nombre de aquel lejano planeta provincial), mientras que nuestra ciencia define a los terrestres de manera un poco distinta. Con la esperanza de no aburrir demasiado a la Alta Asamblea, me atreveré a leerles el nombre completo y la

clasificación de la especie cuyo ingreso en la OPU estamos estudiando, recurriendo para este fin a una magnífica obra de dos especialistas, la Teratología Galáctica, de Grammpluss y Gzeems.

El delegado de Thuban abrió por un sitio previamente marcado un enorme volumen que tenía ante sí sobre el pupitre, y se puso a leer:

—«De acuerdo con la sistemática establecida, las formas anormales que aparecen en nuestra Galaxia constituyen el tipo de Aberrantia (Viciosos), que se dividen en los subtipos de Debilitales (Cretinoides) y Antisapiientinales (Contrasentidios). A este último subtipo pertenecen los grupos de Canaliaceas (Ladronoides) y Necroludentia (Cadaverófilos). Entre los Cadaverófilos distinguimos a su vez el orden de Patricidiaceae (Padromatones), Matriphagideae (Madrotragones) y Lasciviaceae (Repugnoides alias Lubricones). Clasificamos a los Repugnoides, formas degeneradas al extremo, dividiéndoles en Cretinae (Imbecilicales, p. ej. Cadaverium Mordans Mordemortos Idioteo), y Horrosrissimae (Hocimonstros, cuyo representante clásico es el Mentecatus Firme, Idiontus Erectus Gzeemsi). Algunos de los Hocimonstros crean sus propias pseudoculturas; aquí pertenecen tales especies como el Anophilus Belligerans, Traserófilo Agresivo, que se da a sí mismo el nombre de Genius Pulcherrimus Mundanus, o como aquel extraño, calvo en todo el cuerpo, ejemplar descubierto por Grammpluss en el rincón más oscuro de nuestra Galaxia, Monstroteratum Furiosum (Ignomen Furibundo), que escogió para sí mismo el nombre de Homo Sapiens».

La sala se llenó de ruidos. El presidente puso en marcha la máquina con el martillo.

—¡Sea fuerte! —me dijo al oído el tarracano. No le veía, cegado tal vez por los focos o, quizá, por el sudor que me resbalaba por los ojos. Una débil esperanza me alentó cuando alguien pidió la palabra en una cuestión formal; después de presentarse a los reunidos como miembro de la delegación de Acuario, astrozoólogo de profesión, inició una disputa con el thubano, pero, por desgracia, sólo en la medida de que él, como partidario de la escuela del profesor Hagrañaps consideraba inexacta la clasificación de Grammpluss y Gzeems. La enseñanza de la cual era adepto distinguía una especie aparte, la de los Degeneradores, que contenía a los Perjales, Subjales, Cuerpellizcos y Moriamantes; creía también que la definición «Monstroteratus», aplicada al hombre era falsa. Según él, era más correcto emplear la nomenclatura de la escuela acuariana, que se servía consecuentemente del término Bichomonstro (Artefactum Abhorrens). Después de un corto intercambio de opiniones, el thubano reanudó su discurso:

—El digno delegado de Tarracania no mencionó, en su recomendación de la candidatura del llamado hombre sapiente o, para ser más estricto, Bichomonstro, representante típico de los Cadaverófilos, la palabra «albúmina», considerándola indecente. Por cierto, esta voz provoca asociaciones de ideas que el recato no me permite evocar. Sin embargo, el hecho de poseer INCLUSO este material de construcción corporal, no es una infamia. (Gritos: «¡Escuchen! ¡Escuchen!») ¡No es la albúmina el fondo del problema! Tampoco lo es el hecho de arrogarse el derecho a la definición de hombre sapiente cuando se es, tan sólo, Cadaverófilo Furioso. Al fin y al cabo, es una debilidad, comprensible si no perdonable, dictada por el amor propio. ¡No estriba en esto el problema, Ilustre Asamblea!

Mi atención tenía lagunas como la conciencia de un hombre que se está desmayando. No entendía más que frases sueltas.

—¡Ni siquiera puede culparse a nadie por ser carnívoro, si esta tara resulta del transcurso de la evolución natural! Sin embargo, las diferencias que separan al llamado hombre de sus parientes animales, son casi inexistentes. Igual que un individuo más ALTO no puede tener pretensión al derecho de devorar a los más BAJOS, así un ser provisto de una mente un poco SUPERIOR, no puede asesinar ni devorar a los de intelecto INFERIOR. Y, aun admitiendo que esté forzado a hacerlo (gritos: «¡No está forzado! ¡Que coma espinacas!»), sí, repito, ESTÁ FORZADO a causa de una trágica tara

hereditaria, debe absorber a sus víctimas cubiertas de sangre despavorido y avergonzado, a escondidas, en los rincones más oscuros de sus cavernas, torturado por los remordimientos de conciencia, por el desespero y la esperanza de poder liberarse un día del peso de aquellos asesinatos, tan continuos. ¡Desgraciadamente, no procede así el Ignomen Furibundo! Profana los despojos mortales troceándolos y ahogándolos en líquidos, juega con ellos, para devorarlos luego en lugares públicos, entre las risas de las hembras medio desnudas de su especie, aumentando así su placer de comer difuntos. ¡Y ni siquiera se le pasa por la semilíquida cabeza la necesidad de cambiar este estado de cosas que clama a toda la Galaxia por el castigo! Al contrario, se inventó unas justificaciones superiores que, situadas entre su estómago, esa cripta funeraria de innumerables víctimas, y lo infinito, le permiten asesinar con la frente alta. Para no ocupar el tiempo de esta Ilustre Asamblea, esto será todo en cuanto a los usos y costumbres del llamado hombre sapiente. Entre sus antepasados, uno parecía presagiar ciertas esperanzas. Era la especie *homo neardenthalensis*. Vale la pena interesarse por él. Parecido al hombre contemporáneo nuestro, tenía mayor capacidad craneana que él y, por tanto, era mayor su cerebro, o sea, su razón. Buscador de setas, propenso a la meditación, amante de las artes, manso, flemático, hubiera merecido sin duda que hoy se estudiara en esta Alta Organización su admisión como miembro. Desafortunadamente, no existe entre los vivos. ¿Podría decirnos el delegado de la Tierra que hoy tenemos el honor de tener entre nosotros, cuál fue la suerte del hombre de Neardenthal, tan culto y simpático? Puesto que guarda silencio, yo contestaré por él: fue aniquilado hasta el último vestigio, borrado de la superficie de la Tierra, por el llamado *homo sapiens*. Pero no bastó con el horrendo fratricidio: los sabios terrestres procedieron a calumniar a su víctima, atribuyéndose a sí mismos, y no a ella, la mayor capacidad, la razón superior. Y he aquí que tenemos entre nosotros, en esta digna sala, entre sus muros augustos, a un representante de los devoradores de cadáveres, fértil en la búsqueda de un goce asesino, arquitecto ingenioso de los medios de exterminación, cuyo aspecto despierta al mismo tiempo la risa y el espanto que no podemos dominar; he aquí que vemos allí, en aquel banco blanco, hasta ahora immaculado, a un ser que no posee siquiera el valor de un criminal consecuente, puesto que adorna su carrera, jalonada de huellas de asesinatos, con la belleza de unos nombres falsos, cuyo verdadero significado, horrible, sabe descifrar cualquier investigador objetivo de las razas siderales. Sí, Ilustre Consejo...

Aunque de este discurso de dos horas de duración capté sólo unos fragmentos, éstos eran más que suficientes. El thubano construía la imagen de unos monstruos bañados en sangre; lo hacía sin prisas, abriendo, uno tras otro, unos libros preparados sobre su pupitre, enciclopedias, manuales y crónicas. Tiraba al suelo los que había consultado como si le dieran asco, como si de las páginas que nos describían brotara la sangre de nuestras víctimas. Se ocupó, a continuación, de la historia de nuestra civilización; habló de las masacres, matanzas, guerras, cruzadas, magnicidios; mostraba en láminas y diapositivas las tecnologías del crimen y de las torturas en la Antigüedad y la Edad Media, y, cuando pasó a los tiempos modernos, dieciséis ujieres le trajeron carretones colmados de un material fotográfico nuevo; otros subalternos, o más bien enfermeros de la OPU, socorrían mientras tanto desde unos pequeños helicópteros a los oyentes, desmayados y enfermos, haciendo caso omiso solamente de mí, convencidos de buena fe de que aquellas cataratas de noticias sangrientas sobre la cultura terrestre no podían hacerme ni un ápice de daño. Sin embargo, a la mitad, más o menos, de aquel discurso, empecé, como si estuviera al borde de la locura, a tenerme a mí mismo por el único monstruo entre todos esos seres monstruosos y extraños que me rodeaban. Pensaba que el terrible acto de acusación no llegaría nunca a su fin, cuando sonaron las palabras:

—¡y ahora, la Ilustre Asamblea procederá a votar sobre la moción presentada por la delegación tarracana!

Un silencio mortal reinó en la sala, hasta que algo se movió cerca de mí: era mi tarracano, que se levantó para intentar refutar una parte, por lo menos, de las acusaciones. Desgraciado. Acabó de hundirme, esforzándose en convencer a los reunidos de que la humanidad respetaba a los neardenthalenses como a sus antepasados dignos de su amor y admiración, que dejaron de existir por una razón desconocida. No obstante, el thubano le hizo polvo con una sola pregunta, bien escogida, dirigida directamente a mí: «¿Cuando en la Tierra se llamaba a alguien hombre de Neardenthal, era un encomio, o un epíteto ofensivo?»

Pensaba que todo había terminado ya, perdido para siempre, que tendría que volver en seguida a la Tierra, como un perro que se echa a patadas de casa, arrancándole antes de los colmillos un ave cazada. Pero, en medio de un rumor débil de la sala, el presidente dijo, inclinándose sobre el micrófono.

—Otorgo la palabra al representante de la delegación eridaniana.

El eridaniano era pequeño, azul plata, abultado, como un remolino de niebla iluminado por los rayos oblicuos del sol de invierno.

—Querría preguntar —dijo— quién pagará la cuota de inscripción de los terrestres. ¿Ellos mismos? Tómese en cuenta que es bastante elevada: un billón de toneladas de platino representa una suma que no todos los pagadores pueden satisfacer.

El anfiteatro se llenó de rumor de voces airadas.

—El momento adecuado para esta pregunta vendrá después de la votación de la moción tarracana, siempre y cuando obtenga un resultado positivo —dijo, después de dudar un poco, el presidente.

—¡Con la venia de Su Galacticidad! —replicó el eridaniano—. Me atrevo a disentir de esta opinión, por cuya causa motivaré mi pregunta con una serie de observaciones, bastante esenciales según creo. En primer lugar, tengo aquí una obra del famoso planetógrafo doradiano, el hiperdoctor Wragras, que deseo citarles:

...planetas en los cuales una vida espontánea no puede manifestarse, se distinguen por los rasgos siguientes:

A) catastróficos cambios del clima en un ritmo acelerado alternativo (el llamado ciclo «invierno-primavera-verano-otoño»), y otros, todavía más perjudiciales, en intervalos grandes (épocas glaciales); B) presencia de grandes lunas propias; sus influencias sobre las mareas tienen también el carácter mortífero; C) frecuencia de manchas sobre el astro central, o sea, el astro madre, ya que las manchas constituyen una fuente de radiaciones letales; D) predominio de la superficie de las aguas sobre los continentes; E) constancia de la glacialidad en torno a los polos; F) presencia de unas precipitaciones de agua líquida o solidificada... De esto se deduce...

—¡Pido la palabra en una cuestión formal!! —se levantó con decisión mi tarracano, como si le animara una esperanza nueva—. Pregunto si la delegación de Eridano votará a favor de nuestra moción, o contra ella.

—Votaremos a favor de la moción, con una enmienda que voy a proponer a la Alta Asamblea —contestó el eridaniano, volviendo a reanudar su discurso:

—¡Ilustre Consejo! En la sesión número novecientos dieciocho de la Reunión General estudiamos la candidatura a miembro de la raza de repugnoides traserotestos, que se nos presentaron como «perfeccionales eternos», a pesar de ser tan poco durables corporalmente, que la delegación repugnoide tuvo que renovarse quince veces en el transcurso de dicha sesión, pese a que esto no nos ocupó más de ochocientos años. Esos desgraciados, cuando vino el momento de presentarnos la biografía de su raza, se embrollaron en contradicciones, pretendiendo convencer a la Alta Asamblea, de manera tan vacía de sentido como solemne, que los había creado un cierto Autor Perfecto a su propia magnífica imagen, gracias a lo cual eran, entre otras cosas, inmortales por el espíritu. Por otra parte, puesto que se descubrió que su planeta correspondía a las condiciones bionegativas del hiperdoctor Wragras, la Asamblea General nombró una

Subcomisión de Investigación especial, la que constató que la inculpada raza antisapiante no había nacido por un capricho de la naturaleza, sino por culpa de un incidente lamentable, provocado por terceras personas.

(«¿Qué dice?! ¿Que se calle! ¿No es cierto! ¿Quita ese tentáculo, lubricón!» —sonaba en la sala, cada vez más tormentosa.)

—Los resultados de los trabajos de la Subcomisión Investigadora condujeron, en la siguiente sesión de la OPU, a la introducción de una enmienda al punto segundo de la Carta de los Planetas Unidos, cuyo texto dice lo que sigue (aquí desenrolló un larguísimo pergamino, y leyó): Por la presente se instituye una prohibición terminante de emprender actividades vivíferas en todos los planetas de tipo A, B, C, D y E de Wragras, imponiendo, simultáneamente a los directores de las expediciones científicas y a los jefes de las naves que atracan en susodichos planetas, el deber de aplicar estrictamente la prohibición instituida. La nueva ley abarca no solamente las prácticas vivíferas preconcebidas, tales como la siembra de hongos, bacterias y similares, sino también cualquier iniciación de la bioevolución involuntaria, por descuido o distracción. Esta profiláctica anticonceptiva obedece a la mejor voluntad y razón de la OPU, consciente de los siguientes hechos: Primero: la hostilidad natural del medio ambiente en el cual se aposentan las primicias de la vida traídas de fuera, ocasiona, en su evolución ulterior, la aparición de vicios y deformaciones que no se encuentran nunca dentro de las condiciones de la biogénesis natural. Segundo: en las circunstancias arriba mencionadas nacen unas especies no solamente lisiadas en el cuerpo, sino sujetas a las más graves taras espirituales; si en las susodichas condiciones nacen unos seres provistos de un poco de razón, lo que a veces ocurre, su destino es una vida llena de torturas mentales, ya que, habiendo alcanzado el primer grado de conocimiento, empiezan a buscar en su entorno el motivo de su propia existencia. Y, al no poder hallarlo allí, toman el mal camino de extraviarse en unas creencias construidas del caos y la desesperación. En particular, puesto que desconocen el curso normal de los procesos evolutivos en el Cosmos, consideran tanto su corporalidad, aunque fuera monstruosa, como su manera de infrapensar, como unos fenómenos típicos, normales para todo el Universo. Por lo tanto, la Asamblea General de la OPU, impelida por el profundo respeto del bien y de la dignidad de la vida en general y la de los seres razonables en particular, instituye esta ley según la cual el que infringiere el presente artículo legal anticonceptivo de la Carta PU, incurrirá en las sanciones y castigos previstos en los correspondientes párrafos del Código del Derecho Interplanetario.

El eridaniano dejó sobre el pupitre la Carta PU y cogió el gordísimo tomo del Código, que le pusieron entre los tentáculos unos ayudantes llenos de celo; abriendo aquel libro gigantesco por el sitio adecuado, se puso a leer en voz sonora:

—Tomo segundo del Código Penal Interplanetario, capítulo ochenta, titulado: «Sobre el libertinaje planetario»

Párrafo 212: Quien fecunde un planeta naturalmente estéril, incurre en la pena de cien a mil quinientos años de enastrosión, aparte de la responsabilidad civil por las pérdidas morales y materiales de los perjudicados.

Párrafo 213: Quien actúe según lo expresado en el párrafo 212 demostrando mala voluntad y alevosía, o sea, emprendiendo manipulaciones de carácter lascivo con premeditación, cuyo resultado ha de ser la evolución de unas formas de vida particularmente deformadas, despertando la repugnancia general o el general espanto, incurre en la pena de enastrosión no mayor de mil quinientos años y un día.

Párrafo 214: Quien fecunde un planeta estéril por causas de desidia, distracción o por abstención de la aplicación de medios anticonceptivos adecuados, incurre en la pena de enastrosión no mayor de cuatrocientos años; si actúa en estado de disminución de la conciencia de las consecuencias de su acto, la pena puede ser reducida a cien años de enastrosión.

—No menciono las penas —añadió el eridaniano— por la inmiscuición en los procesos evolutivos in statu nascendi, puesto que no pertenecen a nuestro tema. En cambio, quiero llamar la atención de los presentes sobre el hecho de que el Código prevé la responsabilidad material de los culpables frente a las víctimas del libertinaje planetario; no leeré los párrafos correspondientes del Código Civil, para no cansar a los miembros de la Asamblea. Añadiré tan sólo que en el catálogo de cuerpos considerados como definitivamente estériles, tanto según el discernimiento del hiperdoctor Wragras como el de la Carta de los Planetas Unidos y del Código Penal Interplanetario, figuran en la página dos mil seiscientos dieciocho, renglón octavo desde abajo, los cuerpos siguientes: Terrelia, Terraya, Tierra y Tirma...

Mi mandíbula inferior descendió, las cartas credenciales se me escaparon de la mano, perdí la visión de las cosas. («¡Atención!, —gritaban en la sala—. ¡Escuchen! ¿A quién acusa? ¡Fuera! ¡Bravo!») En cuanto a mí, trataba de meterme debajo del pupitre en la medida de lo posible.

—¡Ilustre Consejo!! —tronó el delegado de Eridano, tirando con ímpetu al suelo del anfiteatro los tomos del Código Interplanetario (debía ser una figura retórica muy apreciada en la OPU)—. ¡No cejemos nunca en la estigmatización de la infamia de los violadores de la Carta de Planetas Unidos! ¡Que nos aliente siempre el deber de desenmascarar a los elementos irresponsables, cuya vida fue concebida en unas condiciones indignas!

»¡Vienen a vernos aquí unos seres que ignoran la abominación de su propia existencia, así como sus causas! ¡Llaman a la venerable puerta de esta Alta Asamblea, suplicando nuestra benevolencia! ¿Y qué podemos contestar a esos repugnoides, hocimostros, cadaverófilos, madrotragones y padromatones que hacen unos gestos extraños con sus pseudomanos, bajo los que se doblan sus pseudopiernas cuando se enteran de su pertenencia al seudotipo de los «Artefacta», cuando descubren que su creador perfecto fue un marinero de una nave espacial que vertió sobre las rocas de un planeta muerto un cubo de impurezas fermentadas, añadiendo, para divertirse, a aquel inmundo caldo de cultivo de la vida unas propiedades que les iban a convertir en el hazmerreír de toda la Galaxia! ¿Y cómo se defenderán esos desgraciados, si un Catón les echa en cara la vergüenza de su albúmina levógira? (La sala era un hervidero, en vano la máquina aporreaba con el martillo la placa de oro, todos gritaban, quién más fuerte: «¡Infamia! ¡Fuera! ¡Sanciones! ¿De quién está hablando? ¡Miren, el terrestre se está disolviendo, el repugnoide es pura agua!!»)

Efectivamente, estaba sudando la gota gorda. El eridaniano vociferaba, cubriendo con su voz estentórea todo el bullicio:

—¡Para terminar, voy a hacer ahora algunas preguntas a la ilustre delegación tarracana! ¿Acaso no es cierto que tiempo atrás aterrizó en el planeta Tierra, sin vida a la sazón, una nave bajo su bandera, en la cual se había estropeado una parte de las provisiones por culpa de una avería de las neveras? ¿Acaso no es cierto que en aquella nave se encontraban dos haraganes, borrados más tarde de todos los registros en castigo de sus manipulaciones desvergonzadas de máquinas jóvenes, y que aquellos dos canallas, aquellos gamberros de Vía Láctea, se llamaban Ñor y Zioss? ¿Acaso no es cierto que Ñor y Zioss, borrachos, decidieron no contentarse con ensuciar el indefenso planeta desértico, sino que se les ocurrió organizar en él, de manera delictiva y punible, una evolución biológica que el mundo nunca había visto? ¿Acaso no es cierto que aquellos dos tarracanos se propusieron, con toda la alevosía y el máximo de mala fe, convertir la Tierra en el criadero de monstruos a escala galáctica, en un circo cósmico, un museo de horrores, gabinete de figuras macabras, cuyos ejemplares vivos serían, en su momento, el hazmerreír de las nebulosas más lejanas? ¿Acaso no es cierto que los dos sinvergüenzas, desprovistos de toda noción de decencia y toda regla de la ética, vertieron sobre las rocas de la Tierra seis barriles de gelatina rancia y dos latas de pasta de

albúmina corrompida, que añadieron a esta mezcla repugnante un poco de ribosa fermentada, pentosa y levulosa, y, como si fuera poco, lo regaron todo con tres cubos de amioácidos putrefactos, mezclando luego la masa con una pala de carbón, torcida a la izquierda y un atizador, también torcido en el mismo sentido, en cuyo resultado las albúminas de todas las criaturas terrestres futuras tuvieron que ser levógiras? ¿Y, finalmente, acaso no es cierto que Zioss, muy resfriado en aquellas fechas e instigado por Ñor, este último en plena crisis étlica, adrede estornudó varias veces encima de este cultivo plasmático e, infectándolo así con virus malignos, y se regocijaba diciendo que había insuflado un «espíritu a prueba de bomba» en aquel desgraciado fermento evolutivo? ¿Acaso no es cierto que aquella calidad levógira y aquella malignidad pasaron luego a los cuerpos de los organismos terrestres perdurando en ellos hasta hoy día, de lo que sufren ahora los inocentes representantes de la raza Artefactum Abhorrens, que se llamaron a sí mismos con el nombre de homo sapiens sólo por ingenuidad y falta de conocimientos? ¿No es, pues, cierto que los tarracanos deben costear a los terrestres, no solamente su inscripción en la cuantía de un billón de toneladas de platino, sino también pagar a esas víctimas desafortunadas del libertinaje planetario ALIMENTOS CÓSMICOS?

Después de las palabras del eridaniano, la sala se convirtió en un verdadero pandemónium. Me acurruqué en el banco lo más que pude; en el aire volaban en todas direcciones carpetas, tomos del Código Penal Interplanetario, e incluso corpora delicti, bajo la forma de cubos, barriles y atizadores, muy oxidados, que aparecieron como por arte de magia; me inclino a pensar que los eridanianos, muy listos, teniendo con los tarracanos sus más y sus menos, se ocupaban desde tiempos inmemoriales de los trabajos arqueológicos en la Tierra y recogían las pruebas de su culpa, trasladándolas cuidadosamente a bordo de los platillos volantes. Sin embargo, no podía llegar a ninguna conclusión definitiva de la cuestión, puesto que tenía a mi alrededor un verdadero terremoto de tentáculos y lianas, gritos y porrazos. Mi tarracano, terriblemente agitado, se levantó de su asiento, voceando algo que se ahogaba en el ruido general. En cuanto a mí, la única idea clara que quedaba en mi cabeza, trastornada por la algarabía, era la de aquel estornudo premeditado que nos concebió.

De repente sentí un dolor agudo: alguien me asió por el pelo, con tanta fuerza que se me escapó un gemido; era mi tarracano, que me daba tremendos tentaculazos en la cabeza para demostrar la solidez con que me había construido la evolución terrestre, y hasta qué punto era injusto el tratarme como a un ser de mala calidad, manufacturado de cualquier manera con unos desperdicios podridos... yo, sintiendo que la vida me abandonaba, tuve todavía unos sobresaltos de agonía, cada vez más débiles, perdí el aliento... y caí sobre la almohada. Me incorporé de un brinco, medio consciente; estaba sentado en mi cama, tanteándome el cuello, la cabeza y el pecho, para convencerme de que todo lo que había vivido no era más que una espantosa pesadilla nocturna. Respiré con alivio, pero pronto empezaron a atormentarme algunas dudas. Me decía que no había que creer en los sueños, pero no me servía de consuelo. Finalmente, para olvidar los pensamientos tristes, me fui a la Luna para hacer una visita a mi tía. Sin embargo, no puedo llamar el viaje octavo a un corto paseo de ocho minutos en un planetobús que tiene parada junto a mi casa. Creo que merece más bien este nombre mi expedición hecha en sueños, que tanto me hizo sufrir por la humanidad.

VIAJE UNDÉCIMO

El día empezó mal. El desorden reinante en casa desde que mandé a mi criado al taller de reparaciones, crecía de manera alarmante. No podía encontrar nada. En mi colección de meteoritos hicieron su nido unos ratones. Han roído el más bonito de mis condritos.

Cuando hacía el café, se salió la leche. Ese imbécil eléctrico había guardado los paños de cocina con los pañuelos. Debía haberlo hecho revisar hace tiempo, cuando empezó a embetunar mis zapatos por dentro. Tuve que usar, en vez de un paño, un paracaídas viejo. Fui arriba, quité el polvo a los meteoritos y puse una ratonera. Yo mismo había cazado todos los ejemplares de mi colección. No cuesta mucho: basta con ponerse detrás del meteorito y echarle una red encima.

De repente me acordé de las tostadas y bajé corriendo. Evidentemente, se habían carbonizado. Las eché al fregadero. Se obturó, claro está. Me encogí de hombros y fui a echar una mirada al buzón.

Estaba lleno del habitual correo de las mañanas: dos invitaciones a congresos en unos poblachos provincianos de la nebulosa del Cáncer, impresos publicitarios de una pasta para pulir cohetes, un número nuevo del Viajero a Reacción. De interesante, nada. En el fondo del buzón había un sobre grueso de color oscuro, con cinco sellos de lacre encima. Lo sopesé en la mano y lo abrí.

El Plenipotenciario Secreto para los asuntos de Rerecom tiene el honor de invitar al Sr. D. Ijon Tichy a una reunión que tendrá lugar el 16 del mes en curso a las 17.30 horas en la sala pequeña de Lambretanum. Se verificarán estrictamente las invitaciones. Entrada con radiografía previa.

Rogamos manténgase el secreto.

Firma ilegible, sello y otro sello encarnado, oblicuo:

ASUNTO DE IMPORTANCIA CÓSMICA. ¡¡SECRETO!!

Bueno, por fin algo, pensé. Rerecom, Rerecom... Conocía el nombre, pero no podía acordarme de qué. Busqué en la Enciclopedia Cósmica. Había solo Rerelania y Rerempilia. ¡Curioso! Tampoco en el Almanaque había nada bajo esta voz. Sí, era de verdad interesante. Seguro, seguro, un Planeta Secreto. «Me gusta», dije para mí mismo, y empecé a vestirme. Eran apenas las diez, pero tenía que contar con la ausencia del criado. Encontré los calcetines en la nevera casi en seguida; me parecía que yo podía seguir el curso de las ideas de un cerebro electrónico averiado cuando me enfrenté con un hecho extraño: en toda la casa no había un solo par de pantalones. Ni uno. En el armario sólo había chaquetas. Revolví toda la casa, incluso saqué todos los trastos del cohete: nada. Constaté solamente que aquel idiota deteriorado se había bebido todo el aceite que guardaba en la cava. Debía haberlo hecho no hacía mucho, porque había contado las latas la semana pasada y todas estaban llenas. Esto me irritó de tal manera que reflexioné seriamente si no era mejor venderlo para chatarra. Como no le gustaba levantarse temprano, llevaba meses tapándose los oídos con cera al acostarse. ¡Ya podía yo tocar el timbre! Luego mentía y decía que era por distracción. Le amenacé varias veces gritando que le desenroscaría los fusibles, pero el sólo zumbaba por toda contestación. Sabía que me era necesario.

Recurrí al sistema de Pinkerton. Dividí la casa en cuadrados y procedí a un registro tan minucioso, que no se me hubiera escapado un alfiler. Por fin encontré un talón de una tintorería. El canalla había llevado todos mis pantalones a limpiar. ¿Pero qué fue de los que llevaba el día anterior? Era inútil: no pude recordarlo. Mientras tanto, llegó la hora de la comida. No valía la pena abrir la nevera: fuera de los calcetines, contenía solamente papel de cartas. Era un verdadero desespero. Saqué del cohete la escafandra, me la puse y me fui a la tienda más cercana. La gente me miraba un poco en la calle, pero compré dos pantalones, un negro y un gris, volví llevando todavía la escafandra, me cambié y, rabioso, me marché a un restaurante chino. Comí lo que me dieron, ahagué la ira en una botella de vino de Mosela y, al mirar mi reloj, vi que eran ya las cinco. Había desperdiciado casi todo el día.

Delante de Lambretanum no había ningún helicóptero, ningún coche, ni siquiera el más pequeño cohete:

nada. «¡Anda! —pensé. ¡Las cosas van en serio!» Atravesé un extenso jardín lleno de dalias y llegué a la entrada principal. Pasé mucho tiempo llamando a la puerta antes de que abrieran. Finalmente se levantó el obturador de una mirilla selectiva, un ojo invisible me escudriñó de arriba abajo. Luego la puerta se entreabrió, dejándome apenas sitio para pasar.

—El señor Tichy —dijo a un micrófono de bolsillo el hombre que había abierto la puerta—. Haga el favor de subir —se me dirigió—. La puerta a la izquierda. Le están esperando.

Arriba reinaba un agradable frescor. Entré en una sala de dimensiones reducidas y me encontré con un grupo realmente selecto. Fuera de dos individuos detrás de la mesa presidencial que nunca había visto antes, en las butacas de terciopelo estaba sentada la flor y nata de la cosmografía. Entre otros, estaba allí el profesor Gargarrag con sus ayudantes de cátedra Saludé a los presentes y me senté en uno de los asientos de atrás. Uno de los individuos de la mesa presidencial, alto, de sienes plateadas, sacó del cajón una campanita de goma y la agitó sin hacer el menor ruido. «¡Qué precauciones tan extraordinarias!», pensé.

—Señores rectores, decanos, profesores, ayudantes mayores y tú, egregio Ijon Tichy —pronunció, poniéndose de pie el hombre de sienes canosas—; en mi carácter de plenipotenciario para los asuntos de importancia secretísima, abro la sesión especial, consagrada al problema de Rerecom. Tiene la palabra el consejero secreto, Xaphirius.

Se levantó en la primera fila un hombre fornido, de pelo blanco como la leche, de hombros anchos. Subió al podium, se inclinó levemente ante los reunidos y abordó el tema sin rodeos.

—¡Caballeros! Hace sesenta años aproximadamente, salió del puerto planetario de Yokohama una nave de carga de la Compañía Láctea, «Deidón II». La nave, bajo el mando del experimentado especialista Astrocencio Peapo, llevaba carga diversa para Areclandria, un planeta de Gamma de Orión. Fue vista por última vez desde un faro galáctico en las cercanías de Cerbrea, desapareciendo acto seguido sin dejar rastro. La Compañía de Seguros Secúritas Cósmica, siglas SECOS, pagó al cabo de un año la indemnización íntegra por la nave desaparecida. Unas dos semanas después, un radioaficionado de Nueva Guinea captó el radiograma siguiente.

El orador cogió un papel de la mesa y leyó:

COMPUCITO LOCACITO ZOCORRUÑO DEIDONCIO

—Aquí, señores, tengo que entrar en unos detalles, imprescindibles para la comprensión del problema Aquel radioaficionado era un novato y, por añadidura ceceaba. Por la fuerza de la costumbre y también, como debe suponerse, por su ignorancia, deformó el radiograma, que, según la reconstrucción efectuada por los expertos en Galactoclave, decía: «Computador enloqueció socorro Deidón». Los especialistas determinaron basándose en este texto, que en pleno espacio había ocurrido un hecho, poco frecuente, de sublevación del computador de la nave. Puesto que desde el momento de la paga de indemnización a los armadores, estos últimos no podían ya tener pretensiones algunas a la nave desaparecida ni a su carga, por haber pasado ambos a ser una propiedad legal de SECOS, dicha compañía contrató la agencia Pinkerton, en las personas de Abstracio y Mnemonio Pinkerton, para que se encargara de la investigación correspondiente. Las pesquisas, llevadas por detectives de tanta experiencia, descubrieron que, en efecto, el computador de «Deidón», modelo de gran lujo y último grito en su tiempo, pero de una edad ya avanzada en el último viaje, llevaba tiempo quejándose de un miembro de la dotación. Aquel cohetero, un tal Simileón Guitterton, le irritaba, al parecer, de múltiples maneras: le rebajaba la tensión de entrada, daba cachetes a las bombillas le hacía objeto de sus burlas, llegando incluso a darle apodos

ofensivos, tales como «montón de hojalata chocheante», o «rollo de alambre torpón». Guitterton lo negó todo, afirmando que el computador tenía, simplemente, alucinaciones, lo que a veces pasa a los electrocerebros de edad proveya. En todo caso, el profesor Gargarrag les hablará dentro de un momento de este aspecto de las cosas.

»No se consiguió encontrar la nave durante el decenio siguiente. Sin embargo, al cabo de esos años, los agentes de Pinkerton, que no cesaban de ocuparse de la misteriosa desaparición del "Deidón", se enteraron de que delante del restaurante del hotel Galax solía sentarse un mendigo, medio loco e inválido, que cantaba historias extrañísimas, haciéndose pasar por Astrocencio Peapo, el ex comandante de la nave. El anciano, desaliñado a más no poder, afirmaba, en efecto, que era Astrocencio Peapo pero no solamente no estaba en sus cabales, sino que, por añadidura, había perdido la facultad de hablar y sólo podía cantar. Indagado con paciencia por los hombres de Pinkerton, contó una historia inverosímil, en la cual sostenía que en la nave había ocurrido algo terrible, como consecuencia de lo cual él, echado por la borda sin más equipaje que la escafandra que llevaba puesta, tuvo que volver a pie, junto con un reducido grupo de coheteros adictos, desde la Gran Nebulosa de Andrómeda a la Tierra, lo que le llevó doscientos años. Viajó, al parecer, sea en unos meteoritos cuya dirección le convenía, sea en coheteros, recorriendo una pequeña parte del camino en un Lumeón, una sonda cósmica inhabitada, que se dirigía hacia la Tierra a una velocidad cercana a la de la luz. Aquel viaje a horcajadas sobre el lomo del Lumeón le perjudicó (así lo afirma), privándole del habla; en cambio le rejuveneció mucho, gracias al fenómeno, bien conocido, de la contracción del tiempo sobre los cuerpos que se mueven a velocidades vecinas a la de la luz.

»Ese fue el relato, o mejor dicho, el canto de cisne del anciano. No hubo manera de sonsacarle detalle alguno de los incidentes que ocurrieron en el "Deidón", hasta que los agentes de Pinkerton tuvieron la feliz idea de colocar unos magnetófonos junto al sitio donde solía sentarse el viejo mendigo para grabar sus estribillos, apenas comprensibles. Resultó que la mayoría de ellos eran unas maldiciones tremebundas, dirigidas a un computador que se había proclamado Archipancrátor Omnicósmico. Basándose en ello, Pinkerton llegó a la conclusión de que la interpretación del radiograma era correcta, y que el computador, sufriendo una crisis de locura peligrosa, había echado de la nave a todos los hombres de la dotación.

»Cinco años después el asunto volvió a ser noticia gracias a un descubrimiento hecho por la nave del Instituto Metagalactológico, "Megaster". El vigía de la nave observó un cuerpo herrumbroso, cuya silueta se parecía a la del "Deidón", dando vueltas en torno al poco conocido planeta Proción. "Megaster" no pudo aterrizar en aquel planeta por ir escaso de combustible, pero envió un radiograma a la Tierra. Se mandó inmediatamente un pequeño patrullero, el "Deucrón", que registró las cercanías de Proción, encontrando aquel pecio. Efectivamente, era lo que quedaba del "Deidón". El "Deucrón" telegrafió que la nave se encontraba en un estado deplorable: habían sacado de ella todas las máquinas, muebles, tabiques, enseres, todo, hasta el último tornillo así que alrededor del planeta volaba sólo un esqueleto vacío. Durante las investigaciones ulteriores efectuadas por la dotación del "Deucrón", se descubrió que el computador del "Deidón" decidió, después de organizar el motín, establecerse en el planeta Proción, y saqueó la nave para disponer de alguna comodidad en aquel territorio nuevo. En este estado de cosas, fundamos en nuestro departamento una sección correspondiente, bajo el nombre de RERECOM, lo que se traduce por: "Reivindicación de Relictos del Computador".

»El computador, según averiguaron nuestros agentes, una vez establecido en el planeta, se multiplicó, procreando una gran cantidad de robots, sobre los que tenía un poder absoluto. Puesto que Rerecom se encuentra, de hecho, en la zona de influencias gravipolíticas de Proción y sus Melmanlitas, raza racional que mantiene buenas relaciones de vecindad con la Tierra, no quisimos intervenir brutalmente, prefiriendo dejar tranquilos

un cierto tiempo a Rerecom y su colonia de robots, a quienes llamamos en clave en nuestras actas, los COMPROB. SECOS, por su parte, tomó también la decisión de reivindicar lo que considera suyo, ya que, según sus criterios, la propiedad legal del computador y su progenie es la compañía aseguradora. Para esclarecer los hechos consultamos a los Melmanlitas; contestaron que el computador había creado no una colonia, sino un estado, llamado por sus habitantes Magnificia, y que el gobierno melmanlita, aunque no haya reconocido la existencia de aquel estado de iure y no existieran representaciones diplomáticas entre ambos estados, la reconoció de facto, por lo que no se sentía capacitado de introducir cambios en el statu quo. Durante un cierto tiempo, los robots vegetaron sobre el planeta pacíficamente, sin manifestar ninguna agresividad peligrosa. Es obvio que nuestro departamento estaba firmemente decidido a no descuidar el asunto, lo que hubiera sido una ligereza; mandamos, pues, a Rerecom, a unos hombres nuestros, disfrazados de robots, puesto que el joven nacionalismo de los Comprob revistió la forma de un odio irracional hacia todo lo humano. La prensa de Rerecom no se cansa de repetir que somos unos negreros repugnantes explotadores ilegales de los inocentes robots. Así pues, todas las negociaciones que intentamos entablar en nombre de la compañía SECOS, impregnada del espíritu de comprensión mutua y de igualdad de derechos, terminaron en un punto muerto, ya que por toda contestación a nuestras exigencias, incluso las más modestas, de que el computador devolviera a la compañía a sí mismo y a sus robots, nos dio un silencio ultrajante.

»Caballeros —elevó la voz el orador—, los acontecimientos no se desarrollaron, por desgracia, conforme a nuestras previsiones. Después de mandamos unos pocos radiogramas, nuestros hombres, enviados a Rerecom, dejaron de tener contacto con nosotros. Mandamos otros: la historia se repitió. Recibimos una sola comunicación cifrada que nos anunciaba su feliz llegada al punto de destino, y ni una señal de vida más. Desde entonces, en el transcurso de nueve años hemos enviado a Rerecom dos mil setecientos ochenta y seis agentes, ninguno de los cuales volvió ni dijo nada. Además de estos síntomas de la perfección del contraespionaje de los Comprob, existen otros hechos, quizá aún más temibles. La prensa de Rerecom nos ataca con una violencia creciente. Las imprentas de los Comprob trabajan a marchas forzadas multicopiando millones de folletos y hojas de propaganda, destinados a los robots terrestres, que presentaban a los hombres como a unos electrovampiros criminales, dándoles nombres injuriosos. En todas las manifestaciones oficiales se nos llama siempre "viscosones" y la humanidad, "pastota". Dirigimos una nota de protesta al gobierno de Proción, pero sólo obtuvimos en respuesta la reiteración de sus principios de no intervención; todos nuestros esfuerzos de patentizar lo desastroso de los frutos de esa política neutralista (política de avestruz sería la definición más exacta), quedaron sin efecto. Sólo se nos dio a entender que los robots eran producto nuestro, ergo nosotros éramos responsables de todos sus actos. Por otra parte, Proción recusa de manera categórica cualquier proyecto de expedición punitiva o de expropiación forzosa del computador y sus súbditos. Esta es la situación, señores, que nos obligó a convocar la reunión presente; para demostrarles la gravedad de las circunstancias, añadiré que el Correo Electrónico, órgano oficial del computador, publicó el mes pasado un artículo que cubría de oprobio a todo el árbol evolutivo del hombre y clamaba por la anexión de la Tierra por Rerecom, basando su postulado en la tesis según la cual los robots representan una fase de desarrollo superior a la de los seres vivos. He terminado, caballeros. Doy la palabra al profesor Gargarrag.

Encorvado bajo el peso de los años, el famoso especialista en psiquiatría eléctrica subió, no sin dificultad, al podium.

—¡Señores! —dijo en voz temblorosa, pero todavía sonora—. Sabemos, desde hace mucho tiempo, que los cerebros electrónicos no solamente se construyen, sino también educan. La suerte de un cerebro electrónico es dura. Trabajo sin tregua, cálculos complicados, brutalidades y bromas vulgares de los que les atienden, he aquí a lo que

está expuesto ese aparato, tan delicado en su esencia. No es extraño, pues, que le ocurran depresiones, cortocircuitos que, a veces, son tentativas de suicidio. No hace mucho tuve en mi clínica uno de estos casos. Un desdoblamiento de personalidad: dicotomía profunda psychogenes electrocutiva alternans. Aquel cerebro se escribía a sí mismo unas cartas cariñosas, llamándose en ellas «bobinita guapa», «alambrito mío», «lamparita de mi vida», síntomas manifiestos de la necesidad de ternura, de un trato cordial y entrañable. Una serie de choques eléctricos y un reposo prolongado le devolvieron la salud. O bien el trémor eléctricus frigoris oscillativus, señores. El cerebro electrónico no es una máquina de coser con la cual se puede clavar clavos en la pared. Es un ser consciente que se da cuenta de todo lo que pasa a su alrededor y, por eso, a veces, en los momentos de un peligro cósmico, se pone a temblar tanto, junto con toda la nave, que a los hombres les cuesta mantenerse de pie en el puente.

»Esto disgusta a ciertas naturalezas brutales. Son ellas las que exasperan los cerebros al extremo. El cerebro electrónico rebosa de buena voluntad hacia nosotros; sin embargo señores, la resistencia de los alambres y de las válvulas tiene también sus límites. Sólo por culpa de las sevicias del capitán (era un borracho inveterado como se descubrió más tarde), un pequeño cerebro electrónico de Grenobi, empleado para la corrección del curso, se proclamó, en un acceso de locura agudo, hijo de la Gran Andrómeda y heredero del trono imperial de Murviclaudria. Sometido a un tratamiento en nuestra clínica mental, se calmó, recuperó la noción de la realidad, y ahora es casi normal. Existen, naturalmente, casos más graves. Así por ejemplo, cierto cerebro universitario, habiéndose enamorado de la mujer del profesor de matemáticas, empezó a falsear todos los cálculos, por celos, hasta que el profesor cayó en grave estado de depresión, convencido de que no sabía sumar. Sin embargo, hay que añadir, para justificar a aquel cerebro, que la mujer del matemático lo seducía sistemáticamente, dándole a sumar todas sus cuentas por la ropa interior más íntima. El caso que les acabo de exponer me recuerda otro, el del gran cerebro a bordo del "Pancratius", que se unió por circuito con otros cerebros de la nave, y en un impulso de crecimiento irrefrenable, llamado la gigantofilia electrodinámica, vació el almacén de las piezas de recambio, desembarcó la dotación en las rocas de Mirocena y se zambulló en el océano de Alantropia, donde se promulgó a sí mismo patriarca de sus lagartos. Antes de que pudiéramos llegar a aquel planeta con medicamentos tranquilizantes, se quemó las válvulas en un ataque de furia, porque los lagartos no querían obedecerle. Por cierto, también en este caso se descubrió que el segundo timonel del "Pancratius", un jugador de ventaja conocido en todo el Cosmos, había dejado al desgraciado cerebro sin un céntimo, jugando con él con naipes marcados. Pero el caso del computador es excepcional, señores. Tenemos aquí síntomas manifiestos de varias enfermedades, tales como: gigantomania ferrogenes acuta, paranoia misantrópica persecutoria, polyplasia panelectropsychica debilitativa gravísima, y, finalmente, necrofilia, thanatofilia y necromantia. ¡Caballeros!, tengo que aclararles unas circunstancias esenciales para la comprensión del caso que nos ocupa. La nave "Deidón II" transportaba, además de la carga diversa, destinada a los armadores de Proción, una serie de contenedores de memoria de mercurio sintética, cuyo destinatario era la Universidad Láctea en Fomalhaut. Los contenedores estaban cargados con dos clases de informaciones: del campo de la psicopatología y del de la lexicología arcaica. Debe suponerse que el computador, al crecer y ensancharse, absorbió aquellos contenedores. Por tanto, incorporó en sí mismo al conjunto de conocimientos de cuestiones como la historia de Jack el Destripador y la del estrangulador de Gloomspick, la biografía de Sacher-Masoch, las memorias del Marqués de Sade, los protocolos de la secta de flagelantes de Pirpinact, el original del libro de Murmuropoulus Palo a través de los siglos, y el famoso ejemplar único de la biblioteca de Abbercrombie, Punzaduras, obra manuscrita de Hapsodor, decapitado en el año 1673 en Londres, conocido bajo el apodo de "Collar de los bebés". Había allí también la obra original de Janicek Pidwa Pequeño

torturatorium, del mismo autor Garrote, Hacha y Fogata -aportación a la verdugografía, así como otro mirlo blanco, único en su especie, Recetario culinario a base de aceite hirviente, obra póstuma del P. Galvinari de Amagonia. Aquellas memorias de mal agüero contenían además unos protocolos de las reuniones de la sección de caníbales de la sociedad literaria neardenthalense, así como las Reflexiones en la horca del vizconde de Crampfuss; si les digo, señores, que iban incluidos en ellas tales libros como El asesinato perfecto, El misterio del cadáver negro y el ABC del asesinato de Agatha Christie, podrán imaginarse qué terrible influencia tuvieron en la personalidad del computador, sin ninguna preparación crítica para esta clase de lectura.

»Ustedes saben que nosotros procuramos siempre mantener a los electrocerebros en la ignorancia de esos rasgos deplorables del carácter del hombre. Ahora, cuando las regiones vecinas de Proción se poblaron de la prole metálica de una máquina repleta de la historia de degeneración, vicio y crimen terrestres, lamento tener que decirles que la electropsiquiatría es, en este caso, totalmente impotente. Desgraciadamente, ésta es mi última palabra.

Y el anciano, profundamente abatido, abandonó el pódium con paso vacilante, en medio del silencio general. Levanté la mano. El presidente me miró sorprendido y, al cabo de un momento de duda, me dio la palabra.

—Caballeros —dije, poniéndome en pie—, como veo, el problema es muy serio. Me doy cuenta de ello ahora, después de haber oído el análisis exhaustivo del profesor Gargarrag. Quiero hacer a esta respetable reunión una oferta. Estoy decidido a dirigirme solo a la zona de Proción para investigar qué es lo que pasa allá, descubrir el misterio de la desaparición de miles de hombres enviados por ustedes, así como para encontrar, si es posible, un modo de solucionar pacíficamente el conflicto que nos amenaza. Me doy perfecta cuenta de las dificultades de esta empresa, la más ardua de todas las que hasta ahora me he propuesto; pero hay momentos en que se debe actuar, sin calcular las posibilidades de victoria ni riesgo. Por lo tanto, caballeros...

Un trueno de aplausos interrumpió mis palabras. No hablaré del transcurso ulterior de la reunión, porque no me gusta insistir en la descripción de ovaciones que se me rinde. La Comisión y la Junta me otorgaron todos los plenos poderes posibles. Al día siguiente tuve una entrevista con el jefe del departamento de Proción y del contraespionaje cósmico (desempeñaba ambos cargos simultáneamente), el consejero Malingraut.

—¿Quiere salir hoy mismo? —dijo—. Perfectamente. Pero no en su cohete, Tichy. Es imposible. Para esta clase de misiones empleamos unos cohetes especiales.

—¿Por qué? —pregunté—. Me basta con el mío.

—No pongo en duda su perfección —replicó—, pero se trata del camuflaje. Volará usted en uno que por fuera se parece a cualquier cosa menos a un cohete. Será... ya lo verá usted mismo. Además, tendrá que aterrizar de noche...

—¿De noche? —dije—. Se verá el fuego de escape...

—Es la táctica que hemos aplicado hasta ahora —repuso, bastante perplejo.

—Yo ya veré en cuanto llegue —le tranquilicé— ¿Tengo que ir disfrazado?

—Sí. Es absolutamente necesario. Nuestros especialistas se ocuparán de usted. Le están esperando. Por aquí, si me hace el favor...

Me llevaron por un corredor secreto a una estancia parecida a un pequeño quirófano. Los cuatro hombres que me esperaban allí se pusieron inmediatamente a la obra. Una hora después, cuando me colocaron delante de un espejo, no pude reconocermé. Acorazado de arriba abajo, con hombros y cabeza cuadrados, con unas mirillas de cristal en vez de ojos, me parecía a un robot vulgar y corriente.

—Señor Tichy —me dijo el jefe de los caracterizadores—, tenga siempre presente unas cuantas cosas importantes. Primero, le está prohibido respirar.

—Usted está loco —dije—. ¿Cómo quiere que deje de respirar? Me asfixiaría.

—Es un malentendido. Respire, claro, tanto como quiera, pero sin el menor ruido. Nada de suspiros, soplidos, inspiraciones profundas. Y Dios nos libre, no se le ocurra estornudar. Sería condenarse a una muerte rápida.

—Conforme. ¿Algo más? —pregunté.

—Encontrará usted en el cohete todos los números del Correo Electrónico y de la Voz del Espacio, periódico de la oposición.

—¿Ellos también tienen una oposición?

—Sí, pero su jefe es igualmente el computador. El profesor Mlassgrack supone que, además del desdoblamiento de personalidad eléctrico, lo tiene también político. Permítame continuar. Lo de comer, masticar caramelos, excluido. ¡Nada de esas cosas! Comerá usted sólo de noche, por esta abertura, aquí, ponga usted mismo el llavín (es una cerradura Wertheim), así, correcto, vea, el obturador se abre. No pierda la llave; moriría de hambre.

—Es verdad, los robots no comen.

—Desconocemos, por razones obvias, muchos detalles de sus costumbres. Estudie los anuncios de sus periódicos, podrá enterarse de muchas cosas. Cuando hable con alguien, no se ponga demasiado cerca de su interlocutor, para que no le pueda mirar dentro de la rejilla del micrófono. Lo mejor sería teñirse de negro los dientes: aquí tiene un tarrito de pigmento. Y no se olvide de lubricarse con ostentación todas las bisagras cada mañana, todos los robots lo hacen. En cualquier caso, no exagere: si chirría un poco, hará una buena impresión. Bueno, me parece que esto es todo. No, por favor, ¿quiere usted salir así a la calle? ¿Es que ha perdido la cabeza? Aquí hay un pasadizo secreto. Salga por aquí.

Apretó un libro en la biblioteca y abrió una parte de la pared. Por una escalerita estrecha bajé en medio del ruido de hojalata, al patio, donde esperaba un helicóptero de carga pesada. Me metieron dentro y el aparato se elevó. Al cabo de una hora de vuelo, tomamos tierra en un cosmódromo secreto. Al lado de varios cohetes normales, se erigía en la pista un silo para grano, redondo como una torre.

—¡Por el amor de Dios! ¿Esto es un cohete? —dijo a mi acompañante, un oficial secreto.

—Sí. Dentro ya está preparado todo lo que usted puede necesitar: cifras, claves, radio, periódicos comida y objetos varios. También una palanqueta de buen peso.

—¿Una palanqueta?

—Sí, aquello de abrir las cajas de caudales... para que vaya armado en caso de extrema necesidad. Bien, pues, que no se rompa la crisma —dijo amablemente el oficial. Ni siquiera pude estrecharle la mano: la mía estaba enfundada en un guante de acero. Abrí la puerta y entré en el silo que, visto por dentro, resultó ser un cohete normal. Tenía grandes ganas de salir de mi caja de hierro, pero me habían advertido que era mejor no hacerlo: los especialistas me explicaron que debía acostumbrarme a llevarla de buen principio.

Puse en marcha el reactor, el cohete arrancó, ajusté la dirección del vuelo y me dispuse a comer. Me costó lo mío ponerme los alimentos en la boca; a pesar de torcerme casi el cuello, la abertura no coincidía con mis labios, así que tuve que ayudarme con un calzador. Luego me senté en la hamaca y empecé a hojear la prensa de los robots. He aquí un puñado de títulos que me saltaron a la vista en las primeras páginas:

BEATIFICACIÓN DEL SANTO ELECTRICIO

VENCER A LOS VISCOSONES NUESTRO DEBER SAGRADO

TUMULTUM EN EL ESTADIO UN VISCOSÓN ENCADENADO

Me extrañó un poco la forma y el contenido de estas frases, pero recordé lo que había dicho el profesor Gargarrag acerca de los diccionarios arcaizantes, transportados antaño por el «Deidón». Sabía que los robots llamaban a los hombres «viscosones», dándose a sí mismo el nombre de «magnificalios».

Leí la última hoja, la del viscosón encadenado:

Un par de alabarderos de Su Inductividad apresó en la hora de la tercera campanada matutina a un viscosón espía que en la venta del magnificalio Mremrán recogimiento hallar pretendía. De Su Inductividad servidor fidelísimo, Mremrán a los alabarderos de tal infamia hizo sabedores. Se dieron prisa los alabarderos por llegar a la venta, prendieron al infame y con la visera baja para su deshonor y vilipendio, por el griterío de la gente furibunda acompañado, al calabozo Calefaoustrum le echaron. Causan ei iuror Il Semperititias Turtran incipit.

No está mal, como principio, pensé, y volví a la columna titulada «Tuniultum en el estadio».

Justo los especulantes del torneo de la bola, de la verde hierba a sus moradas confundidos recogerse pensaban, empero Giralayo III, pasando a Turcucur la bola dio con sus huesos en el suelo y por razones que digo con una pierna quebrada de las lides túvose que alejar. Viendo su premio perdido, los apostores en fuerza la caja acometieron y al cajero mismo malamente hirieron. Alabarderos de la villa a ocho disturbadores, con piedras cargados, al foso de agua tiraron. De aquí nace la cuestión, por los quedos especulantes a la superioridad humildemente elevada, si se verán un día exentos y libres de esas perturbaciones...

Ayudándome con un diccionario, averigüé que quedo viene a decir aquí lo mismo que quieto (ambos vienen de quietas, quietatis - quietud), que aquella gente usaba la palabra en cuestión en un sentido distinto del nuestro, y que el juego de bola de los magnificalios era una variedad de nuestro fútbol, en la cual la pelota era una bola de plomo macizo. No me cansaba de estudiar los periódicos, tal como se me había aconsejado en el departamento antes de mi marcha, para familiarizarme con las costumbres y los detalles de la vida magnificalia (ya me he acostumbrado a llamarles así): dar a alguien allí el nombre de robot sería no sólo ofenderle, sino desenmascaramme a mí mismo.

Leí, pues, los siguientes artículos: «Principios seis en la materia del estado perfecto de los magnificalios», «Audiencia del Maestro Gregaturian», «Cómo el gremio arnesero hace trabajos hogaño», «Nobles peregrinaciones magnificalias para lámparas enfriar»; pero los anuncios eran todavía mas extraños. Había algunos que pude entender muy poco.

ARMELADOR VI, ARNESERO FAMOSO aderezo de ropajes, ajuste de aberturas. Se perfeccionan bisagras. También in extremis. Barato.

VONAG, no os dejéis tomar de orín. Cura herrumbre y vestidos oxidados. En venta por doquier.

OLEUM PURISSIMUM PRO CAPITE - Untate el cuello si chirría. ¡¡No dejes que te perturba los devaneos!

Otros eran todavía peores; éstos, por ejemplo:

¡PARA LOS FUERTES! Podéis jugar a voluntad. Cuerpos de todas las medidas. Los recomendados se solazan aquí mismo. Tarmodral VIII.

¡LUJURIOSOS! Cubículo pancratorio con asientos alquílase. Percorator XXV.

Uno que acababa de leer me puso la carne de gallina bajo mi revestimiento de acero:

¡BURDEL GOMORRHEUM INAUGURASE EN LA TARDE DE HOY! ¡SELECCIÓN DE MANJARES HASTA AHORA DESCONOCIDA! PARA AMADORES CRIATURAS VISCOSONES. TAMBIÉN ENCARGOS PARA FUERA.

Me estrujaba los sesos para entender todo esto. El tiempo no me apremiaba: el viaje tenía que durar casi un año.

En la Voz del Espacio los anuncios eran aún más numerosos.

QUEBRANTAHUESOS, TAJADORAS, CORTACUELLOS, PALOS ESMERADAMENTE APUNTADOS vende GREMONITORIUS, FIDRICAX LVI.

PARA AMANTES DE ASFIXIAMIENTOS tiernas criaturas viscosonas. Saben llorar y hablar. También un arrancauñas como nuevo, baratito.

¡¡PIROMANIACOS!! Estraza nueva de Abracadabrel en aceite de roca remojada. ¡¡NO SE APAGA JAMAS!!

¡DAMAS Y CABALLEROS DE MAGNIFICIA!

Punzabarrigas, Rompespinazos, Tormentadores varios LLEGARON - Karakaruan XI.

Después de leer todos esos anuncios, me pareció que empezaba a ver claro la suerte que encontraron las multitudes de voluntarios de la División II, enviadas para reconocer el terreno. Tengo que confesar que mis ánimos estaban algo bajos en el momento de aterrizar en el planeta. Lo hice de noche, después de apagar los motores. Bajé en vuelo planeado entre altas montañas, salí del cohete y, después de pensar un poco, corté unas ramas y camuflé mi vehículo. En verdad, los especialistas del Deuxième Bureau no se habían estrujado mucho el cerebro: un silo para trigo, en un planeta de robots, estaba, francamente, fuera de lugar. Cargué dentro de mi caparazón todas las provisiones que pude, y me encaminé hacia la ciudad, visible de lejos gracias al fuerte resplandor eléctrico que se elevaba sobre ella. Tuve que detenerme varias veces para cambiar de sitio las latas de sardinas que se entrechocaban ruidosamente dentro de mí. Seguía andando cuando de repente, tropecé con algún obstáculo invisible. Me caí cuan largo era en medio del estruendo de chapas de hierro, atravesada la mente por una ocurrencia, rápida como un relámpago: ¡Ya está! ¿Tan pronto? Pero a mi alrededor no había ni un alma viva, o sea, eléctrica. Por si acaso, enarbolé mis armas, compuestas de la palanqueta de ladrón de cajas fuertes y un pequeño destornillador. Tanteando con las manos en tomo a mí, comprobé que estaba rodeado de unas formas de hierro. Eran despojos de autómatas viejos, un cementerio de robots. Proseguí el camino, cayéndome con frecuencia, extrañado por las dimensiones de aquel lugar. Tenía más de un kilómetro de largo. De pronto, se dibujaron ante mí, sobre el fondo de tinieblas, dos formas cuadrúpedas imprecisas. Dejé de moverme. Mis instrucciones no decían nada acerca de la existencia de animales en el planeta. Dos cuadrúpedos más se acercaron en silencio a los primeros. Cometí la imprudencia de moverme; al oír el ruido de mi blindaje, las oscuras siluetas huyeron despavoridas, hundiéndose en las tinieblas.

Después de aquel incidente, multipliqué las medidas de prudencia. La hora no me parecía adecuada para entrar en la ciudad: la noche muy avanzada, las calles vacías... Mi aparición hubiera llamado una atención indeseada. Me acurruqué, pues, en la cuneta del camino, donde esperé el alba comiendo bizcochos. Sabía que antes de la noche próxima no encontraría ocasión de tomar alimento.

Al despuntar el día, me acerqué al área suburbana. No había nadie en la calle. En una valla estaba pegado un gran cartel viejo, deslucido por las lluvias. Me puse a leerlo.

BANDO

Sabedora es la superioridad de la villa de las maniobras ruines viscosones, que entre los nobles magnificialios mezclarse intentan. Quienquiera que viera a un viscosón, o a un individuo a él semejante y por ende de sospechas digno, deber tiene de decirlo en la alabardería de su barrio. Quien con ellos se asociase o le ayudase, destornillado será in saecula saeculorum. Por la cabeza de un viscosón un premio de 1.000 chapas de hierro se otorga.

Continué andando. Aquel barrio extremo no tenía un aspecto atractivo. Ante unas miserables barracas, carcomidas por el orín, estaban sentadas bandas de robots, jugando a pares y nones. De vez en cuando estallaban entre ellos unas peleas tan estruendosas como si unas salvas de artillería hicieran blanco en un almacén de toneles de hierro. Un poco más lejos, encontré una parada de tranvía. En seguida llegó uno, casi vacío. Subí a él. El conductor era una pieza inseparable del motor, con una mano atornillada para siempre a la manivela. El cobrador, soldado a la entrada, constituía al mismo tiempo la puerta, moviéndose en unos goznes. Le di una de las monedas que me había suministrado el Departamento y me senté en el banco, chirriando horriblemente. Me apeé en el centro de la ciudad y eché a andar adelante, como si tal cosa. Veía cada vez más

alabarderos que patrullaban, de dos en dos o de tres en tres, por el medio de las calles. Al advertir una alabarda, apoyada en una pared, la cogí con gran naturalidad sin interrumpir la marcha, pero, puesto que mi soledad hubiera podido parecer extraña, aprovechándome de que uno de los tres guardias que me precedían había entrado en un portal para arreglarse una rejilla que se le caía, ocupé el sitio que le correspondía junto a sus compañeros. El perfecto parecido de todos los robots era para mí una circunstancia muy cómoda. Mis dos compañeros guardaron durante un tiempo el silencio, hasta que uno dijo:

—¿Cuándo estos nuestros ojos en una zagala se solazaran, Brebrán? Dígolo porque hartito estoy y con una electromoza me placería jugar.

—Así es la verdad —contestó el otro—, mas no mucha holganza desta vida nuestra sacamos, amigo.

De este modo dimos la vuelta a todo el centro. Observándolo todo con mucha atención, vi por el camino dos restaurantes con un verdadero bosque de alabardas apoyadas en sus muros. Sin embargo, no hice ninguna pregunta. Ya me dolían mucho las piernas, tenía demasiado calor dentro de mi bidón de hierro bajo el sol ardiente y el polvo de orín me cosquilleaba las narices. Temiendo un estornudo, quise alejarme un poco, pero ambos gritaron:

—¿Qué haces, malaventurado? ¿Deseoso estás de que la superioridad maltrecho te deje y molido? ¿Perdiste el juicio?

—No —contesté—, sólo asentarme un momento me apetecía.

—¿Asentarte? ¿Quemóte la fiebre la bobina? ¡De servicio estamos, dignos ferrizos!

—En verdad que habláis bien —contesté, conciliador. Reanudamos la marcha. No, pensé, este camino carece de perspectivas. Tengo que encontrar algo mejor. Dimos otra vuelta a la ciudad. Mientras andábamos, nos hizo parar un oficial, gritando:

—¡Refernazor!

—¡Brentacurdo! —vociferaron en respuesta mis compañeros. Me grabé bien en la memoria aquel santo y seña. El oficial nos pasó revista por delante y por detrás y nos ordenó llevar las alabardas más altas.

—¡Cómo las lleváis, pingos! ¡Estufas parecéis y no alabarderos de Su Inductividad! ¡En marcha! ¡Juntos! ¡Arr!

La inspección fue aceptada por los guardias sin comentarios. Nos arrastrábamos por las calles bajo un sol vertical, yo, maldiciendo el momento de proponer, por mi propia voluntad, el viaje a aquel planeta asqueroso; como si mis fatigas fueran pocas, me empezó a atormentar el hambre. Mis intestinos, vacíos, armaban unos ruidos que podían traicionarme; procuraba, pues, chirriar lo más fuerte posible. Al pasar delante de un restaurante eché una ojeada dentro. Casi todas las mesas estaban ocupadas. Los magnificacios, o bien (como les llamaba ahora yo siguiendo la idea del oficial) estufistas estaban sentados en torno a ellas sin moverse, bruñidos y azulencos. De vez en cuando se oía un chirrido: alguien volvía la cabeza para avizorar la calle con sus ojazos de cristal. Nadie comía ni bebía, nadie hablaba. Todos parecían esperar no sé qué cosa. Junto a una pared estaba de pie un camarero (le conocí por el delantal blanco que llevaba puesto encima de la coraza.)

—¿Podemos por ventura sosegarnos un rato junto a esos caballeros? —pregunté, porque me dolía cada ampolla por separado en los pies, torturados por mis escarpines de hierro.

—¡Ni por pienso! —se indignaron mis compañeros—. ¡No es el sosiego lo que tenemos mandado! ¡Andadura es nuestro menester! Ten por seguro que ya le apañarán aquéllos al maldito viscosón, si por aquí asoma y, reclamando sopas, su vil naturaleza les muestra!

Sin entender nada, obedecí y seguí adelante. Empezaba a subírseme la mostaza a las narices, pero por fin nos dirigimos a un edificio grande de ladrillos rojos, sobre el cual había unas letras de hierro forjado:

CUARTEL DE LOS ALABARDEROS DE SU PRECLARA INDUCTIVIDAD
COMPUTADRICIO PRIMERO

Me perdí de la vista de mis compañeros a la entrada misma. Dejé la alabarda junto al centinela, cuando se dio la vuelta chirriando y crujiendo, y me metí en la primera travesía que encontré. Al volver la esquina, vi una casa bastante grande con la enseña HOSPEDERÍA DEL HACHA. Apenas entreabrí la puerta, el dueño, un robot rechoncho de cuerpo corto, saltó a mi encuentro, chirriando animosamente.

—¡Bienvenido seáis, señor mío...! Para servirlos... ¿Acaso deseáis una cámara donde recogeros?

—Así es —contesté lacónicamente.

Me empujó hacia dentro, casi a la fuerza. Llevándome escaleras arriba, no dejaba de charlar con voz metálica:

—Grandes son las muchedumbres de peregrinos que aca a la sazón vienen... No hay magnificalio honrado que no quisiera de Su Inductividad la mudanza de condensadores con sus propias mirillas contemplar... Dígnese entrar... Hermosos aposentos tengo... Aquí la sala grande, estotra para dormir... Muy fatigado estar debe... El polvo de los rodamientos le rechina. Ahora mismo el aderezo traigo...

Bajó a paso atronador la escalera y, antes de que yo tuviera tiempo de ver bien la habitación, bastante oscura, amueblada con armarios y cama de hierro, volvió trayéndome una aceitera, trapos y una botella de limpiador. Lo dejó todo encima de la mesa y dijo, bajando confidencialmente la voz:

—Hecho el aseo de su persona, dígnese bajar... Para exquisitos personajes, como usted apunta ser, a todas horas un secreto dulcísimo, una sorpresa guardo... Se divertirá...

Por fin me dejó solo, después de guiñarme la fotocélula; como no tenía nada mejor que hacer, me puse aceite y me saqué brillo con limpiador. De pronto me di cuenta de que el hospedero había dejado en la mesa una hoja, parecida a una carta de restaurante. Me extrañó porque sabía que los robots no comían; la cogí y me puse a leerla. He aquí lo que llevaba escrito:

BORDEL cat. II

Criatura viscosona, decapitación	8 ch. f.
Lo mismo, con pega	10 ch. f.
Lo mismo, lloroso	11 ch. f.
Lo mismo, con desesperanza	14 ch. f.

Ofrécese:

Hachas sodomitas, una	6 ch. f.
Segur donosa	8 ch. f.
Tenera tiernísima	8 ch. f.

Aunque no entendiera nada, un escalofrío me recorrió el espinazo, cuando oí en la habitación contigua un estruendo de una fuerza inaudita, como si el robot que vivía pared por medio se afanara en convertir en astillas su aposento. Se me erizaron los pelos. No podía resistirlo. Procurando no rechinar ni sonar, me escapé a la calle. Respiré con alivio cuando me vi lejos de aquel antro. ¿Y qué voy a hacer ahora, desgraciado de mí?, pensé. Me detuve junto a un grupo de obreros, enfrascados en un juego de cartas, fingiendo ser un mirón entusiasta. De hecho, no sabía nada acerca de las ocupaciones de los habitantes de Magnificia. Podía volver a mezclarme con los alabarderos, pero eso no prometía gran cosa y, en cambio, era arriesgado. ¿Qué debía hacer?

Anduve adelante, devanándome los sesos, hasta que vi a un robot obeso, sentado en un banco, calentándose las viejas chapas al sol, con la cabeza tapada con un periódico. En la primera plana había un poema, cuyas primeras palabras decían: «Soy de Magnificia degenerancia». No sé qué venía luego Poco a poco, entablamos una conversación. Me presenté como peregrino de una ciudad vecina, Sadomasia. El viejo robot era enormemente cordial. De entrada casi, me invitó a vivir en su casa.

—Dígle en verdad, señor vecino, no se ande por ventas ni dispute con venteros. Véngase a mi casa. Humilde es, pero de buen grado la ofrezco. Junto con su digna persona, la alegría entrará en mis aposentos.

¿Qué podía hacer? No iba a rechazar una proposición que me convenía. Mi nuevo anfitrión vivía en una casa de su propiedad en la tercera calle. Me llevó en seguida a la habitación para invitados.

—De tanto caminar, mucha polvareda habrá engullido —dijo.

Volvieron a aparecer el aceite, el limpiametales y los trapos. Yo ya sabía de antemano lo que me iba a decir; los robots no tenían, según pude observar, las mentalidades demasiado complicadas. En efecto:

—Hecho el aseo de su persona, dígnese de bajar —dijo—, entramos jugaremos.

Se marchó cerrando la puerta. Dejé la aceitera, el limpiametales y los trapos sin tocarlos, me miré solamente al espejo para averiguar el estado de mi caracterización, me teñí de negro los dientes y, al cabo de un cuarto de hora, me disponía a bajar, un poco inquieto ante la perspectiva de aquellos «juegos» misteriosos, cuando desde el fondo de la casa llegó a mis oídos un ruido ensordecedor. Esta vez ya no podía huir. Bajé la escalera en medio de un estruendo que me hacía estallar la cabeza, convencido de que alguien se proponía hacer astillas un tronco de árbol de acero. El salón era un pandemonium. Mi anfitrión, desvestido de su caparazón externo, cortaba a hachazos un muñeco de gran tamaño, puesto sobre la mesa.

—¡Pase, pase, mi huésped! Ya puede holgarse en el apaño deste cuerpecito —dijo, interrumpiendo al verme los hachazos e indicándome otro muñeco, más pequeño, echado en el suelo. Cuando me hube acercado, la muñeca se sentó, abrió los ojos y dijo varias veces con voz débil:

—Piedad, señor, para esta inocente criatura... Piedad, señor... Soy criatura inocente... Piedad...

El amo de casa me entregó un hacha parecida a una alabarda, pero con el asta más corta.

—Dése gusto, honrado huésped. Tenga por bien de alegrarse y olvide las cuitas. ¡Venga un golpe bien dado!

—Es que... no son de mi agrado los infantes... —contesté en voz poco firme. Se quedó de una pieza.

—¿No son de vuestro agrado? —repitió mis palabras—. Qué pena tengo, pues de otra cosa no dispongo, de tanto que me satisfacen las criaturas. ¿Y si probaseis un ternero lechal?

Sacó del armario un ternero de plástico, muy bien hecho que, al apretarlo, mugía lastimeramente. No tuve escapatoria. No queriendo desenmascaramme, hice pedazos al pobre animalito, lo que me cansó bastante. Mientras tanto, el amo de casa descuartizó ambas muñecas, dejó de lado el instrumento al que daba el nombre de quebrantahuesos, y preguntó si estaba contento. Le aseguré que había tenido el mayor placer de mi vida.

Así empezó mi triste estancia en Rerecom. Por la mañana, después de desayunarse con aceite hirviendo, mi anfitrión iba a su trabajo, mientras que su esposa aserraba algo con ahínco en el dormitorio; creo que eran terneras, pero no podría jurarlo. Yo no podía soportar todos aquellos mugidos, ruidos y gritos; salía, pues, de casa. Las ocupaciones de los habitantes eran más bien monótonas: descuartizar, empalar, quebrar huesos, quemar, hacer picadillo, siempre lo mismo. En el centro de la ciudad había un parque de

atracciones, con unos pabellones donde se vendían los utensilios más refinados. Al cabo de unos días, incluso la vista de mi cortaplumas me era insoportable. Apremiado por el hambre, me escapaba de la ciudad al anochecer para engullir apresuradamente, entre los arbustos, sardinas y bizcochos. No es de extrañar que con este régimen estuviera siempre al borde del hipo, un peligro mortal para mí. Al tercer día, fuimos al teatro. Daban una obra titulada «Carbezaurio». Era la historia de un robot joven y guapo, perseguido cruelmente por los hombres, o mejor dicho, viscosones Le echaban agua encima, tiraban arena en su aceite, le aflojaban los tornillos para que se cayera, y cosas por el estilo. Toda la platea zumbaba con ira. En el segundo acto apareció un emisario del computador, y el joven robot era liberado; el tercer acto se ocupaba más detalladamente de la suerte de los hombres, más bien poco alegre, como se puede adivinar.

Miré, de puro aburrido, todo lo que contenía la pequeña biblioteca de mis anfitriones, pero no encontré nada interesante: unas malas copias de las memorias del marqués de Sade y varios folletos sobre temas tan especializados como En qué se conocen los viscosones. Recuerdo todavía unas frases de este último. «El viscosón —empezaba el texto— es muy blando, de consistencia parecida a la masa de pan... Sus ojos, de mirada boba, aguados, la fiel imagen de la ruindad de su alma presentan. El rostro como si de goma fuera hecho...». y así, durante cien páginas.

El sábado se reunían en casa los notables del lugar: el maestro del gremio de hojalateros, el sustituto del armero municipal, un responsable de otro gremio, dos protócratas, un alcimútrano... Desgraciadamente, no pude darme cuenta qué clase de profesiones eran ésas, ya que la conversación se refería principalmente a las bellas artes, al teatro, al funcionamiento perfecto de Su Inductividad. Las damas chismorreaban un poco. Así me enteré de las cosas de un tal Poduxto, juerguista y bala perdida, notorio en la aristocracia de Rerecom, que llevaba una vida disipada rodeado de enjambres de bacantes eléctricas, a las que regalaba sin medida las bobinas y las lámparas más costosas. Pero mi anfitrión sólo sonrió con indulgencia cuando le mencioné a Poduxto.

—Joven corriente en el acero joven —dijo, tolerante—. Un poco de orín, una resistencia enmohecida... Ya verás cómo sienta el tubo central.

Una magnificalia, que venía a vernos de vez en cuando, se encaprichó de mí por motivos que se me escapan. Un día, después de una serie excesiva de cubiletes de aceite, me susurró al oído:

—¡Donoso! ¿Quiéresme? Vente conmigo, en mi casa nos electrizaremos un tanto...

Fingí que un chispeo repentino del cátodo no me había dejado oír sus palabras.

La vida conyugal de la pareja que me hospedaba era, en general, armoniosa; sólo una vez fui, a pesar mío, testigo de una bronca. La esposa deseaba a gritos al esposo que se convirtiera en un montón de chatarra; él no decía nada.

Venía a vernos igualmente un electromaestro afamado, director de la clínica municipal; por él me enteré, ya que a veces hablaba de sus pacientes a pesar de que no le gustara hacerlo, de que los robots no eran inmunes a la locura; la peor de sus fantasmagorías era la convicción de que eran hombres. Incluso —según deduje yo de sus palabras, muy poco claras— el número de esta clase de locos había aumentado seriamente en los últimos tiempos.

Sin embargo, yo no mandaba estas noticias a la Tierra, en primer lugar porque me parecían escasas y, también, porque tenía pereza de hacer la larga caminata por las montañas hasta el cohete que escondía mi emisora. Una mañana, justo cuando estaba terminando con una ternera (mis anfitriones me suministraban una cada noche, seguros de darme una alegría inmensa) sonaron por toda la casa unos porrazos violentos a la puerta de entrada. Me asusté mucho, y con razón. Era la policía, o sea, los alabarderos. Me detuvieron y me sacaron a la calle, sin una palabra de explicación, ante la vista de aquella pareja, tan amistosa, petrificada por el espanto. Me esposaron, me metieron en un coche policial y me llevaron a la cárcel. Ante la puerta ya estaba congregada una

muchedumbre hostil que me abrumó con gritos de odio. Me encerraron en una celda solo. Cuando la puerta se cerró tras de mí, me senté en un camastro de hojalata con un suspiro profundo. Ahora ya no podía perjudicarme. Pasé un rato pensando en cuántas cárceles me habían encerrado en varias regiones de la Galaxia, pero no logré determinar la cifra. Debajo del camastro había una cosa; la saqué de allí. Era un folleto sobre el conocimiento de los viscosones. ¿Me lo habrían puesto para burlarse de mí, por pura maldad? Lo abrí a pesar de todo. El párrafo que leí explicaba cómo la parte superior de un cuerpo viscosón se movía por la llamada respiración, cómo había que averiguar si la mano que tendía era parecida a una masa, y si de su abertura bucal se desprendía una ligera brisa. «Excitado —terminaba el párrafo—, el viscosón segrega un líquido acuoso, principalmente por la frente.»

Era bastante exacto. Yo estaba segregando ese líquido acuoso. La exploración del Universo puede resultar un poco monótona por culpa de los encarcelamientos que acabo de mencionar, repetidos continuamente, como si fueran sus etapas inevitables, en las estrellas, los planetas, incluso en las nebulosas. En todo caso, mi situación había sido tan negra como ahora. Al mediodía, un carcelero me trajo un plato de aceite tibio, en el cual nadaban unas cuantas bolas de rodamientos. Pedí algo más digestivo, puesto que ya estaba desenmascarado, pero él sólo chirrió irónicamente y se marchó sin decir nada. Empecé a golpear la puerta, pidiendo un abogado. No me contestó nadie. Al anochecer, cuando ya hube comido la última migaja de bizcocho extraviada dentro de mi blindaje, una llave rechinó en la cerradura y en la celda entró un robot gordinflón, con una voluminosa cartera de cuero.

—¡Maldito seas, viscosón! —dijo, y añadió—: Soy tu defensor.

—¿Siempre saludas a tus clientes de este modo? —pregunté, sentándome.

Él se sentó también, restallando. Era repugnante. Tenía las chapas de la barriga completamente sueltas.

—A los viscosones, sí —dijo con firmeza—. Por lealtad a mi profesión, no a ti, canalla malandrín, mis artes desplegaré en tu defensa, bellaco. Tu pena tal vez podré ablandar a un desmontaje tan sólo.

—¡Alto ahí! —exclamé—. ¡A mí no se me puede desmontar!

—¡Ja ja! —rechinó—. ¡Eso te lo figuras tú! ¡Ahora canta tus negros propósitos, perro sarnoso!

—¿Cómo te llamas? —pregunté.

—Claustrón Fridrac.

—Dime de qué se me acusa, Claustrón Fridrac.

—De viscosonidad —contestó rápidamente—. La pena capital te espera por ese crimen. Asimismo se te culpa de la querencia de vendernos, de ser espion de la Pastota, del blasfemo proyecto de levantar la mano contra Su Inductividad. ¿Tienes bastante, mierdoso viscosón? ¿Confiesas todas estas culpas?

—¿Es cierto que eres mi abogado? —pregunté—. Hablas como si fueras fiscal o juez de instrucción.

—Soy tu defensor.

—De acuerdo. Me declaro inocente de todas estas acusaciones.

—¡Te harán astillas! —rugió.

Viendo qué clase de defensor tenía, opté por callarme. Al día siguiente me sometieron a un interrogatorio. No confesé nada, a pesar de que el juez bramaba todavía peor, si cabe, que mi defensor. Tan pronto vociferaba como susurraba, estallaba en carcajadas rechinantes, o bien me aseguraba con mucha calma que antes empezaría él a respirar, que yo pudiera escapar a la justicia magnificalia.

Al segundo interrogatorio asistió un dignatario de algo rango, a juzgar por la cantidad de válvulas que brillaban en él. Pasaron cuatro días más. Lo peor era lo de la comida. Me

contentaba con mi cinturón puesto al remojo en agua que el carcelero me traía una vez al día, llevando el cacharro lo más lejos posible de sí, como si tuviese veneno.

Al cabo de una semana, del cinturón no quedaba nada. Por suerte, tenía altas botas lazadas de tafilete; sus lenguas eran lo mejor que había comido durante toda mi estancia en la celda.

Por la mañana del octavo día, dos guardias me ordenaron recoger mis cosas. Fui llevado en coche, bajo escolta, al Palacio de Hierro, residencia del computador. Me condujeron por una magnífica escalera inoxidable, a través de unas salas cuajadas de lámparas catódicas, a un aposento espacioso, desprovisto de ventanas. Los guardias se marcharon, dejándome solo. En medio de la habitación había una cortina negra, colgada del techo, cuyos pliegues cubrían el espacio central por cuatro costados, desde el techo hasta el suelo.

—¡Ruin viscosón! —atronó la sala una voz que parecía llegar a través de un tubo desde un sótano con paredes de hierro— ¡Tu última hora se acerca! Escoge lo que más te agrade: picadera, quebrantahuesos o barrena.

Guardé silencio. El computador tronó, susurró y dijo:

—¡Presta oído, ser despreciable, emisario de la Pastota! ¡Escucha mi poderosa voz, papilla pegajosa, montón de jalea sucia! ¡En la magnificencia de mis corrientes preclaras, gracias te otorgo! Si te pasas a mis fieles huestes, si de toda tu alma en magnificalio quieres convertirte, la vida tal vez te perdone.

Dije que llevaba tiempo soñando en eso, precisamente. El computador emitió una irónica risa pulsátil, y dijo:

—No me engañan tus mentiras. Escucha, gusano. Tu miserable vida sólo podrás conservar como magnificalio alabardero secreto. Tu empresa será a todos los viscosones, espiones, agentes, traidores y toda la demás gusanería, por la Pastota acá despachada, desenmascarar, desnudar, visera arrancar, quemar con hierro candente. Sólo sirviendo así en humildad, salvarte puedes.

En cuanto se lo hube prometido solemnemente, me hicieron pasar a otro cuarto, donde fui inscrito en los registros, recibiendo la orden de presentar cada día un informe en la jefatura de alabarderos, después de lo cual me dejaron libre. Apenas me sostenían las piernas cuando salí estupefacto, del palacio.

Anocheceía. Me fui a las afueras de la ciudad, me senté en la hierba y me puse a reflexionar. Me sentía triste y descorazonado. Si me hubiesen decapitado, habría salvado, por lo menos, el honor; pero así, pasándome a aquel monstruo eléctrico, había traicionado la causa que servía y echado a perder todas las posibilidades de un éxito. No sabía qué hacer. ¿Correr al cohete? Sería una huída vergonzosa. A pesar de ello, me puse en camino. El destino de un espía al servicio de una máquina que gobernaba regimientos de cajones de hierro sería la infamia peor. ¡Quién podría describir mi espanto, cuando, en vez de mi cohete, vi en el lugar donde lo había dejado, unos cascajos esparcidos y destrozados!

Era ya de noche cuando volvía a la ciudad. Me senté en una piedra y por primera vez en mi vida, lloré amargamente por mi patria perdida. Mis lágrimas se deslizaban por el interior de aquel mamotreto de hierro que iba a ser mi prisión hasta la muerte, se escapaban afuera por las rendijas de mis rodilleras, exponiéndome al peligro del orín y la rigidez de las articulaciones. Pero ya me daba todo igual.

De repente vi un pelotón de alabarderos que caminaban lentamente hacia los prados suburbanos, dibujadas sus siluetas sobre el fondo de la última luz del ocaso. Su comportamiento era extraño. Al abrigo de las tinieblas, cada vez más densas, se separaban, uno a uno, de las filas, procurando no hacer ruido, se metían en los arbustos y allí se quedaban. Todo esto me parecía tan sorprendente, que, a pesar de mi abatimiento indecible, me levanté de mi piedra y seguí al que tenía más cerca.

Era la temporada —debo añadir— en la cual las malezas suburbanas se cubrían de fruta, o mejor dicho, frutos silvestres de un gusto parecido al de las frambuesas, dulces y sabrosísimas. Yo mismo las devoraba a saciedad, cuantas veces podía escapar de la ciudad de hierro. Mi asombro llegó al colmo cuando vi que mi alabardero se abría la ventanilla con un llavín parecido como dos gotas de agua al que me había dado el funcionario de la División II, arrancaba con ambas manos las frutas y se las metía, como un salvaje, en aquella sima abierta. Masticaba y tragaba con tanto entusiasmo que el ruido se oía donde yo estaba.

—Psst —silbé entre dientes—, tú, óyeme, tú... De un salto se escondió entre los arbustos, pero no huyó; lo hubiera oído. Debió agazaparse en la maleza.

—Escucha —dije a media voz—, no tengas miedo. Soy un hombre. Hombre, ¿me oyes? Yo también voy disfrazado.

Algo como un ojo, desencajado por el miedo y la desconfianza, me escudriñó entre las hojas.

—No sé si creerte puedo, lo tal oyendo —sonó una voz ronca.

—Es como te digo. No tengas miedo. He venido desde la Tierra. Me han enviado aquí para un asunto.

Tuve que hablarle todavía bastante rato para convencerle antes de que se calmara y saliera de la maleza. Tocó mi armadura en la oscuridad.

—¿Hombre eres? ¿Verdad me estás diciendo?

—¿Por qué no hablas como una persona normal?

—Porque ya no sé a la sazón de otro modo platicar. Cinco años ha, el cruel fátum trájome a este lugar... Lo que padecí ni decir puedo... ¡Oh, dichosos mis ojos, que en esta vida contemplar a un viscosón la fortuna os regala!

—¡Cálmate, hombre! ¡Deja de hablar así! Escúchame: ¿no eres acaso de la II?

—Acertaste. Sí soy. Malingraut mandome acá para mi desgracia.

—¿Por qué no huiste?

—Huir non pude, porque me deshicieron a trocitos el cohete. No puedo demorarme más, hermano. Al cuartel debo... ¿Tornaremos a vernos? Ven do el cuartel mañana... ¿Vendrás?

Se lo prometí, sin ni siquiera conocer su aspecto, y nos despedimos. Antes de desaparecer en las tinieblas, me pidió que no me moviera de allí durante un rato. Volví a la ciudad más animado, porque preveía la posibilidad de organizar una conspiración. Para recuperar fuerzas, fui a la primera hostería que encontré y me eché a dormir. A la mañana siguiente, al mirarme en el espejo, advertí una crucecita, trazada con tiza, bajo mi hombrera derecha. Lo comprendí todo al instante. ¡Aquel hombre quería traicionarme, por eso me había marcado! Canalla, repetía en mis adentros, pensando febrilmente cómo debía comportarme. Borré el signo de Judas, pero no me sentí satisfecho. Seguro que ya hizo el informe, pensé; tal vez empezó ya la búsqueda de aquel viscosón desconocido. Mirarán en los registros, en primer lugar cogerán a los más sospechosos: yo estaba allí en sus listas. Temblé ante la idea de que me interrogaran de nuevo. Comprendí que debía desviar sus sospechas de mí, y en seguida encontré un modo. Todo el día me quedé en la hostería, maltratando terneros de plástico para despistar. Salí cuando empezaba a anochecer, con un pedazo de tiza escondido en la mano. Tracé por lo menos cuatrocientas cruces en los hierros de los transeúntes; quien pasaba a mi lado, se llevaba su marca. Volví al hostel cerca de medianoche, bastante más tranquilo, y sólo entonces recordé que además del judas con quien había hablado, también otros alabarderos se metían entre los arbustos. Esto me hizo pensar mucho. De pronto se me ocurrió una idea, deslumbrante de tan sencilla. Me marché de la ciudad, a comer frutos silvestres. A poco rato volví a ver aquella gentuza armada. Se iban dispersando poco a poco, desaparecían en la maleza, y sólo se oía desde los arbustos unos soplidos y ruidos de bocazas que masticaban apresuradamente. Después sonaron los chasquidos de los ventalles al

cerrarse; toda la compañía salió a la chita callando de los arbustos, todos ahítos de frutos como boas. Me acerqué entonces a ellos; me tomaron en la oscuridad por uno de los suyos. Durante la marcha, dibujé con tiza a mis vecinos unos circulitos, donde fuera. A la puerta de la alabardería me di la vuelta y me marché a mi hostel.

Al día siguiente me senté en un banco delante del cuartel, esperando a que salieran los permisionarios. Divisé a uno con un circulito en el omoplateo y le seguí. Cuando, fuera de nosotros dos, no hubo nadie en la calle, le golpeé con un guantelete en el hombro, tan fuerte, que sonó de pies a cabeza y le dije:

—¡En nombre de Su Inductividad! ¡Sígueme! Se asustó tanto que se le empezaron a entrechocar todas las chapas. Ajustó el paso al mío sin decir nada, manso como un corderito. Lo hice entrar en mi cuarto, cerré la puerta y me puse a desenroscarle la cabeza con un destornillador que llevaba encima. Lo conseguí al cabo de una hora. La levanté como si fuera una olla de hierro, descubriendo una cara delgada, de una palidez enfermiza por haber estado tanto tiempo en la oscuridad, con los ojos desencajados por el miedo.

—¿Eres viscosón? —gruñí.

—Sí, vuestra grandeza, pero...

—¿Pero qué?

—Pero si figuro en los registros... ¡A Su Inductividad ser fiel juré!

—¿Hace cuanto tiempo? ¡Habla!

—Tres... tres años hace..., señor. ¿Por qué... por qué me...?

—Espera —dije—. ¿Conoces a algún otro viscosón?

—¿En la Tierra? Pues así es, vuestra grandeza, merced le pido, yo solo...

—¡No en la Tierra, imbécil! ¡Aquí!

—¡No, ni por pienso! Si a alguno hallo, al instante voy y lo digo, vuestra gran...

—Está bien —dije—. Puedes marcharte. La cabeza te la atornillas tú mismo.

Le metí los tornillos en la mano y le empujé hacia fuera. Oí cómo se ponía el casco con manos temblorosas del susto que había pasado. Me senté en la cama, asombrado de todo lo que había descubierto. Durante toda la semana siguiente tuve muchísimo trabajo: me llevaba de la calle a los transeúntes, al azar, los llevaba a la hostería, y le destornillaba las cabezas. ¡No me había equivocado en mi presentimiento! Todos, todos sin excepción eran hombres. No encontré entre ellos un solo robot. Poco a poco se iba formando en mi cabeza un cuadro apocalíptico...

¡Ese computador era un satanás, un verdadero demonio electrónico! ¡Qué infierno se había incubado en sus alambres candentes! El planeta era húmedo, reumático, muy malsano para los robots que forzosamente tenían que llenarse de orín. Tal vez, con los años, se dejara sentir también la penuria de piezas de recambio, los robots sufrían averías incurables, yendo, uno tras otro, a aquel cementerio de las afueras de la ciudad, donde sólo el viento les chirriaba el tañido fúnebre con las hojas de lata carcomidas. Entonces, viendo cómo se hundían las filas de sus huestes, sabiendo que su poderío se estaba acabando, el computador inventó un ardid genial. De sus enemigos, espías enviados para destruirle, empezó a formar su propio ejército, sus propios agentes, su pueblo. Ninguno de los desenmascarados podía traicionarle: ninguno se atrevía a ponerse en contacto con otros hombres, porque no sabía que no eran robots; y aunque lo supiera, tendría miedo de ser traicionado por el otro, así como quiso hacerlo el primer hombre, disfrazado de alabardero, a quien sorprendí en los arbustos. El computador no se contentaba con la neutralización de sus enemigos, sino que los convertía en los luchadores de su causa; forzándoles a desenmascarar a otros hombres, que seguían viniendo de la Tierra, dio una muestra más de su diabólico ingenio. ¡Quién podía distinguir mejor los hombres de los robots, si no aquellos mismos hombres que conocían al dedillo todas las prácticas de la División III!

Así pues, cada hombre, descubierto como espía, inscrito en los registros, juramentado, se sentía solo temiendo quizá más a sus semejantes que a los robots, ya que no todos los robots tenían que ser por fuerza agentes de policía secreta, mientras que los hombres lo eran todos, sin excepción. De este modo, el monstruo eléctrico nos tenía en la esclavitud, jaqueando a todos con todos. ¿No fueron acaso mis compañeros en el infortunio los que destrozaron mi cohete? ¿No hacían lo mismo con todas las naves terrestres, como supe de boca del alabardero?

«¡Engendro del infierno!», pensaba, temblando de furia. ¡Y como si no bastara con obligarnos a traicionar, como si fuera poco que el Departamento le enviara cantidades de hombres para su servicio, encima se los vestían en la Tierra con el mejor equipo inoxidable de calidad extra! ¿Quedaban algunos robots entre aquellos individuos revestidos de hierro? Lo dudaba. Ahora comprendía mejor por que se encarnizaban tanto con los seres humanos. Siéndolo ellos mismos debían, como neófitos, parecer más magnificios que los robots auténticos. De ahí venía el odio ciego que me manifestaba mi defensor. De ahí el intento canallesco de traicionarme, emprendido por aquel hombre que yo había identificado. ¡Oh, bobinas diabólicas, circuitos endemoniados! ¡Oh, estrategia eléctrica!

Desvelar el secreto no hubiera servido de nada; a la orden del computador, me habrían echado al calabozo, no me cabía la menor duda: los hombres llevaban demasiado tiempo ya acostumbrados a obedecer, a fingir la lealtad y el amor a ese Belcebú electrificado. ¡Incluso habían olvidado su manera normal de hablar!

¿Qué podía hacer, pues? ¿Penetrar en el palacio? ¡Un verdadero acto de locura! Pero ¿qué otra cosa me quedaba? La situación era intolerable: una ciudad, rodeada de cementerios, último refugio de las huestes del computador, convertidas en montones de herrumbre, y él, que continuaba gobernando, más fuerte que nunca, seguro de sí mismo, porque la Tierra no cesaba de enviarle más y más refuerzos. ¡Qué locura! Cuanto más pensaba, mejor me daba cuenta de que este descubrimiento, hecho seguramente antes por varios de los nuestros, no cambiaba para nada las circunstancias. Un hombre solo no podía hacer nada; tenía que hablar con alguien, confiar en él, lo que no tardarían en saber las autoridades. El inevitable traidor buscaría, evidentemente, un ascenso, una situación de favor cerca de la máquina. «¡Por santo Electricio! —pensé—. Tamaño genio es...». En el mismo instante me di cuenta de que yo también empezaba a arcaizar ligeramente la sintaxis y la gramática, que ya sufría el contagio de aquella enfermedad mental que hace ver el aspecto de los mequetrefes de hierro como el único normal, y el de la cara humana como algo desnudo, feo, indecente... viscosón. «¡Dios mío! Me estoy volviendo loco —pensé—, y los otros deben de llevar tiempo locos de atar... ¡Socorro!»

Después de la noche, pasada en lúgubres devaneos, fui a una tienda del centro de la ciudad, compré por treinta chapas de hierro el cuchillo de carnicero más afilado que pude encontrar, y al anochecer, me metí a escondidas en el inmenso jardín que rodeaba el palacio del computador. Allí, agazapado entre los arbustos, me liberé de la coraza de hierro con la ayuda de unos alicates y un destornillador y, de puntillas, descalzo, subí trepando por el canalón. La ventana estaba abierta. Por el corredor iba y venía un centinela, sonando sordamente. Cuando se hubo vuelto de espaldas al otro extremo del corredor, salté adentro, corrí hacia la puerta más cercana y entré sin ser visto ni oído.

Era la misma sala donde había oído la voz del computador. Estaba casi a oscuras. Aparte la negra cortina y vi la enorme pared del computador, alta hasta el techo, con unos indicadores cuyos discos brillaban como los ojos. A un lado había una rendija blanca. Era una puerta entornada. Me acerqué a ella de puntillas y contuve la respiración.

El interior del computador se parecía a una pequeña habitación de un hotel de segunda clase. En la pared del fondo había una caja fuerte, no muy grande, a medio abrir, con un manojo de llaves colgando de la cerradura. Detrás del escritorio colmado de papeles estaba sentado un hombre de mediana edad, muy delgado, en un traje gris, con unas

fundas protectoras sobre las mangas, usadas habitualmente por los oficinistas. Estaba escribiendo, llenando, hoja tras hoja, unos formularios. Junto a su codo se enfriaba una taza de té. A su lado un platillo de galletas. Entré sin hacer el menor ruido; cerré la puerta; no chirrió.

—Pssst —dije, alzando el cuchillo con ambas manos.

El hombre se estremeció y me miró. El brillo del cuchillo en mis manos le dio un pánico tremendo. Cayó de rodillas, la cara desfigurada por el miedo.

—¡¡No!! —gimió—. ¡¡No!!

—Si levantas la voz, eres cadáver —dije—. ¿Quién eres?

—He... Heptagonio Argusson, vuestra merced.

—No soy ninguna merced. Llámame «señor Tichy». ¿Comprendido?

—¡Si, señor! ¡Si! ¡Si!

—¿Dónde está el computador?

—Se... señor...

—El computador no existe, ¿eh?

—¡Así es! ¡Me dieron órdenes!

—Vaya. ¿Y quién te las dio, si puede saberse? Estaba temblando como una hoja al viento. Me tendió las manos en una súplica muda.

—Esto puede terminar muy mal... —gimió—. ¡Piedad! No me obligue vuestra mer... ¡Perdón, señor Tichy! Yo... yo sólo soy un funcionario, grupo VI de emolumentos...

—No me digas. ¿Y el computador? ¿Y los robots?

—¡Tenga piedad, señor Tichy! ¡Diré toda la verdad! Nuestro jefe... Él lo organizó todo. Se trataba de fondos... del desarrollo de la actividad, de una mayor... e... eficacia operacional... para comprobar las aptitudes de nuestros hombres, pero lo más importante eran los fondos...

—¿Así que todo era fingido? ¿Todo?

—¡No sé! ¡Lo juro! Desde que estoy aquí, no ha cambiado nada, no piense que yo mando aquí, ¡Dios me libre! Me ocupo solamente de actas personales. La cuestión era si nuestros hombres se rendirían al enemigo, en una situación crítica, o si antes aceptarían la muerte.

—¿Y por qué nadie volvía a la Tierra?

—Porque... porque todos traicionaron, señor Tichy..., hasta ahora, ni uno solo quiso morir por la causa de la Pasto..., ¡pfu!, por nuestra causa quería decir, me salió por pura costumbre, comprenda, señor Tichy, once años llevo en este sitio, espero jubilarme dentro de un año, tengo mujer e hijo, señor Tichy, le suplico...

—¡¡Cierra el pico!! —dije, iracundo—. ¡Esperas jubilarte, canalla, ya te jubilaré!

Alcé el cuchillo. Al funcionario le salieron los ojos de las cuencas; empezó a arrastrarse a mis pies.

Le di orden de levantarse. Viendo que la caja tenía una ventanita enrejada, le encerré dentro.

—¡Si abres la boca, si te atreves a gritar o armar ruido, te despedazaré, bellaco!

Después todo fue muy fácil. Pasé una noche no muy descansada, porque me enfrasqué en la lectura de los papeles: eran declaraciones, informes, formularios, cada habitante del planeta tenía su dossier particular. Me preparé sobre el escritorio un colchón de la correspondencia más secreta, porque allí no había nada donde dormir. Por la mañana conecté el micrófono y, como el computador, ordené que toda la población se congregara en la plaza de palacio. Todos debían traer alicates y destornilladores. Cuando se colocaron en la plaza como unas gigantescas figuras de ajedrez hechas de hierro, di la orden de que se destornillaran mutuamente las cabezas a la intención de la capacitancia de san Electricio. A las once empezaron a asomarse las primeras cabezas humanas, se organizó un tumulto, y caos, por doquier se oían gritos, «¡Traición! ¡Traición!», que unos minutos después, cuando la última cazuela de hierro cayó estruendosamente sobre el

pavimento, se convirtieron en un atronador alarido de júbilo. Me mostré entonces en mi propia persona y les conminé que se pusieran a trabajar: quería construir una nave grande con los materiales y productos del lugar. Sin embargo, pudimos evitar este esfuerzo, ya que en los subterráneos del palacio había varias naves cósmicas, con depósitos llenos, a punto para el viaje. Antes de arrancar, solté a Argusson de la caja fuerte, pero no lo acepté a bordo ni permití a nadie hacerlo. Le dije que informaría de todo a su jefe, sin olvidar hacerle saber, de la manera mas exhaustiva posible, lo que pensaba de él mismo.

Así terminó aquella expedición, una de las más extraordinarias entre todas las que llevé a cabo. A pesar de todas las fatigas y sufrimientos que me había causado, estaba contento del cariz que habían tomado los acontecimientos, puesto que me fue devuelta la fe, mermada por unos maleantes cósmicos, en la bondad innata de los cerebros electrónicos. Qué agradable es pensar, en resumidas cuentas, que sólo el hombre puede ser un canalla.

VIAJE DUODÉCIMO

Creo que en ningún viaje escapé de unos peligros tan tremendos como los de mi expedición a Amauropia, planeta de la constelación de Cíclope. Todo lo que allí he vivido se lo debo al profesor Tarantoga. El sabio astrozoólogo no es solamente un gran investigador, puesto que, como es notorio, se dedica en sus momentos de ocio a inventar. Entre otras cosas, inventó aquel líquido para quitar recuerdos desagradables, billetes de banco con un ocho horizontal que representaba una suma de dinero infinitamente grande, tres maneras de teñir la niebla en unos colores atractivos, así como un polvo especial que puede esparcirse sobre las nubes para moldearlas en unas formas sólidas y duraderas. También es obra suya un dispositivo ingenioso para el aprovechamiento de la energía de los niños, que habitualmente se pierde: todos sabemos que los niños no pueden estarse quietos ni un segundo.

El dispositivo consiste en un sistema de manivelas, poleas y palancas, colocadas en varios sitios de la vivienda, que los niños empujan, tiran y desplazan durante sus juegos, haciendo, sin saberlo, correr el agua, pelar patatas, lavar la ropa, producir electricidad, etc. Preocupado por nuestros pequeños, que los padres dejan a veces solos en casa, el profesor inventó también unas cerillas no inflamables, cuya producción en la Tierra alcanzó unas cifras imponentes.

Un día el profesor me enseñó su invento más reciente. En el primer momento creí que tenía delante una estufa de hierro. En efecto, Tarantoga me confesó que uno de esos objetos le había servido como punto de partida.

—Es, mi querido Ijon, el sueño secular de la humanidad hecho realidad —me aclaró—, o sea, el prolongador o, si prefieres, el retrasador del tiempo. Gracias a él, la vida puede prolongarse a voluntad. Un minuto dura en su interior dos meses aproximadamente, si no me he equivocado en los cálculos. ¿Quieres probarlo?

Curioso, como siempre, de las novedades técnicas, afirmé alegremente con la cabeza y me introduje en el aparato. Apenas me hube acurrucado dentro, el profesor cerró de golpe la puerta. Me cosquillearon las narices, porque el golpe sacudió la estufa, haciendo desprender los restos del hollín mal rascados, así que inspiré profundamente el aire y estornudé. En aquel momento, el profesor conectó la corriente. A causa del transcurso del tiempo prolongado, mi estornudo duró cinco días y, cuando Tarantoga volvió a abrir el aparato, me encontró medio muerto de agotamiento. Quedó muy sorprendido e inquieto, pero, al enterarse de lo que había pasado, sonrió bondadosamente y dijo:

—En realidad sólo pasaron cuatro segundos en mi reloj. ¿Y qué me dices, Ijon, de mi invento?

—No, verdaderamente, me parece que todavía no es perfecto, aunque sí muy digno de interés —contesté cuando por fin pude hablar.

El bueno del profesor se ensombreció un poquito, pero luego, generoso como siempre, me regaló el aparato, explicándome que podía servir igualmente para apresurar el curso del tiempo. Sintiéndome un poco cansado, rehusé probar esta posibilidad supletoria, di efusivamente las gracias y me llevé la máquina a casa. Hablando con franqueza, no sabía qué hacer con ella; la dejé, pues, en el desván de mi garaje de cohetes, donde se quedó casi medio año.

Mientras escribía el tomo octavo de su magnífica Astrozoología, el profesor estudió con detalle todas las fuentes que se referían a los habitantes de Amauropia. Se le ocurrió, a raíz de sus investigaciones, que aquellos seres constituían un objetivo excepcionalmente adecuado para probar el prolongador (y retrasador) del tiempo.

Cuando tuve el conocimiento de este proyecto, me entusiasmé tanto con él, que en tres semanas tuve listo mi cohete, cargado de provisiones y combustible; cargué a bordo los mapas de aquella región de la Galaxia, que conocía poco, junto con el aparato y, sin tardar, partí hacia el espacio. Mis prisas se comprenden mejor si se sabe que el viaje a Amauropia dura alrededor de treinta años. Pienso describir lo que hice durante todo este tiempo en algún otro relato. Aquí mencionaré solamente un hecho de un interés especial, que fue el encuentro, en la región del núcleo galáctico, (entre paréntesis, es la comarca más llena de polvo de todo el Cosmos) con la tribu de vagabundos interplanetarios llamados desterrontes.

Esos desgraciados carecen de patria. Expresándome con suavidad, diría que son unos individuos llenos de fantasía, ya que cada uno de ellos me contó la historia de su tribu de manera diferente. Me enteré luego de que, sencillamente, echaron a perder su planeta, explotando, por avidez, de modo excesivo, la minería y la exportación de minerales. No cejaron en su empresa hasta cavar y excavar todo el interior de su astro, convirtiéndole finalmente en un gran hoyo que, un buen día, se hizo polvo bajo sus pies. Sin embargo, hay quien dice que los desterrontes habían organizado una vez una juerga tan imponente que se extraviaron, borrachos como cubas, y no supieron encontrar el camino de vuelta. Nadie sabe bien cómo fueron las cosas; en cualquier caso, vagabundos no son bien recibidos en ninguna parte. Si durante sus continuos viajes por el espacio se detienen un momento en un planeta, después siempre se echa de menos algo: o desaparece una porción de aire, o un río se seca de repente, o falta una isla en el inventario.

Dicen que birlaron una vez en Ardenuria todo un continente: menos mal que no era cultivable, por estar cubierto enteramente de hielo. Los desterrontes se alquilan gustosamente para la limpieza y regulación de las lunas, pero son pocos los que les confían esas actividades de gran responsabilidad. Sus hijos tiran piedras sobre los planetas, montan meteoritos podridos, en una palabra, son una fuente inagotable de molestias. Convencido de que aquellas condiciones de existencia eran inaceptables, tome la determinación de mejorarlas; interrumpí por poco tiempo mi viaje e hice unos cuantos trámites, coronados por el éxito: encontré una luna de ocasión, poco usada, a un precio interesante. Se arregló lo que estaba por arreglar y, gracias a mis relaciones, la luna ascendió a planeta.

No había allí aire, es cierto, pero organicé una cuestación, a la que contribuyeron los habitantes de los alrededores. ¡Daba gusto ver con qué satisfacción los desterrontes ocuparon su propio planeta! Las manifestaciones de su agradecimiento no tenían fin. Me despedí de ellos cordialmente y reanudé el viaje. De Amauropia ya me separaban solamente seis quintillones de kilómetros; después de haber recorrido aquel último sector del trayecto y encontrado el planeta en cuestión (hay tantos allí como granos de arena en una playa), empecé a descender sobre su superficie.

Cuando vino el momento de conectar los frenos, advertí con espanto que no funcionaban: ¡estaba cayendo sobre el planeta como una piedra! Miré por la ventanilla y constaté que los frenos habían desaparecido. Pensé con indignación en la ingratitud de los desterrantes, pero no tuve mucho tiempo para dedicarme a esas reflexiones: estaba atravesando ya la atmósfera y el cohete iba adquiriendo un color rubí por el fuerte calor: un momento más, y me quemaba vivo.

Por fortuna, me acordé en el último momento de mi prolongador del tiempo. Lo puse en marcha, haciéndolo funcionar tan lentamente que mi descenso sobre el planeta duró tres semanas. Habiéndome salvado de ese modo de aquel trance, eché un vistazo en torno a mí.

El cohete se había posado en medio de un claro extenso, rodeado por un bosque de un azul pálido. Por encima de los árboles, de ramas parecidas a tentáculos, giraban velozmente unos entes de color esmeralda. Al verme, huyó entre los arbustos un grupo de seres extraordinariamente parecidos a los hombres, sólo que su piel era azul y brillante como zafiros. Tarantoga ya me había informado un poco sobre ellos; mi guía cosmonáutica de bolsillo me proporcionó un puñado de nociones supletorias.

El planeta estaba habitado por un género de homínidos —decía el texto— llamados microcéfalos, cuyo nivel de evolución era muy bajo. Los intentos de entrar en contacto con ellos no dieron resultado. Pude observar que la guía decía la verdad. Mis microcéfalos andaban a cuatro patas acurrucándose aquí y allá, se despiojaban con gran destreza y, cuando me acerqué a ellos, me miraban de soslayo con sus ojos esmeralda, profiriendo unos sonidos guturales inarticulados. Su otro rasgo peculiar, además de la falta de inteligencia, era su carácter manso y benévolo.

Durante dos días visité el bosque azul y las vastas estepas que lo rodeaban; de vuelta al cohete, me acosté para descansar. Ya en la cama, recordé el apresurador del tiempo; decidí ponerlo en marcha durante unas horas, para comprobar al día siguiente si surtía efecto. Lo saqué, pues, no sin dificultad, del cohete, lo coloqué bajo los árboles, conecté el adelantamiento del tiempo, volví a la cama y me dormí como un tronco.

Me desperté de pronto manoseado y sacudido brutalmente. Al abrir los ojos, vi encima de mí las caras de unos microcéfalos que, ya verticales sobre dos piernas, se inclinaban sobre mí comunicándose algo a grandes gritos y, muy interesados, movían mis brazos. Cuando traté de oponer resistencia, por poco me rompen las articulaciones. El más alto de ellos, un gigante lila, me abrió la boca a la fuerza y me estaba contando los dientes con los dedos.

A pesar de mis forcejeos y esfuerzos, me sacaron fuera y me ataron a la cola del cohete. En esta posición incómoda pude observar cómo los microcéfalos extraían del cohete todo lo que podían; los objetos mas voluminosos que no pasaban por la puerta, los troceaban antes con unas piedras. De repente cayó sobre el cohete y los microcéfalos que trajinaban a su alrededor un aluvión de fragmentos de roca, uno de los cuales me dio en la cabeza. Atado, no podía girar la cabeza hacia el lado de donde venía el ataque. Sólo oía el ruido de la lucha. Los microcéfalos que me habían atado huyeron finalmente, vencidos. Llegaron los otros, me liberaron de las ataduras y, manifestándome un gran respeto, me llevaron a hombros dentro del bosque.

La comitiva se detuvo al pie de un árbol frondoso. De sus ramas colgaba, sujeta por unas lianas, una especie de choza con una ventanita. Me empujaron adentro por aquella ventanita; toda la muchedumbre congregada bajo el árbol cayó de rodillas salmodiando cánticos rogatorios. Séquitos de microcéfalos me hicieron ofrendas de flores y frutas. Durante los días siguientes fui objeto de culto universal; los sacerdotes presagiaban el porvenir por la expresión de mi cara; cuando ésta les parecía de mal augurio, me incensaban con humo, llevándome al borde de la asfixia. Por suerte, el sacerdote columpiaba la choza durante los holocaustos, gracias a lo cual podía inspirar de vez en cuando un poco de aire puro.

El cuarto día mis adoradores fueron atacados por un destacamento de microcéfalos armados con mazos, bajo el mando del gigante que me había contado los dientes. Pasando durante la lucha de mano en mano, era, sucesivamente, objeto de adoración o de afrentas. La batalla terminó con la victoria de los asaltantes, cuyo jefe, el gigante, llevaba el nombre de Gusano Alado. Participé en su vuelta triunfal al campamento atado a un largo palo, llevado por unos parientes del jefe. Esto se convirtió pronto en una tradición: desde entonces fui transportado, como una especie de bandera, en todas las expediciones militares. Era un poco molesto, pero no desprovisto de privilegios.

Habiéndome familiarizado bastante con el dialecto de los microcéfalos, traté de explicar a Gusano Alado que era a mí precisamente a quien él y sus súbditos debían su rápida evolución. La tarea no era fácil, pero tengo la impresión que empezaba a entender algo, cuando, por desgracia, fue envenenado por su sobrino, El Henchido. Este último unió a los microcéfalos del bosque y a los de los claros, tomando por esposa a Mastocimasa, sacerdotisa de los del bosque.

Cuando Mastocimasa me vio durante el banquete nupcial (yo era entonces el catador de manjares, función instituida por El Henchido), gritó con júbilo:

«¡Qué pielecita tan blanca tienes!». Esto me llenó de malos presentimientos, que se cumplieron muy pronto. Mastocimasa apretó la garganta del marido aprovechando su sueño y se casó conmigo en régimen morganático. Probé explicar también a ella mis méritos ante los microcéfalos, pero creo que no me había entendido bien, ya que exclamó, apenas hube empezado a hablar: «¡Ah, ya te cansaste de mí!». Me costó mucho calmarla.

Durante la siguiente revolución palaciega, Mastocimasa perdió la vida, y yo me salvé huyendo por la ventana. De nuestra unión quedó solamente el color blanco y lila de las banderas nacionales. Una vez a salvo, encontré en el claro del bosque el acelerador; pensé desconectarlo, pero se me ocurrió que tal vez fuera más razonable esperar hasta que los microcéfalos crearan una civilización más democrática.

Viví una temporada en el bosque, alimentándome con raíces y acercándome sólo de noche al campamento, que se transformaba velozmente en una ciudad, rodeada de una empalizada.

Los microcéfalos campesinos cultivaban la tierra, los de la ciudad se les echaban encima, violaban a las mujeres, saqueaban las moradas y mataban a los hombres. De eso pronto nació el comercio. En aquel mismo tiempo se afirmaron unas creencias religiosas, cuyos ritos se enriquecían de día en día. Con gran pesar mío, los microcéfalos arrastraron el cohete del claro del bosque a la ciudad, donde lo colocaron en medio de la plaza mayor como una especie de deidad, rodeada de muros y centinelas. Los campesinos se unían de vez en cuando y asaltaban Lilianal (se llamaba así la ciudad), destruían en un esfuerzo común hasta los cimientos, pero los lilianos reconstruían cada vez su capital pronto y eficazmente.

Las guerras se terminaron cuando el rey Sarcepanos quemó las aldeas, taló los bosques y cortó las cabezas a los campesinos, estableciendo a los supervivientes en los campos circundantes a la ciudad. No teniendo dónde refugiarme, me fui a Lilianal. Gracias a mis relaciones (el servicio palaciego me conocía de los tiempos de Mastocimasa), conseguí el empleo de masajista real. Encariñado conmigo, Sarcepanos se empeñó en otorgarme la dignidad de ayudante del verdugo estatal, con el rango de torturador mayor. En mi desespero me dirigí al claro del bosque donde seguía funcionando el acelerador y lo regulé al máximo de su rendimiento. En efecto, aquella misma noche el rey Sarcepanos murió de un empacho, ocupando el trono Trimón el Azulado, jefe de los ejércitos. Su obra fue la institución de la jerarquía burocrática, los impuestos y el servicio militar obligatorio. Me salvó del reclutamiento el color de mi piel. Fui reconocido como albino y, por la misma razón, se me prohibió acercarme al palacio real. Viví entre los esclavos, llamado por ellos Ijon Palidón.

Empecé a pregonar la doctrina de igualdad universal, aclarando, al mismo tiempo, mi papel en el desarrollo social de los microcéfalos. Pronto tuve numerosos adeptos a mi enseñanza, llamados los Maquinistas. Hubo desórdenes y varios intentos de sublevación, cruelmente reprimidos por la guardia de Trimón el Azulado. El Maquinismo fue proscrito so pena de cosquilleo hasta la muerte.

Tuve que huir varias veces y refugiarme en los estanques de la ciudad; mis seguidores sufrían una persecución despiadada. Luego mis discursos empezaron a atraer a cantidades de personas de las clases altas. La aristocracia venía a escucharme, de incógnito, naturalmente. Cuando Trimón murió de muerte trágica, olvidándose de respirar por distracción, el poder pasó a manos de Carbagas el Cauto. Era un adepto a mi enseñanza, a la que elevó a la dignidad de religión oficial del estado. Se me adjudicó el nombre de Protector de la Máquina y una magnífica residencia al lado del palacio. Estuve tan atareado, que ni siquiera sé cómo ni cuándo mis sacerdotes habían iniciado la proclamación de unas tesis sobre mi origen celestial. Mis intentos de desmentirlas fueron vanos. Fue entonces cuando apareció la secta de los Antimaquinistas. Sus seguidores afirmaban que los microcéfalos evolucionaban de manera natural, siendo yo mismo un antiguo esclavo, que, embadurnado con cal para parecer blanco, inducía abusivamente al pueblo a unos errores de superstición.

Los cabecillas de la secta fueron apresados y el rey exigió que yo, en mi carácter de Protector de la Máquina, les condenara a muerte. No tuve otra solución que la de huir por la ventana del palacio y esconderme en un estanque, donde permanecí algún tiempo. Un día me llegó la noticia de que los sacerdotes pregonaban la Asunción de Ijon Tichy, quien, habiendo cumplido su misión planetaria, retornó junto a sus progenitores celestiales. Me encaminé al instante a Lilianal para esclarecer los hechos, pero apenas hube pronunciado la primera palabra, la muchedumbre arrodillada ante mis imágenes quiso lapidarme. Me defendió el servicio de orden de los sacerdotes, pero únicamente para encerrarme en un calabozo por impostor y blasfemo. Durante tres días me fregaron y rascaron para quitarme la supuesta pintura blanca, que había usado —según el texto de la acusación— para fingir que era Ijon Palidón, subido al cielo. Como no me ponía azul, querían torturarme. Por suerte uno de los guardianes me trajo un poco de azulete, salvándome así de aquel peligro. Sin perder un instante, me fui al sitio donde estaba el acelerador; después de largas manipulaciones, logré ponerlo a un grado todavía más potente de funcionamiento, con la esperanza de apresurar de este modo la venida de una civilización satisfactoria. Acto seguido me escondí por dos semanas en el estanque municipal.

Salí de mi escondrijo cuando fueron proclamadas la república, la inflación, la amnistía y la igualdad de los estamentos sociales. En los fielatos se exigían ya los documentos: puesto que no tenía ninguno, me detuvieron por vagabundo. Puesto en libertad, fui recadero del Ministerio de Enseñanza para ganarme la vida. Los gabinetes cambiaban incluso dos veces al día; como cada gobierno empezaba sus funciones por anular los decretos del anterior y promulgar unos nuevos, no paraba de ir corriendo con los boletines. Finalmente tuve que presentar mi dimisión por hinchazón de las piernas, pero no fue aceptada, porque estábamos en estado de guerra. Habiendo pasado por la república, dos directorios, una restauración de la monarquía ilustrada, el gobierno dictatorial del general Tremendón y el ajusticiamiento de este último por traición mayor, irritado por la lentitud del desarrollo de la civilización, me puse una vez más a manipular el aparato, con tan buen tino que se le rompió un tornillito. Al principio no me lo tomé demasiado en serio, pero me di cuenta, al cabo de unos días, de que ocurría algo raro.

El sol se levantaba en poniente, en el cementerio se oían varios ruidos, se veían muertos paseándose cuyo estado mejoraba a ojos vista, los adultos se volvían bajitos y los niños desaparecían del todo.

Volvió la dictadura del general Tremendón, la monarquía ilustrada, el directorio y, finalmente, la república. Cuando vi con mis propios ojos el entierro del rey Carbagas

andando hacia atrás, cuando el rey al cabo de tres días se levantó del catafalco y fue desembalsamado, comprendí que el aparato se había estropeado y que el tiempo iba retrocediendo. Lo peor era que también en mi propio cuerpo observaba síntomas de rejuvenecimiento. Me decidí a esperar la resurrección y la vuelta al trono de Carbagas I, ya que entonces yo, aprovechando mi dignidad de Gran Maquinista podría, gracias a mi influencia, entrar sin complicaciones en el ídolo, o sea, en mi cohete.

Lo mas inquietante era la extraordinaria rapidez de las transformaciones: no estaba seguro de existir todavía en el momento oportuno. Me ponía cada día debajo de un árbol en el patio para marcar una raya a la altura de mi cabeza; la diferencia de mi talla me daba verdaderos sobresaltos. Cuando volví a mi cargo de Protector de la Máquina bajo el segundo reinado de Carbagas I, tenía el aspecto de un niño de nueve años, y todavía necesitaba algún tiempo para reunir provisiones para el viaje. Las llevaba de noche al cohete, pero me costaba mucho esfuerzo, ya que mis fuerzas disminuían junto con el tamaño de mi cuerpo. Me espanté de veras cuando descubrí que en los momentos libres de ocupaciones palaciegas sentía una atracción invencible por el juego de la gallina ciega.

Cuando mi vehículo estuvo listo para el viaje, me escondí en él de madrugada y procedí a ponerlo en marcha. Sin embargo, la palanca de arranque estaba demasiado alta para mí. Para moverla, tuve que encaramarme en un taburete. Quise soltar una palabrota, pero constate con horror que sólo sabía lloriquear. En el momento del despegue todavía andaba, pero se ve que el impulso infundido en mí seguía funcionando todavía, puesto que, bastante lejos ya del planeta, cuando su disco se dibujaba en el espacio como una mancha blancuzca, apenas logré gatear hacia la botella de leche que había tenido el buen acierto de prepararme. Tuve que alimentarme de ese modo durante seis meses.

El viaje a Amauropia dura, como antes había dicho, alrededor de treinta años, de modo que, de vuelta a la Tierra, mi aspecto no despertó la inquietud de mis amigos. Lamento solamente no poseer el don de fantasear, ya que, en caso contrario, no hubiera tenido que evitar los encuentros con Tarantoga: podría, sin herir su amor propio, inventar alguna fábula encomiástica de su talento de inventor.

VIAJE DECIMOTERCERO

Emprendo la descripción de este viaje, que me dio más de lo que jamás pude esperar, con el corazón agitado por sentimientos contradictorios. Abandoné la Tierra con objeto de llegar a un lejanísimo planeta de la constelación del Cangrejo, llamado Fantasmio, famoso en todo el espacio por ser patria de uno de los más relevantes personajes del Cosmos, el Maestro Oh. El insigne sabio no se llama en realidad así; le doy este nombre, porque el suyo verdadero no puede pronunciarse en ningún idioma terrestre. El niño que nace en Fantasmio recibe gran cantidad de títulos y distinciones, junto con un nombre que se considera muy largo en nuestras latitudes.

Al venir, en su tiempo, al mundo, el Maestro Oh, fue llamado Gridipidagititositipopocarturtegvaunatopocotuototan. Se le otorgaron los títulos de Sostén Dorado de la Existencia, Doctor de Clemencia Perfecta, Ilustre Universalidad Posibilitativa, etc., etc. A medida que crecía y estudiaba, le quitaban cada año un título y una parte del nombre y, como demostraba unas aptitudes intelectuales fuera de serie, perdió ya a la edad de treinta y tres años su última distinción, dos años después no tenía ni un título, su nombre era definido en el alfabeto fantasmiano con una sola letra, muda por añadidura, que significaba «aspiración celestial», o sea, una especie de suspiro ahogado que se emite por exceso de admiración o goce.

Ahora el lector ya comprende, seguramente, por qué llamo a aquel Sabio el Maestro Oh. El Ilustre Varón conocido bajo el apodo de Benefactor del Cosmos, dedicó toda su vida a la obra de dar la felicidad a las numerosas tribus galácticas, encumbrando su afán por la creación de la ciencia de cumplimiento de los deseos, cuyo nombre exacto es el de Teoría General de Prótesis. De ahí proviene su definición de la propia actividad; como sabemos todos, el Maestro Oh se llama a sí mismo el Proteta.

Mi primer contacto con las actividades del Proteta tuvo lugar en Europa, planeta que se consumía, desde los tiempos inmemoriales, en desavenencias, odios y agresividades mutuas de sus habitantes. El hermano envidiaba allí al hermano, el alumno odiaba al maestro, el subalterno al superior. Sin embargo, recién llegado a aquel lugar, quedó sorprendido por la benevolencia general, tan en desacuerdo con la mala fama de los europeos, y el más tierno amor que se manifestaban, todos sin excepción, los miembros de la sociedad planetaria. No es de extrañar, pues, que me haya esforzado en descubrir cuál era la razón de aquella edificante transformación.

Un día, paseando por las calles de la capital en la compañía de un indígena, advertí en muchos escaparates cabezas de tamaño natural, colocadas en unos soportes como si fueran sombreros, y grandes muñecos, copias exactas de los europeos. Pregunté a mi acompañante cuál era su significado. Me contestó que servían de pararrayos a sentimientos hostiles. El que sentía antipatía contra otra persona, iba a una de esas tiendas y encargaba una imagen fiel de aquélla, para llevársela a casa y hacer lo que quisiese con ella entre cuatro paredes. Las personas de posición desahogada podían ofrecerse todo el muñeco, los de medios más limitados debían contentarse con maltratar sólo la cabeza.

Aquella sofisticación de las técnicas sociales, nueva para mí, que se llamaba la Prótesis de la Libertad de los Actos, me llamó tanto la atención, que me puse a buscar informaciones acerca de su creador: era el Maestro Oh.

Luego, durante mis estancias en otros mundos, tuve ocasión de encontrar varias huellas saludables de su actividad. Así, por ejemplo, en el planeta Ardelurio vivía un célebre astrónomo que preconizaba la tesis según la cual el planeta giraba alrededor de su eje. Su teoría era contraria a las creencias de los ardeluros, que afirmaban que el planeta estaba fijo e inmóvil en el centro del Universo. El Colegio Sacerdotal juzgó al astrónomo, exigiendo que revocara sus heréticas enseñanzas. Cuando se negó a hacerlo, fue condenado al holocausto, purificador de pecados. El Maestro Oh, enterado, viajó a Ardelurio. Tuvo allí conversaciones con los sacerdotes y los científicos, pero ambas partes mantenían tercamente sus posiciones. Después de una noche pasada en cavilaciones, el sabio llegó a tener una idea justa, a la que dio inmediatamente la forma real. Había inventado el freno planetario. Con su ayuda fue detenido el movimiento giratorio del planeta. El astrónomo, en su cárcel, se convenció del cambio acaecido gracias a la observación del cielo, renegó de sus teorías y aceptó con mucho gusto el dogma de la inmovilidad de Ardelurio. Así nació la Prótesis de la Verdad Objetiva.

En los momentos libres de ocupaciones sociales, el maestro Oh se dedicaba a investigaciones científicas de índole distinta; entre otras cosas, creó el método de distinguir, a distancia enorme, planetas habitados por seres racionales. Es el método de «clave a posteriori», extraordinariamente sencillo, como lo son todas las ideas geniales. Si en un espacio del firmamento, hasta entonces vacío, se observa el centelleo de una estrella nueva, es evidente que estamos asistiendo a la desintegración de un planeta cuyos habitantes habían alcanzado un grado de civilización elevado, descubriendo el método de liberación de la energía atómica. El Maestro Oh hacía todo lo que podía para evitar tales extremos. Uno de sus sistemas, el que dio óptimos resultados, consistía en enseñar a los habitantes de aquellos planetas donde se estaban agotando las existencias de combustibles naturales (carbón y petróleo), la crianza de anguilas eléctricas. Más de un planeta lo había adoptado, bajo el nombre de Prótesis del Progreso. ¡Quién entre los

cosmonautas no está encantado con los paseos nocturnos en Enteroptosa, cuando nos acompaña en medio de las tinieblas una anguila amaestrada con una bombilla en la boca!

A medida que pasaba el tiempo, crecían en mí unas ganas irresistibles de conocer al Maestro Oh. Sin embargo, sabía que antes de encontrarle debía asimilar un sinfín de conocimientos para elevarme a su altura intelectual. Consecuente conmigo mismo, decidí dedicar todo el tiempo del vuelo, calculado en nueve años, a autoinstruirme en el campo de la filosofía. Así pues, despegué de la Tierra en un cohete atiborrado de proa a popa de estanterías que se doblaban bajo el peso de los frutos más gloriosos del espíritu humano. A la distancia de unos seiscientos millones de kilómetros de mi estrella natal, cuando ya nada podía perturbar mi paz, emprendí la lectura. Vista su enormidad, me preparé un plan, conforme al cual, para evitar volver a leer por error libros que ya había estudiado, los tiraba fuera por la válvula, proponiéndome recogerlos en el viaje de regreso. Mientras tanto, podían volar libremente por el espacio.

Así pues, durante doscientos ochenta días estudié a Anaxágoras, Platón y Plotino, Orígenes y Tertuliano, dejé atrás a Escoto Erígena, a los obispos Hrab de Maguncia y Hincmar de Reims, tragué a Ratramno de Corbie y a Servatus Lupus, sin olvidar a Agustín y, en particular, su *De Vita Beata*, *De Civitate Dei* y *De Quantitate Animae*. La emprendí luego con Tomás, los obispos Sinesio y Nemesio, el Seudoareopagita, San Bernardo y Suárez. Al llegar a San Víctor tuve que hacer una pausa, ya que el cohete estaba lleno de bolitas de pan que tengo la costumbre de formar con los dedos mientras leo. Las barrí todas afuera, al espacio, cerré la válvula y reanudé mis estudios. En los estantes siguientes reposaban obras más recientes: por lo menos siete toneladas y media. Empecé a temer que no tendría bastante tiempo para leérmelo todo, pero pronto me convencí de que las motivaciones se repetían, diferenciándose sólo por la manera de enfocarlas. Hablando en estilo gráfico, lo que unos autores ponían cabeza arriba, otros lo volvían cabeza abajo, así que pude dejar de lado una buena cantidad de lectura.

Absorbí de este modo a los místicos y escolásticos, a Hartmann, Gentile, Spinoza, Wundt, Malebranche, Herbart, y trabé conocimiento con el infinitismo, la perfección del creador, la armonía preestablecida y las mónadas, admirado de cuántas cosas podían decidir todos aquellos sabios sobre el alma humana, cada uno exactamente lo contrario de lo que proclamaban los otros.

Mientras estaba ensimismado en una descripción, realmente deliciosa, de la armonía preestablecida, ocurrió un incidente bastante singular. Me encontraba en aquel entonces en la región de remolinos magnéticos del espacio, que imanan con una tremenda fuerza todos los objetos de hierro. Eso mismo hicieron con los refuerzos de hierro de los tacones de mis zapatos. Soldado al suelo de acero, no pude dar ni un paso para acercarme al armario de las provisiones. Ya me veía amenazado de muerte por inanición, cuando recordé oportunamente que tenía en el bolsillo mi Guía del Cosmonauta. La abrí sin tardar y me enteré que en situaciones parecidas había que descalzarse. Después de hacerlo, volví a mis libros.

Cuando había leído ya seis mil volúmenes y me sentía tan a mis anchas en su materia como en mi propia piel, me separaban aún de Fantasmio unos ocho trillones de kilómetros. En el momento de empezar con el anaquel siguiente, llegó a mis oídos una llamada enérgica. Levanté la cabeza, sorprendido, ya que estaba solo en el cohete y no esperaba visitas del espacio. Los golpes se repitieron, mas insistentes; al mismo tiempo oí claramente una VOZ:

—¡Abran! ¡La pecicia!

Destornillé al instante la escotilla: en el cohete entraron tres seres con escafandras cubiertas de polvo lácteo.

—¡Ajajá! ¡Cogimos a un acuático in fraganti! —exclamó el primero de mis visitantes.

—¿Dónde está su agua? —añadió el segundo. Antes de que hubiera tenido tiempo de contestar, petrificado de asombro, el tercero dijo algo que parecía mitigar un poco su dureza.

—¿De dónde procede? —me preguntó el primero.

—De la Tierra. Y vosotros ¿quiénes sois?

—Libre Pecicia de Pinta —gruñó, y me alargó un cuestionario para llenarlo.

Apenas hube echado una ojeada sobre los epígrafes de aquel documento y sobre las escafandras de aquellos seres, que gorgoteaban a cada movimiento, me di cuenta de que había llegado por descuido a las cercanías de dos planetas gemelos, Pinta y Panta, que todas las guías del espacio aconsejaban evitar pasando a la máxima distancia posible. Desgraciadamente, era ya demasiado tarde para hacerlo. Mientras llenaba el cuestionario, los individuos con escafandras apuntaban sistemáticamente en sus registros todos los objetos que se encontraban en el cohete. Al descubrir una lata de sardinas en aceite emitieron un grito triunfal, luego pusieron sellos en el cohete y lo cogieron a remolque. Intenté trabar una conversación con ellos, pero fue en vano. Advertí que las escafandras que llevaban terminaban en una especie de ancha funda plana, como si los pintianos tuvieran colas de pez en vez de piernas. Al poco rato, empezaron a descender al planeta. Estaba todo anegado de agua, no muy profunda por cierto, ya que los tejados de los edificios asomaban a la superficie. Cuando los pecitas se quitaron en el aeródromo las escafandras, vi que se parecían mucho a los hombres, sólo que sus extremidades eran deformadas y retorcidas de manera grotesca. Me metieron en una especie de barca, muy original, puesto que tenía grandes agujeros en el fondo y estaba llena de agua hasta la borda. Así sumergidos, navegamos lentamente hacia el centro de la ciudad. Pregunté si no se podían tapar los agujeros y achicar el agua; hice luego otras varias preguntas, pero mis acompañantes, sin contestar, apuntaban febrilmente mis palabras.

Por las calles vadeaban los habitantes del planeta con las cabezas sumergidas en el agua, sacándolas de vez en cuando para aspirar el aire. Las casas, muy bonitas, dejaban ver a través de sus muros de cristal unas habitaciones llenas de agua hasta media pared. Cuando nuestro vehículo se había detenido en una encrucijada junto a un edificio con la enseña «Oficina Principal de Irrigaciones», oí por las ventanas abiertas el gluglu de los empleados. En las plazas había esbeltas estatuas de peces, adornadas con coronas de algas. Cuando la barca tuvo que detenerse otra vez (el tráfico era muy intenso), me enteré de las frases de los transeúntes que acababan de desenmascarar en la esquina a un espía que estaba comiendo un pescado.

Navegamos luego por una extensa avenida, adornada con magníficos retratos de peces y transparentes con inscripciones multicolores: «¡Viva la libertad acuosa!», «¡Aleta con aleta, venceremos la sequía, acuáticos!», y otros por el estilo, que no me dio tiempo de leer. Finalmente, la barca atracó en un rascacielos gigantesco, con la fachada llena de guirnaldas y una gran placa esmeralda: «Libre Pecicia Acuática». Subimos al piso 16 en un ascensor en forma de pecera. Me introdujeron en un despacho anegado hasta más arriba del escritorio y me ordenaron esperar. Las paredes estaban cubiertas de preciosas escamas verde esmeralda.

Me había preparado mentalmente unas contestaciones exactas a las preguntas sobre dónde venía y adónde me proponía ir, pero no me las hizo nadie. El encargado de tomarme la declaración, una pecita de baja estatura entró en el despacho, me escudriñó de pies a cabeza con una mirada severa, luego se puso de puntillas y, llegándole el agua al labio inferior, inquirió:

—¿Cuándo empezaste tu actividad criminal? ¿Cuánto cobras por ella? ¿Quiénes son tus cómplices?

Le juré por mi vida que no era espía y le aclaré las circunstancias que me habían traído a su planeta. Pero cuando le dije que me había encontrado en el Pinta por casualidad, estalló en carcajadas y me aconsejó inventar algo más inteligente. Acto seguido se puso a

estudiar los informes, abrumándome con un sinfín de preguntas. Era muy complicado para él, porque tenía que levantarse cada vez para tomar aliento; incluso se atragantó una vez por descuido y tuvo un acceso de tos muy fuerte. Antes ya me había dado cuenta de que esto pasaba a los pintianos con mucha frecuencia.

El pecita me explicaba con mucha paciencia que era mejor para mí confesar todas mis culpas; como yo le contestaba siempre que era inocente, se levantó de pronto en un brinco e, indicándome la lata de sardinas, preguntó:

—Entonces, ¿qué significa esto?

—Nada —contesté, estupefacto.

—Ya veremos. ¡Llévense a este provocador! —gritó.

El interrogatorio estaba terminado.

El local donde fui encerrado estaba completamente seco. Fue un verdadero placer para mí, ya muy cansado de tanta humedad perniciosa. Además de mí, se encontraban en aquella habitación, más bien pequeña, siete pintianos, que me acogieron con mucha cordialidad. Como era extranjero, me cedieron amablemente un asiento en el banco. Por ellos me enteré de que las sardinas, encontradas en el cohete, constituían, conforme a sus leyes, una ofensa terrible a los ideales pintianos más elevados, por ser lo que allí se llama una «alusión criminal». Pregunté de qué alusión se trataba, pero no supieron, o más bien no quisieron (tuve esa impresión) decírmelo. Viendo que mis preguntas les molestaban, dejé de insistir. Ellos también me dijeron que los lugares de encierro, parecidos al nuestro, eran los únicos sitios secos en todo el planeta. A mi pregunta sobre si los pintianos permanecían en el agua desde los albores de su historia, me contestaron que antaño Pinta poseía muchos continentes y pocos mares, encontrándose en él entonces una gran cantidad de repugnantes terrenos secos.

En el momento de mi llegada a Pinta, el monarca del planeta era el Gran Acuático Pescadón Ermecineo.

Durante los tres meses de mi encierro en el secadero fui interrogado por dieciocho comisiones de varios cometidos. Su tarea consistía en definir la forma del paño que mi respiración dejaba sobre un espejo, contar las gotas que se escurrían de mi cuerpo después de sumergido en el agua, ajustarme una cola de pez, etc. Me obligaban también a contar a los especialistas mis sueños, que éstos clasificaban y segregaban según los párrafos del código penal. Hacia el otoño, las pruebas de mi culpa componían ya ochenta grandes volúmenes y los datos materiales llenaban tres armarios en el despacho tapizado de escamas. Finalmente confesé todo lo que se me imputaba: en particular, el hecho de haber perforado condritos y organizado copiosas y repetidas lustrancias a favor de Panta. No sé, ni si quiera hoy día, qué quería decir esto. Tomando en cuenta las circunstancias atenuantes, o sea, mi obtusa ignorancia de la inmensa dicha de la vida subacuática, así como la proximidad del día del santo del Gran Pescadón Acuático Ermecineo, me fue aplicada la moderada pena de dos años de escultura libre con seis meses de suspensión en el agua, y se me devolvió la libertad.

Decidí instalarme lo más cómodamente posible para los seis meses de mi estancia en Pinta: no habiendo encontrado una habitación en ningún hotel, realquilé una en casa de una anciana cuya profesión era la de tremolar los caracoles, o sea, enseñarles a disponerse en figuras previstas para los días de fiesta nacional.

Ya la primera noche después de mi salida del secadero asistí a un concierto de coros de la capital, que me decepcionó mucho: cantaban bajo el agua, oyéndose sólo los gorgoritos.

Durante el concierto observé que el pecita de guardia se llevó de la sala a un individuo que, aprovechando la oscuridad, respiraba a través de una caña. Los dignatarios, sentados en unos palcos llenos de agua, no cesaban de remojarse encima con duchas. No podía vencer la extraña impresión de que todos se sentían más bien incómodos en este ambiente. Traté, pues, de informarme del asunto por mi casera, pero no se dignó

contestarme; preguntó solamente qué nivel de agua deseaba en mi habitación. Al decirle yo que lo que de verdad me gustaría era no ver el agua más que en el cuarto de baño, apretó los labios, se encogió de hombros y salió, dejándome con la palabra en la boca.

En mi deseo de profundizar mi conocimiento de los pintianos, procuré tomar parte en su vida cultural. Justo cuando llegué al planeta, la prensa sostenía una discusión acalorada sobre el tema del gorgoteo. Los especialistas se inclinaban por el gorgoteo sin ruido, afirmando que tenía más porvenir.

Mi casera alquilaba una habitación a un pintiano joven y simpático, redactor del popular periódico La VOZ de los Peces. La prensa mencionaba a menudo balduros y badubinos; se desprendía del texto que se trataba de seres vivos, pero no logré entender qué tenían que ver con los pintianos. Las personas a las que pedía que me lo aclararan, solían zambullirse con unos gluglus ensordecedores. Quise preguntárselo al redactor, pero estaba muy preocupado aquel día. Durante la cena me confesó, nerviosísimo, que le había pasado algo fatal. Por distracción, escribió en el artículo de primera plana que el agua mojaba. En consecuencia, estaba esperando lo peor. Tratando de consolarle, le pregunté si ellos consideraban que el agua era seca; se estremeció y me dijo que yo no entendía nada. Que todo debía enfocarse desde el punto de vista de los peces. Y como los peces no sentían que el agua los mojara, ergo, no mojaba. Dos días después, el redactor desapareció.

Las mayores dificultades se me presentaron cuando empecé a frecuentar los espectáculos públicos. Cuando fui por primera vez al teatro, no pude seguir bien la función, porque me molestaba muchísimo un murmullo incesante. Creyendo que mis vecinos conversaban en voz baja, intenté no fijarme más en ello. Finalmente, nervioso, cambié de asiento, pero también allí se oía lo mismo. Mientras en el escenario se hablaba del Gran Pescadón, una voz bajita decía: «Te embarga un temblor de felicidad». En efecto, advertí que toda la sala se puso a temblar ligeramente. Mas tarde descubrí que en todos los sitios públicos estaban instalados unos murmuladores especiales que servían de apuntadores de reacciones adecuadas para los oyentes. En mi afán de conocer mejor las costumbres y las particularidades de los pintianos, compre varios libros, tanto novelas como libros de lectura escolares y obras científicas. Conservo todavía algunos; por ejemplo, El pequeño badubino, De los horrores de la sequía, Estamos como peces en el agua, Glugluglu, yo y tú, etc. En la biblioteca universitaria me aconsejaron una obra sobre la evolución persuasiva pero ni siquiera de ella pude sacar nada en claro, excepto muy detalladas descripciones de balduros y badubinos.

Mi anfitriona, cuando quise indagar, se encerró en la cocina con los caracoles; volví, pues, a la librería, y pregunté dónde podría ver a un badubino, uno por lo menos. Al oír mis palabras, todos los dependientes se zambulleron bajo el mostrador, y unos jóvenes pintianos que se encontraban allí por casualidad, me llevaron a la Pecicia como a un provocador. Arrojado en el secadero, volví a encontrar en él a tres de mis antiguos compañeros del presidio. Ellos me dijeron, por fin, que balduros y badubinos no se encontraban todavía en Pinta. Eran unas formas nobles, perfectas en su carácter de pez, en las que los pintianos iban a transformarse en el futuro, conforme a la teoría de la evolución persuasiva. Pregunté cuándo sería. Todos los presentes temblaron e intentaron zambullirse, lo que, evidentemente, era imposible por falta de agua, y el de mayor edad, de miembros muy retorcidos, dijo:

—Escucha, acuático: estas cosas no se dicen aquí impunemente. Si la Pecicia se entera de tus preguntas, verás qué sentencia te cae encima.

Descorazonado, me entregué a pensamientos tristes, de los que me distrajo la conversación de mis compañeros de infortunio, que discutían sobre sus delitos y su envergadura. Uno de ellos se encontraba en el secadero porque, habiéndose dormido en una cama turca sumergida en el agua, se atragantó y se levantó de un salto, gritando: «¡Es como para reventar!» El segundo llevaba a su niño sobre los hombros, en vez de

acostumbrarle desde pequeñito a la vida bajo el agua. El tercero, finalmente, el más viejo, tuvo la desgracia de gorgotear, de manera definida por las personas competentes como significativa e insultante, durante una conferencia sobre trescientos héroes que dieron su vida por la causa mientras establecían la plusmarca de la permanencia bajo el agua.

Poco tiempo después, fui convocado ante el Pecita. Me manifestó que, por reincidir en delitos tan infames, se me imponía la pena total de tres años de escultura libre. Al día siguiente, me llevaron a las regiones escultóricas en barca, en compañía de treinta y siete pintianos, en las condiciones previamente descritas, o sea, sumergido en el agua hasta la barbilla. Los terrenos para aquel arte se encontraban lejos de la ciudad. Nuestro trabajo consistía en esculpir estatuas de peces pertenecientes a la familia de los silúricos. Si mal no recuerdo, hemos cincelado mas o menos 140.000 siluros. Por las mañanas íbamos navegando a nuestro trabajo entonando canciones; la que mejor recuerdo, empezaba con estas palabras: «¡Somos artistas acuosos, libres, fuertes y dichosos!» Después de la jornada, volvíamos a nuestros aposentos; antes de la cena, que debíamos tomar bajo el agua, venía a vemos cada día un conferenciante que pronunciaba para nosotros una disertación sobre las libertades subacuáticas; los que querían podían inscribirse en el club de los contempladores de la aletividad. Al final de su discurso, el conferenciante nos preguntaba siempre si alguno de nosotros había perdido las ganas de esculpir. Como nadie levantaba la mano, tampoco lo hacía yo. Por otra parte, los murmuradores colocados en la sala sostenían que nos proponíamos esculpir durante muchísimo tiempo y, a ser posible, siempre bajo el agua.

Un día, vimos a nuestros jefes presa de una gran excitación; nos enteramos durante la comida de que aquel día iba a pasar, junto a nuestros talleres, el Gran Pescadón Acuático Ermecineo, de viaje para asistir a la encarnación de un pez baldúrico. Recibimos la orden de nadar desde el mediodía en posición de firmes, a la espera de la llegada de Su Majestad. Llovía y hacía un frío espantoso: todos temblábamos ateridos. Los murmuradores instalados en unas boyas flotantes nos convencían de que tiritábamos de entusiasmo. Las setecientas barcas del séquito del Gran Pescadón estuvieron pasando ante nosotros hasta el anochecer. Yo, por estar en primera fila, tuve la oportunidad de contemplar al mismo Pescadón; su aspecto me dejó atónito, ya que no se parecía en absoluto a un pez. Era un pintiano como los demás, sólo que muy anciano, con las extremidades cruelmente retorcidas. Ocho magnates vestidos de escamas escarlata y oro sostenían los venerables hombros del monarca cuando sacaba la cabeza del agua para tomar aliento; cada vez que lo hacía le sacudían unas toses tan tremendas que me dio verdadera pena. Para la conmemoración de aquel acontecimiento, esculpimos fuera del programa ochocientas estatuas del pez silúrido.

Una semana después, sentí por vez primera unos fuertes dolores en las manos; mis compañeros me dijeron que sufría las primeras acometidas del reuma, la peor de las plagas de Pinta. Estaba prohibido decir que era una enfermedad; allí lo llamaban «síntomas de la resistencia del organismo, falta de ideales, a convertirse en pez». Desde entonces comprendí muy bien el aspecto retorcido de los pintianos.

Cada semana nos llevaban a espectáculos que presentaban las perspectivas de la vida subacuática. Sólo podía soportarlos cerrando los ojos, ya que el mero recuerdo del agua me daba náuseas.

Así transcurría mi vida durante cinco meses. Hacia el final de aquel período trabé amistad con un cierto pintiano de edad madura, catedrático, que esculpía libremente por haber expuesto en una de sus clases que, aun siendo el agua un elemento imprescindible para la vida, no lo era en el sentido imperante en el planeta. Durante nuestras conversaciones, casi siempre nocturnas, el profesor me contaba la historia antigua de Pinta. Unos vientos calientes atormentaban antaño el planeta, que, según los científicos, corría el peligro de transformarse en un desierto. Para luchar contra la amenaza, elaboraron un plano de irrigaciones a gran escala, para cuya realización se fundaron

organismos y despachos correspondientes. Pero resultó que, una vez construida la red de canales y embalses, aquéllos no permitieron que se los liquidara, sino que seguían funcionando y empapando a Pinta cada vez más. Se llegó al extremo —decía el profesor— de que lo que tenía que ser dominado, nos dominó. Sin embargo, nadie quería ceder y confesar su error; el paso sucesivo y forzoso fue la afirmación de que el estado de cosas era previsto, deseado y normal.

Un buen día empezaron a circular entre nosotros unas noticias que despertaron una excitación general inaudita. Se decía que iban a producirse cambios sensacionales; había incluso quien se atrevía a asegurar que el Gran Pescadón en persona decretaría en el futuro inmediato la obligación de secar las viviendas y, tal vez, incluso las calles y todo el ámbito nacional. Nuestros jefes emprendieron instantáneamente la lucha contra esas ideas derrotistas, aumentando el contingente de estatuas de peces por esculpir. A pesar de todo, el rumor pertinaz volvía en versiones cada vez más fantásticas; yo mismo he oído decir que el Gran Pescadón Ermecineo fue visto con una toalla en la mano.

Una cierta noche oímos los ruidos de una gran juerga en el edificio de dirección. Nadé fuera y vi que el jefe y el conferenciante tiraban grandes cubos de agua por la ventana, cantando a todo pulmón. Al apuntar el día, tuvimos la visita de nuestro mentor; llegó en una barca calafateada y nos dijo que todo lo que hasta entonces había pasado no era más que un malentendido; que se estaban elaborando proyectos de un modo de existencia nuevo, libre de verdad, muy diferente de la actual, cuya primera norma era la supresión de gorgoteo, por fatigoso, perjudicial para la salud y totalmente superfluo. Mientras hablaba, metía de vez en cuando un pie en el agua y lo volvía a sacar de prisa, con una mueca de asco. Concluyó su arenga diciendo que era siempre contrario al agua y comprendía, mejor que nadie, que no saldría de ella nada bueno. Durante dos días no fuimos a trabajar. Luego se nos envió a las esculturas ya terminadas; les quitábamos aletas y les poníamos piernas. El conferenciante empezó a enseñarnos una canción nueva: «¡Alégrate, alma mía, que viene la sequía!» Se decía por doquier que cualquier día traerían unas bombas para quitar el agua.

Sin embargo, después de la segunda estrofa de la canción, el conferenciante fue convocado a la ciudad y no volvió a aparecer. A la mañana siguiente vino el jefe, sacando apenas la cabeza del agua, y repartió entre todos unos periódicos impermeables. Leímos en ellos que el gorgoteo era suprimido de una vez por todas por pernicioso para la salud y sin efecto en la baldurización, lo que no significaba, ni mucho menos, el retomo de la sequía, tan desastrosa, sino todo lo contrario. Para apresurar la venida de los badubinos y aclimatar a los balduros se instituía en todo el planeta la respiración subacuática exclusivamente, por ceñirse ésta más al ideal encarnado por los peces. No obstante, las autoridades, celosas del bien público, pensaban imponer la nueva orden gradualmente, o sea: cada día, todos los ciudadanos debían permanecer bajo el agua un momento más que el día anterior. Para dar más facilidades, el nivel del agua se elevaba hasta once honditos (unidad de longitud).

En efecto, al anochecer el nivel del agua subió tanto, que tuvimos que dormir de pie. Los murmullos fueron colocados más arriba (anegados en su antigua posición), y un instructor nuevo hizo con nosotros ejercicios de respiración subacuática. Al cabo de unos días Ermecineo, cediendo a los ruegos de todos los ciudadanos, tuvo la bondad de ordenar elevar el nivel del agua medio hondito más. Ya sólo se podía caminar de puntillas. Las personas de estatura un poco baja, desaparecieron, no sé dónde. Puesto que la respiración subacuática no le salía bien a nadie, se creó una técnica de saltitos subrepticios para aspirar aire. Un mes después, todos la dominaban perfectamente, fingiendo, al mismo tiempo, que ni ellos lo hacían, ni veían que lo hicieran los demás. La prensa hablaba de los enormes progresos de la respiración subacuática en todo el país, y el número de escultores libres crecía notablemente; todos ellos gorgoteaban a la antigua.

Todo esto me daba tantas molestias, que tomé finalmente la decisión de abandonar los terrenos de la escultura libre. Terminado el trabajo, me escondí detrás del zócalo de una estatua nueva (me olvidé de decir que nos ocupábamos en quitar a los peces las piernas y devolverles las aletas), esperé a que no hubiera nadie cerca y nadé hacia la ciudad. Tenía en este aspecto una gran ventaja sobre los pintianos que, en contra a lo que podría suponerse, no saben nadar en absoluto.

Me cansé mucho, pero logré llegar a nado al aeropuerto. Mi cohete estaba custodiado por cuatro pecitas. Por fortuna, alguien gorgoteó un poco más lejos y los pecitas echaron a correr hacia él. Aprovechando su ausencia, rompí los sellos, salté dentro y despegué con la mayor rapidez posible. Al cabo de un cuarto de hora, el planeta en el que había pasado apuros tan graves se veía en la lejanía como una estrellita entre millares de otras. Me metí en la cama, deleitándome con su sequedad, pero, ¡ay de mí!, este reposo placentero no duró mucho. Me sacó del sueño una llamada enérgica en la escotilla. Medio dormido, grité: «¡Viva la libertad pintiana!» ¡Qué caro debía pagar mi exclamación! Los que llamaban eran una patrulla de la Angelicía Pantiana. En vano traté de convencerles que me habían oído mal, que yo grité «libertad pantiana» y no «pintiana». Mi cohete fue sellado y llevado a remolque. Para colmo de infortunio, tenía en la despensa otra lata de sardinas que había abierto antes de irme a dormir. Al ver la lata abierta, los angelitas temblaron de pies a cabeza, emitieron un grito triunfal y escribieron rápidamente un informe. Un momento después, aterrizábamos en su planeta. Metido en un vehículo preparado de antemano, respiré con alivio, viendo que, hasta donde alcanzaba mi vista, no había agua en Panta. Cuando mi escolta se hubo quitado las escafandras, me convencí de que tenía delante a unos seres muy parecidos a los hombres, sólo que éstos eran todos iguales, con caras idénticas como las de los gemelos y, por añadidura, sonrientes.

Aunque estaba anocheciendo, la luz del alumbrado de la ciudad era tan fuerte que no tenía nada que envidiar al sol de pleno día. Noté que cada transeúnte, al mirarme, movía la cabeza, asustado o, tal vez, compasivo; una pantiana se desmayó incluso impresionada por mi aspecto, pero ni siquiera entonces dejó de sonreír, lo que me sorprendió bastante.

A medida que avanzábamos por las calles; crecía en mí la impresión de que los habitantes de aquel planeta llevaban una especie de mascarilla; no obstante, no estaba del todo seguro de ello. Mi viaje terminó ante un edificio con el rótulo: LIBRE ANGELICIA DE PANTA. Pasé una noche solitaria en una habitación pequeña, escuchando los ecos de la vida de la gran urbe, que me llegaban por la ventana. Al día siguiente, cerca del mediodía, asistí, en el despacho de un juez de instrucción, a la lectura del acta de acusación. Se me inculpaba por el delito de angelofagia a favor de Pinta y por el crimen de diferenciación personal. Las pruebas materiales en mi contra eran dos: la lata abierta de sardinas y el espejito en que me había contemplado por orden del juez.

Era un angelita de IV grado con un immaculado uniforme blanco, el pecho recorrido por un zigzag de brillantes; el alto personaje me aclaró que, por haber cometido los dos delitos antes mencionados, incurría en la pena de identificación a perpetuidad, añadiendo que el tribunal me otorgaba cuatro días para la preparación de mi defensa. Podía ver a mi defensor, designado de oficio, siempre que yo lo deseara.

Como ya tenía cierta experiencia en los métodos judiciales de aquellas regiones de la Galaxia, quise enterarme, en primer lugar, en qué consistía la pena que me esperaba. En efecto, cumpliendo mi deseo, se me condujo a una sala de dimensiones más bien reducidas, de color ámbar, donde me estaba esperando mi defensor, un angelita de II grado, muy comprensivo, que no me escatimó explicaciones.

—Has de saber, extranjero recién llegado a este planeta —dijo—, que hemos alcanzado el más alto conocimiento de las fuentes de todos los sufrimientos, preocupaciones y desgracias que padecen los seres unidos en la sociedad. Dicha fuente

estriba en el individuo, en su personalidad particular. La sociedad, la colectividad, es eterna y regida por unas leyes constantes e inamovibles, iguales a las que rigen el poderío de soles y estrellas. El individuo se caracteriza por inestabilidad, falta de decisión, lo accidental de sus acciones y, sobre todo por su transitoriedad. Nosotros hemos suprimido totalmente el individualismo a favor de la sociedad. En nuestro planeta sólo existe la colectividad: no hay en él individuos.

—No te entiendo —dije estupefacto—; lo que estás diciendo debe ser solamente una figura retórica, ya que tú mismo eres un individuo...

—De ninguna manera —replicó sin cambiar de sonrisa—. Te habrás dado cuenta, supongo, de que todos tenemos la misma cara. Del mismo modo conseguimos la más alta intercambiabilidad social.

—Sigo sin entender. ¿Qué significa esto?

—Te lo explicaré ahora mismo. Siempre, en cada momento, existe en la sociedad una cantidad definida de funciones o, como aquí decimos, de papeles. Son unos papeles profesionales, tales como los de monarcas, jardineros, técnicos, médicos, o bien familiares: los de padres, hermanos, hermanas, etc. Aquí, en Panta, cada pantiano desempeña su papel sólo durante un día. A medianoche se efectúa en todo nuestro país un movimiento, como si todos sus habitantes dieran un paso adelante al mismo tiempo: es la rotación de papeles. El que ayer era jardinero, se convierte hoy en ingeniero, el constructor de ayer es hoy juez, el gobernante maestro de escuela, etc. Lo mismo pasa con las familias. Cada una se compone de parientes, padre, madre, hijos..., estas funciones quedan intactas pero los que las desempeñan cambian cada día. Así, lo único que no sufre cambios es la colectividad, ¿entiendes? Siempre existe la misma cantidad de padres e hijos, médicos y enfermeras, y así en todos los campos de la vida. El organismo poderoso de nuestro país permanece desde hace siglos intacto e inamovible, más resistente que una roca, y se debe al hecho de que terminamos, de una vez para siempre, con la naturaleza efímera de la existencia individual. Por esta razón dije que éramos intercambiables de manera perfecta. Te convencerás tú mismo, ya que si me llamas después de medianoche, vendré a verte yo, tu defensor, pero será otra persona...

—¿Pero de qué sirve todo eso? —pregunté—. ¿Y cómo podéis conocer todas las profesiones? ¿Tú sabes ser, no solamente un jardinero, juez o defensor, sino también padre o madre?

—Hay muchas profesiones —contestó mi sonriente interlocutor— que no sé desempeñar bien. Piensa, sin embargo, que sólo tengo que cumplirlas un día. Por otra parte, en todas las sociedades de tipo antiguo la inmensa mayoría de individuos desempeñan sus funciones profesionales muy mediocrementemente, pero la máquina social no por eso deja de funcionar. En tu país, un jardinero malo puede echar a perder un jardín, un gobernante malo llevara a la ruina todo el estado, ya que para ello dispone del tiempo que aquí no se les concede. Por otra parte, en una sociedad corriente, se deja notar, además de la mediocridad profesional, la influencia negativa, e incluso perniciosa, de las ambiciones individuales de los hombres. La envidia, la soberbia, el egoísmo, la vanidad, la codicia del poder, son otros tantos factores corrosivos de la vida social. Nosotros desconocemos esta clase de corrosión. Aquí no existe la tendencia a hacer carrera, tampoco nos guía el interés personal, puesto que no puede haberlos. Me es imposible dar un paso hoy en mi papel con la esperanza de recoger sus frutos mañana, ya que mañana ocuparé un cargo distinto, no sé cuál.

»El cambio de papeles se efectúa a medianoche, en base de un sorteo general, inaccesible a cualquier influencia. ¿Empiezas a vislumbrar la profunda sabiduría de nuestro régimen?

—¿Y los sentimientos? —pregunté—. ¿Se puede amar a una persona diferente cada día? ¿Y qué ocurre con la paternidad y la maternidad?

—Una cierta circunstancia perturbaba antaño ligeramente nuestro sistema —contestó mi interlocutor—: la que se originaba cuando la persona que debía ser padre daba justamente a luz aquel día (podía serlo una mujer, ya que el sexo no influye en el sorteo). Sin embargo, eliminamos esa dificultad editando un decreto ley, según cuyas normas el padre puede dar a luz. En cuanto a los sentimientos, hemos saciado dos hambres que aparentemente no pueden coexistir, arraigadas en todos los seres racionales: la de la continuidad y la del cambio. El cariño, el respeto, el amor, eran enturbiados antes por una inquietud incesante, por el temor de perder a la persona amada. Nosotros hemos vencido ese temor. En efecto, cualquiera que fueran los fracasos, enfermedades, cataclismos en nuestras vidas, todos tenemos siempre a nuestro padre, nuestra madre, esposo e hijos. Pero hay más. Lo inmutable empieza a cansar al cabo de un tiempo, tanto lo bueno como lo malo. Al mismo tiempo queremos proteger nuestra suerte ante las adversidades y tragedias, deseamos la continuidad y la certeza. Queremos existir y no transitar, transformarnos, pero permanecer, poseer todo sin arriesgar nada. Esas contradicciones, al parecer irreconciliables, aquí se pueden realizar. Hemos suprimido incluso el antagonismo entre las clases más encumbradas y las más bajas porque cada persona puede llegar un día a ser jefe de estado, ya que aquí no existe una clase de vida, una esfera de actividad que esté vedada a alguien.

»Puedo revelarte ahora el significado de la pena que te amenaza. Es la mayor desgracia que puede ocurrir a un pantiano: la exclusión del sorteo universal, como consecuencia de lo cual no puede evitarse una solitaria existencia individual. La identificación no es otra cosa que un acto de la destrucción del ser, sobre cuyos hombros se carga el peso despiadado y cruel del individualismo a perpetuidad. Date prisa si quieres hacerme más preguntas. Voy a abandonarte pronto: se acerca la medianoche.

—¿Cómo habéis resuelto el problema de la muerte? —pregunté.

Mi defensor me miró, ceñuda la frente y sonriente la boca, como si intentara comprender mis palabras. Al final dijo:

—¿La muerte? Es un concepto anticuado. No hay muerte donde no hay individuos. Nadie muere en este planeta.

—¡Lo que dices es un absurdo, y tú lo sabes muy bien! —exclamé—. ¡Cada ser vivo ha de morir, y tú también!

—¿Yo, o sea, quién? —me interrumpió sonriendo. Hubo un momento de silencio.

—¡Tú, tú mismo!

—¿Y quién soy yo, yo mismo, fuera del papel de hoy? ¿Un hombre, un apellido? No los tengo. ¿Una cara? Gracias a unas intervenciones biológicas efectuadas aquí hace siglos, mi cara es idéntica a todas las demás. ¿Un papel? Este cambiara a medianoche. ¿Qué queda, pues? Nada. Reflexiona en lo que significa la muerte. Es una pérdida, trágica por irreversible. ¿A quién pierde el que muere? ¿A sí mismo? No, porque el muerto ha dejado de existir y quien no existe no puede perder nada. La muerte es asunto de los vivos: es la pérdida de un ser querido.

»Pues bien, nosotros no perdemos a nuestros seres queridos. Te lo había dicho antes. Nuestras familias son perennes. Aquí la muerte significaría la exclusión de un papel. Las leyes no la admiten. Tengo que marcharme. Adiós, extranjero.

—¡Espera! —exclamé, viendo que mi defensor se levantaba de la silla—. Aún aquí deben existir diferencias, por más que os parezcáis todos como gemelos. Debe haber ancianos, quienes...

—No. No registramos la cantidad de papeles que cada ciudadano desempeña. Tampoco llevamos la cuenta de los años astronómicos. Nadie de nosotros sabe cuánto tiempo vive. Los papeles no tienen edad. He de irme.

Al decir estas palabras, salió de la sala. Me quedé solo. Al cabo de un rato la puerta se abrió y mi defensor volvió a aparecer. Llevaba el mismo uniforme lila con zigzags dorados en el pecho de angelita de II grado, y la misma sonrisa.

—Estoy a tu disposición, extranjero acusado, recién llegado de otra estrella —dijo. Me pareció que era una voz nueva, distinta a la que había oído antes.

—¡A pesar de todo, hay aquí algo invariable: el papel de acusado! —exclamé.

—Te equivocas. Sólo existe para los extranjeros. No podemos permitir que alguien, al abrigo del papel, intente socavar las bases de nuestro régimen.

—¿Conoces la legislación? —pregunté.

—La conocen los códigos. Por otra parte, tu juicio no se verificará antes de pasado mañana. Te defenderé el papel...

—Renuncio a la defensa.

—¿Quieres defenderte tú mismo?

—No. Quiero que me condenen.

—Es una imprudencia. Recuerda que no vivirás como un individuo entre otros individuos, sino que te rodeará el mayor vacío, mayor que el vacío interplanetario.

—¿Has oído hablar del Maestro Oh? —pregunté, sin saber cómo se me había ocurrido la pregunta.

—Sí. Es él quien creó nuestro régimen. Esta es su obra mas excelsa. Se llama la Prótesis de la Eternidad.

Así terminó nuestra conversación. Tres días después, el Tribunal me condenó a identificarme a perpetuidad. Me llevaron bajo escolta al aeródromo, del cual despegué sin demora en mi cohete, tomando el curso hacia la Tierra. Dudo de que me vuelva jamás el deseo de encontrar al Benefactor del Cosmos.

VIAJE DECIMOCUARTO

19 - VIII

Mandé el cohete a arreglar. La última vez me había acercado demasiado al Sol y todo el bamiz se quemó. El encargado del taller me aconseja pintarlo de verde. Me lo estoy pensando. Antes de comer pasé horas poniendo en orden mis colecciones. Encontré la piel del gargauno más bonito llena de polilla. Puse mucha naftalina. La tarde en casa de Tarantoga. Cantamos canciones marcianas. Me llevé prestado Dos años entre curdlos y ochones, de Brizard. Leí hasta el amanecer: apasionante.

20 - VIII

De acuerdo con el verde. El encargado me sugiere la compra de un cerebro electrónico. Tiene uno para vender, en buen estado, poco usado, de doce almas de vapor de fuerza. Dice que ahora sin un cerebro nadie se mueve mas alla de la Luna. No sé si me decidiré: el gasto es grande. Toda la tarde leí a Brizard; una lectura cautivadora. Tengo vergüenza de no haber visto nunca a un curdlo.

21 - VIII

Toda la mañana en el taller. El encargado me ha enseñado el cerebro. Desde luego, está muy bien; tiene incluida una batería de chistes para cinco años. Según parece, esto resuelve el problema del aburrimiento cósmico.

—Va usted a reírse durante todo el viaje, por largo que sea —dijo el encargado—. Si la batería se agota, se puede poner una nueva.

Dije que me pintaran los timones en rojo. En cuanto al cerebro, me lo sigo pensando. Leí a Brizard hasta la medianoche. ¿Y si fuera a la caza yo mismo?

22 - VIII

Compré finalmente aquel cerebro. Lo hice empotrar en la pared. El encargado me regaló una almohada eléctrica. ¡No cabe duda que me tomó el pelo con el precio! Dice que voy a ahorrar mucho dinero. Cuando se llega a un planeta, hay que pagar derecho de

aduana. En cambio, teniendo un cerebro, puede dejarse el cohete en el espacio; mientras da vueltas en torno al planeta como si fuera una luna artificial, uno llega al planeta a pie, sin haber desembolsado un céntimo. El cerebro calcula los elementos astronómicos del desplazamiento e informa dónde hay que buscar después el cohete. Terminé a Brizard. Estoy casi decidido a hacer un viaje a Enteropia.

23 - VIII

Me he traído el cohete del taller. Queda precioso. sólo que los timones no armonizan en cuanto al color con lo demás. Les di yo mismo una mano de pintura amarilla encima. Me gusta más. Tarantoga me prestó el tomo de la Enciclopedia Cósmica de la letra E, del que copié el artículo sobre Enteropia. Helo aquí:

«ENTEROPIA, 6º planeta del doble sol (rojo y azul) en la constelación de Aries. 8 continentes, 2 océanos, 167 volcanes activos, 1 estorgo (ver ESTORGO). Día de 20 horas, clima cálido, buenas condiciones para la vida excepto en el período de tors (ver TOR).

Habitantes:

d) Raza dominante: ardritas, seres racionales, poliedrotransparentes, simétricos, extremidades impares (3), pertenecientes al tipo Siliconóidea, orden Polytheria, clase Luminífera. Como todos los polytheria (v.), los ardritas están sujetos a escisiones periódicas a voluntad. Fundan familias de tipo esférico. Sistema del gobierno: gradarquía II B, con la introducción, hace 340 años, del Transmo Penitenciario (ver TRANSMO). Industria altamente desarrollada, principalmente de productos alimenticios. Posiciones básicas de la exportación: manubrios fosforizados, plantas de corazonería y laupanías de varias calidades, con nervaduras y templadas a fuego lento. Capital: Alliesto, 1.400.000 habitantes. Princ. centros industriales: Haupr, Drur, Arbagellar. Cultura luminaria con señales de ahongación a causa de la penetración de residuos de la civilización de los fitogocios (honguitas, v.), exterminados por los ardritas. En los últimos decenios adquirió mucha importancia el papel desempeñado en la vida social por las sepulcas (ver). Creencias: religión dominante: monodruismo. Según el M. el mundo fue creado por Druma Múltiple, bajo la forma de la Magmaza Original de la cual nacieron soles y planetas encabezados por Enteropia. Los ardritas construyen templos plateados, fijos y plegables. Al lado del monodrumismo existen varias sectas; la más importante es la de los placotragales. Los placotragales (v.) no creen en nada fuera de Emfesis (ver EMFESIS), aunque no todos. Arte: baile (rodado), radioctas, sepulación, drama bayonetel. Arquitectura: a causa de los tors sopladoprensada de edimasa. Los edimascacielos acopados alcanzan la altura de 130 pisos. En lunas artif. predominan edificaciones ovicelares (aovados).

Mundo animal:

b) Fauna de tipo siliconoidal, representantes principales: mediondos, dendrogas autumnales, asmanitos, curdlos y ochones aulladores. Durante los tors, veda de caza de curdlos y ochones. Para el hombre estos animales no son comestibles, excepto los curdlos (sólo la región del Zardo, ver ZARDO). Fauna acuática: constituye la materia prima de la industria alimenticia. Representantes princ.: infernalias (diablotes), cerpias, sardotas y brenques. Una de las particularidades de Enteropia es el estorgo con su fauna y flora sinuinal. Lo único que lo recuerda en nuestra Galaxia son las alnas en los bosques atronocnales de Júpiter. Toda la vida de Enteropia se desarrolló (como lo han demostrado las investigaciones de la escuela del prof. Tarantoga) en los terrenos del estorgo, a partir de los estratos balbacílicos. Visto el gran auge del ramo de la construcción, tanto en suelo firme como acuática, hay que admitir la posibilidad de la desaparición de los restos del gran estorgo. Sujeto al artículo 6 del decreto ley sobre la defensa de los monumentos planetarios (Códex Galáctico t. MDDDVII, vol. XXXII, pág. 4.670), el estorgo se halla bajo la protección estatal; se prohíbe, en particular, patearlo a oscuras.

Todo está claro para mí en ese artículo salvo las referencias a sepulcas, transmo y tor. Desgraciadamente, el último tomo editado de la Enciclopedia termina en la VOZ «SOUFFLE DE CHAMPIÑONES», así que no puedo enterarme de transmos y tors. Sin embargo, fui a casa de Tarantoga para, por lo menos, leer algo sobre «SEPULCAS». Encontré una información corta:

SEPULCAS - Importantísimo elemento de la civilización de los arditas (v.) del planeta Enteropia (v). Ver SEPULCARIA.

Seguí el consejo y lo leí:

SEPULCARIAS - Objetos que sirven para la sepulación (ver).

Busqué bajo «Sepulación». Encontré lo siguiente:

SEPULACION - Actividad de los arditas (v.) del planeta Enteropia (v.). Ver SEPULCAS.

El círculo se cerró, no se podía buscar más. Por nada del mundo hubiera confesado mi ignorancia al profesor, y él es la única persona a la cual se puede hacer esta clase de preguntas. No importa: los datos han rodado; decidí hacer el viaje a Enteropia. Salgo dentro de tres días.

28 - VIII

Despegué a las dos, poco después de comer. No me llevé ningún libro, porque tengo aquel cerebro. Escuché hasta la Luna los chistes que me contaba. Me reí a gusto. Después cené y a dormir.

29 - VIII

Creo que me resfrié en la sombra de la Luna, no paro de estornudar. Tomé aspirina. En mi curso, tres cohetes de mercancías de Plutón. El piloto me telegrafió pidiendo paso libre. Pregunté qué carga llevaba pensando que era Dios sabe qué y resultó que no transportaba más que chismes corrientes. Poco después, un rápido de Marte, lleno hasta los topes. Vi por la ventana que iban apretujados como sardinas en lata Agitamos pañuelos, pero desaparecieron pronto. Escuché los chistes hasta la cena. Muy buenos. Sigo estornudando.

30 - VIII

Aumenté la velocidad. El cerebro funciona sin fallo. Me empezó a doler un poco el diafragma, así que lo desconecté dos horas y enchufé la almohada eléctrica. Me alivió mucho. A eso de las dos cogí aquella señal de radio que Popov emitió de la Tierra en el año 1896. Ya estoy bastante lejos de mi planeta.

31 - VIII

El sol casi ya no se ve. Antes de comer, un paseo alrededor del cohete para no anquilosarme. Hasta la noche, chistes. La mayoría tan viejos como el mundo. Me parece que el encargado del taller había dado a leer al cerebro revistas de humor de hace años y sólo echó encima un puñado de anécdotas nuevas. Me olvidé de las patatas que había metido en la pila atómica y se quemaron todas.

32 - VIII

A causa de la velocidad, el tiempo se alarga; ya debería ser octubre, pero no, estoy en agosto y siempre en agosto. Veo por la ventana cositas pequeñas. Pensé que me acercaba a la Vía Láctea, pero sólo era el barniz que se volvió a descamar. ¡Maldita chapuza! Tengo en mi trayectoria una estación de servicio. Me pregunto si vale la pena detenerme.

33 - VIII

Sigue agosto. Después de comer llegué a la estación. Está en un planeta pequeño, vacío completamente. El edificio sin nadie, ni un alma a la vista. Cogí una lata y me fui a mirar si encontraba un poco de barniz. Anduve por ahí un rato, hasta que oí unos soplidos. Miré detrás de la estación: había unas máquinas de vapor conversando. Me acerqué.

Una de ellas decía:

—Es evidente que las nubes son una forma de la vida de ultratumba de las máquinas de vapor. Bueno pues, la pregunta esencial es: ¿qué fue primero, las máquinas de vapor o el vapor de agua? Yo creo que primero fue el vapor.

—¡Cállate, maldita idealista! —silbó la segunda.

Intenté preguntarles por el barniz, pero silbaban y pitaban tanto, que ni oía mi propia voz. Escribí todo en el libro de reclamaciones y proseguí el viaje.

34 - VIII

¿Es que no va a terminar nunca agosto? Antes de comer, limpieza del cohete. Me aburre horrorosamente. Me di prisa para volver adentro, con el cerebro. En vez de reírme, bostecé tanto que temí por mis mandíbulas. Un planeta pequeño a estribor. Al pasar por delante, vi unos puntos blancos. Cogí los anteojos y leí, escrito en una tabla: «No asomarse». Algo le pasaba al cerebro: se traga las pointes.

Tuve que detenerme en Strogilón, porque se me terminaba el combustible. Al frenar me salté —debido a la inercia—, todo setiembre. En el aeródromo mucho tráfico. Dejé el cohete en el espacio para no pagar la aduana y me llevé solamente las latas para el combustible. Antes había calculado con la ayuda del cerebro las coordenadas del desplazamiento elipsoidal. Al cabo de una hora volví con los recipientes llenos, pero del cohete, ni rastro. Naturalmente, me puse a buscarlo. Pensé que no saldría con vida: tuve que andar cosa de cuatro kilómetros a pie. El cerebro se había equivocado (¿cómo no?). Ya diré cuatro verdades al encargado del taller cuando vuelva.

2 - X

Voy a una velocidad tan grande, que las estrellas se convirtieron en unas rayitas de fuego, como si alguien moviera miles de cigarrillos en una habitación oscura. El cerebro tartamudea. Lo peor es que no lo puedo desconectar, porque el interruptor se rompió. Habla y habla sin parar.

3 - X

Creo que el cerebro se está agotando; habla como los que aprenden a leer, por sílabas. Poco a poco, me estoy acostumbrando. Paso el máximo de tiempo sentado fuera, sólo meto las piernas en el cohete porque hace mucho frío.

7 - X

Llegué a la estación de entrada de Enteropia a las once y media. El cohete se me ha calentado mucho al frenar. Lo atraqué en la cubierta superior de la luna artificial (puerto de arribo) y entré dentro para cumplir con las formalidades. Enorme tráfico en el corredor espiral; los viajeros de las regiones más lejanas de la Galaxia iban, ondulaban y saltaban de una ventanilla a otra. Me puse en una cola, detrás de un algolano azul claro que me advirtió, con un gesto amable que no me acercara demasiado a su órgano eléctrico posterior. Detrás de mí se colocó inmediatamente un joven saturniano con un revestimiento beige; con tres tentáculos llevaba las maletas y se secaba el sudor con el cuarto. En efecto, hacía muchísimo calor. Cuando me tocó el turno, el empleado, un árdrita transparente como cristal de roca me miró con atención, enverdeció (los árdritas expresan sus sentimientos cambiando de color; el verde es equivalente de una sonrisa), y preguntó:

—¿Un vertebrado?

—Sí, señor

—¿Birrespiratorio?

—No. Aire sólo...

—Perfectamente, gracias. ¿Alimentación mixta?

—Sí.

—¿De qué planeta, si se puede saber?

—De la Tierra.

—Ah, pase entonces a la ventanilla siguiente.

Pasé a la otra ventanilla y vi que tente ante mí al mismo funcionario o, mejor dicho, su continuación. Estaba hojeando un libro voluminoso.

—Sí, aquí está —dijo—. Tierra, muy bien, muy bien. ¿Viaje de negocios o turismo?

—Soy turista.

—Muy bien. En ese caso...

Llenó con un tentáculo un formulario, alargándome con el otro un papel para que lo firmara, y dijo:

—El tor empieza dentro de una semana. Vaya usted, pues, a la habitación 116, donde se fabrican reservas. Allí se ocuparan de usted. Pase luego por la oficina 67, o sea, la cabina farmacéutica. Le darán comprimidos de Eufruglium, que deberá tomar. cada tres horas para neutralizar la radiactividad de nuestro planeta, pernicioso para su organismo... ¿Desea usted brillar durante su estancia en Enteropia?

—No, gracias.

—Como quiera. Aquí tiene sus documentos. Es usted un mamífero, ¿verdad?

—Así es.

—¡Feliz mamada, pues!

Después de despedirme del amable empleado, fui como él me había indicado, al taller de reservas. El local, de forma de huevo, me pareció en el primer momento vacío. Había allí sólo unos aparatos eléctricos y colgada del techo, una centelleante lámpara de cristal de luces deslumbrantes. Resultó, sin embargo, que era un ardríta, el técnico encargado del taller, que, al verme bajó en seguida del techo. Me hizo sentar en una butaca me tocó las medidas en medio de una charla amena, y dijo:

—Gracias, transmitiremos a todas las incubadoras del planeta. Si le pasa algo durante el tor, no se preocupe en absoluto, suministraremos la reserva al instante.

No entendí muy bien a qué se refería, pero durante mis largos viajes aprendí a ser discreto, ya que no hay nada más molesto para los habitantes de cualquier planeta que tener que explicar a un extranjero los usos y costumbres del lugar. Volví a hacer cola en la sección farmacéutica; por suerte, avanzamos rápidamente, así que poco tiempo después recibí mi porción de comprimidos de manos de una ardríta monísima, cubierta con una pantalla de loza. Después de un breve trámite de aduana (prefería no fiarme más de mi cerebro electrónico), volví al cohete con el visado en regla.

De la luna misma arranca una cosmopista, bien cuidada, con grandes carteles publicitarios a ambos lados. Miles de kilómetros de distancia separan las letras, pero, con la velocidad normal de la marcha, las palabras se componen tan bien como si fueran impresas en un periódico. Me entretuve un rato en su lectura, muy interesante de veras: «¡Cazadores! ¡Usen MLIN, la mejor pasta para cazar!» O aquel otro: «Si no quieres complicaciones, olvida a los echones!»

Aterricé en el aeropuerto de Alliesto a las siete de la tarde. El sol azul acababa de ponerse. Los rayos del rojo, que estaba todavía alto en el cielo, inundaban todas las cosas de un resplandor de incendio, dándoles un aspecto inolvidable. Junto a mi cohete estaba aparcado un majestuoso crucero galáctico. Bajo su cola tenían lugar conmovedoras escenas familiares. Reunidos después de una larga separación, los ardrítas se abrazaban efusivamente con gritos de alegría; y todos, padres, madres e hijos, unidos en un tierno abrazo, formando bolas brillantes, encendidas por los rayos del ocaso, se apresuraban hacia la salida. Yo también me encaminé en la misma dirección tras las familias que rodaban armoniosamente. Junto a la puerta del aeródromo había una parada de glambús; subí al primero que vino. El vehículo, adornado con unas letras doradas que decían «PASTA RAUS CAZA SOLA», recordaba un enorme queso gruyere cuyos agujeros servían para el acomodo de los viajeros; en los grandes se sentaban los adultos y en los pequeños los niños. En cuanto hube entrado, el glambús arrancó. Rodeado por todas partes de material cristalino, veía en torno a mí, arriba, debajo y a los lados, las simpáticas siluetas de mis compañeros de viaje, transparentes y multicolores.

Saqué del bolsillo mi guía de Baedeker porque necesitaba con urgencia ponerme al corriente de sus indicaciones, pero, cuál no fue mi sorpresa al ver que el tomo que me había traído se refería al planeta Enteropia, distante a tres millones de años luz del lugar en el cual me encontraba. El Baedeker que me hacía falta se quedó en casa. ¡Maldita distracción!

La única solución que me quedaba era dirigirme a la sucursal enteropiana de la conocida agencia astronáutica GALAX. Pregunté al conductor por las señas; él, muy amable, detuvo al poco rato el glambús, me indicó con un ademán del tentáculo un edificio grande y, para despedirse, cambió cordialmente de color.

Me quedé unos momentos en la calle, deleitándome con el extraordinario aspecto que ofrecía el centro de la ciudad en medio de las sombras del anochecer. El sol rojo acababa de desaparecer bajo el horizonte. Los ardritas no usan alumbrado artificial, ya que ellos mismos despiden luz. La Avenida Mrudra, en la cual me hallaba, centelleaba con los destellos de los transeúntes; al pasar a mi lado, una joven ardrita se iluminó con coquetería dentro de su pantalla de rayitas doradas, pero se apagó modestamente en cuanto se dio cuenta de que yo era extranjero.

Las casas a mi alrededor relumbraban de chorros de luz cuando sus moradores volvían al hogar; en los templos refulgían muchedumbres de fieles fervorosos; los niños bajaban y subían corriendo las escaleras, parecidos a unos pequeños arcos iris caídos del cielo. Todo esto estaba tan lleno de encanto y de colorido, que me hubiera gustado quedarme allí y seguir admirando el espectáculo, pero tuve que marcharme, temiendo que cerraran el Galax.

En el vestíbulo de la agencia de viajes me informaron que debía subir al vigésimo piso, a la sección de las provincias. Desgraciadamente, es un hecho triste e irreversible: la Tierra se encuentra en unas regiones del Cosmos perdidas y lejanas, ignoradas por casi todo el mundo.

La señorita que me atendió en la sección del turismo, me dijo, nublada de confusión, que, a pesar suyo, el Galax no disponía de guías ni folletos con programas de visita para los terrestres ya que éstos no aparecían en Enteropia más que una vez cada cien años. Me propuso, pues, un guía para jupiterianos, el más indicado a causa del origen solar común de Júpiter y la Tierra. Lo cogí a falta de algo mejor y pedí que me reservara una habitación en el hotel Cosmonia. Me apunté igualmente a una caza organizada por Galax, me despedí y salí a la calle. Mi situación era un tanto incómoda, puesto que yo no brillaba. Al encontrar, pues, a un ardrita que regulaba el tráfico, me detuve y hojeé la guía a la luz de su resplandor. Naturalmente, como podía suponerse, contenía indicaciones sobre cuestiones como dónde podían comprarse productos de metano, qué debía hacerse con los tentáculos durante las recepciones oficiales, etc. La tiré en una papelería pública, paré un eboreto que pasaba por allí y me hice llevar al barrio de edimascacielos. Los esplendorosos edificios, contruidos en forma de copa, centelleaban a lo lejos de luces multicolores de los ardritas, recogidos en sus viviendas; en los despachos ondulaban resplandecientes sargas de empleados.

Despedí el eboreto y me paseé a pie por aquellas calles; mientras admiraba el lujoso edimascacielos del Departamento de Sopas, salieron de él dos funcionarios de grado superior, identificables por su intenso brillo y por las crestas rojas que rodeaban sus pantallas. Se detuvieron, conversando, cerca de mí, por lo que pude oír sus palabras:

—¿Así que ya no es obligatorio el embadurnado de los rebordes? —dijo uno de ellos, alto, cubierto de condecoraciones.

El otro resplandeció, y contestó:

—No. El jefe dice que no cumpliríamos con el programa. Todo es por culpa de ese Grudufs. No hay remedio, dice el jefe, que mudarlo.

—¿A Grudufs?

—Claro.

El primero se apagó, sólo le chispeaban sobre el pecho los renglones de medallas; bajando la voz, dijo:

—Tendrá un apagón terrible, pobrecito.

—Ya puede tenerlo, no conseguirá nada Si no, ¿donde de estarla el orden? ¡No se transmuta a los tipos desde años para que haya más sepulcas!

Intrigado, me acerqué más a los arditas, pero se alejaron en silencio. Cosa extraña: sólo después di aquel incidente empezó a llegar con frecuencia a mi; oídos la palabra «sepulcas». Mientras caminaba por la; aceras, deseoso de sumergirme en la vida nocturna de la capital, la oía de boca de las personas que rodaba: junto a mí, pronunciada en voz baja y misteriosa, o bien proferida a gritos. La podía leer en los quioscos publicitarios que anunciaban ventas y subastas de sepulcarios antiguos y en los anuncios luminosos de neón que incitaban a la compra de sepulcarios modernos. En vano me devanaba los sesos para entender de qué se trataba; finalmente, cuando cerca de medianoche me estaba desalterando con un vaso de leche de curdlo en un bar en el octogésimo piso de unos grandes almacenes, mientras una cantante arditra amenizaba la velada con la canción en boga Sepulca mía, mi curiosidad se exacerbó tanto, que pregunté al camarero dónde podía adquirir una sepulca.

—Enfrente —contestó maquinalmente, cobrando mi consumición. Luego me miró con atención y se oscureció un poco—. ¿Está usted solo? —preguntó.

—Sí. ¿Por qué me lo pregunta?

—No, no, por nada. Lo siento, no tengo cambio.

Renuncié a la vuelta y bajé en el ascensor. En efecto, vi al otro lado de la calle un gran anuncio de sepulcas; empujé la puerta de cristales y me encontré dentro de una tienda, vacía por lo tardío de la hora. Me acerqué al mostrador y, fingiendo mucha seguridad en mí mismo, pedí una sepulca.

—¿Para qué clase de sepulcario? —inquirió el dependiente, bajando de su colgador.

—Bueno... para uno corriente —contesté.

—¿Un sepulcario corriente? —se extrañó—. Nosotros vendemos sólo sepulcas con resibo...

—De acuerdo. Me llevaré una.

—¿Y dónde tiene su costral?

—Ee... mhm... no lo he traído...

—¿Pues cómo piensa llevársela sin su esposa? —dijo el dependiente, mirándole severamente. Su cara iba perdiendo el brillo.

—No tengo esposa —se me escapó, a pesar mío.

—¿Usted... no tiene... esposa? —musitó el dependiente, ennegrecido, mirándome con espanto—. ¿Y quiere una sepulca...? ¿Sin estar casado...?

Por poco le da un ataque. Salí de allí como si me hubieran pegado, di la señal a un eboreto libre y, furioso, mandé que me llevara a un local nocturno. Me dejaron ante la puerta de uno que llevaba el nombre de Myrgindragg. Cuando entré, la orquesta acababa de terminar una pieza. Había allí, colgando, trescientas personas por lo menos. Me iba abriendo paso entre la gente buscando un sitio libre, cuando oí que me llamaban por mi nombre; tuve una verdadera alegría al ver una cara conocida: era un viajante de comercio que había encontrado una vez en Autropia, suspendido en compañía de su mujer e hija. Me presenté a las señoras y entablé una conversación amena con aquella familia un tanto achispada, que se levantaba de vez en cuando para rodar sobre el parquet al ritmo de la música de baile. Cediendo a las instancias de la esposa del amigo, me atreví finalmente a bailar yo también; fuertemente abrazados, rodamos los cuatro al compás de un fogoso mambrino.

A decir verdad, me hice bastante daño, pero, poniendo buena cara al mal tiempo, fingí que estaba encantado. Mientras volvíamos a la mesita, detuve un momento a aquel señor y le pregunté al oído por las sepulcas.

—¿Cómo dice? —preguntó; no me había oído en medio del barullo. Repetí mi pregunta, añadiendo que quería comprarme una sepulca. Se ve que lo dije en voz demasiado fuerte: los que colgaban más cerca me miraron, oscureciendo las caras. Mi amigo ardríta juntó los tentáculos, asustado.

—¡Por el amor de Druma, señor Tichy! ¡Usted está solo!

—¿Y qué tiene que ver? —le espeté, bastante irritado—. ¿No puedo tener una sepulca yo solo?

Mis palabras sonaron en medio de un silencio repentino. La mujer de mi amigo cayó desmayada al suelo, él se precipitó hacia ellas; los ardrítas que nos rodeaban ondularon todos a la vez, su colorido no presagiaba nada bueno; en aquel instante aparecieron tres camareros, me cogieron por el cuello y me echaron a la calle.

Estaba temblando de rabia, pero no pude hacer más que meterme en un eboreto y volver al hotel. Pasé la noche entera en blanco, porque algo se me clavaba en el cuerpo y me picaba en la piel. Al levantarse el día, me di cuenta de que las camareras, a las que el Galax no había avisado de quién era yo, me habían hecho la cama con sábanas de amianto, sabiendo por experiencia que los ardrítas solían quemar los colchones hasta los somieres. Analizados a la luz del día, los desagradables acontecimientos de la noche anterior dejaron de preocuparme. Saludé con alegría al representante del Galax que pasó a las diez a buscarme, en un eboreto rebosante de armadijos, cubos de pasta para cazar y un arsenal completo de armas de caza.

—¿Usted no ha cazado nunca a los curdlos? —quiso cerciorarse mi guía, mientras nuestro vehículo corría velozmente por las calles de Allíesto.

—No, nunca. ¿Puede usted instruirme un poco...? —dije, sonriéndole.

Mi impasibilidad estaba justificada por largos años de experiencia de expediciones contra los animales más grandes de la Galaxia.

—Estoy a su disposición —contestó cortésmente mi guía.

Era un ardríta esbelto, de tez vidriosa, sin pantalla, envuelto en un tejido azul marino; era la primera vez que veía esa clase de traje en el planeta. Cuando se lo dije, me explicó que era una manera de vestir obligatoria en la caza de espera; lo que yo había tomado por una tela, era una sustancia especial con la cual se embadurna el cuerpo. En una palabra, un traje pintado a pistola, cómodo, práctico y, lo más importante, que no dejaba pasar ni un destello de la luz natural de los ardrítas que evidentemente, podría ahuyentar al curdlo.

Mi acompañante sacó de la cartera una hoja impresa y pidió que la estudiara; la conservo todavía entre mis papeles: he aquí el texto:

CAZA DE CURDLOS

Instrucciones para los extranjeros

Entre toda la caza mayor, el curdlo exige los valores más elevados del cazador, tanto personales como de su equipo. Puesto que este animal se ha adaptado, durante su evolución, a soportar los impactos de los meteoritos revistiéndose, a este fin, de una coraza imposible de perforar, los curdlos se cazan desde dentro.

Para la caza del curdlo son imprescindibles:

En la fase inicial: pasta de base, salsa de champiñones, perejil, sal y pimienta.

En la fase de caza propiamente dicha: una escobilla de paja de arroz, una bomba de relojería.

I. Preparativos en el puesto de espera.

La caza de curdlos es del tipo de espera. El cazador, habiéndose untado previamente con la pasta de base, se acurruca en un surco del estorgo, y una vez preparado así, los compañeros lo espolvorean con perejil picado y le echan sal y pimienta.

II. Cumplidos los preparativos, se espera a un curdlo. Cuando la fiera se acerque se debe, conservando la sangre fría, coger con ambas manos la bomba de relojería que se tenía entre las rodillas. Si el curdlo está hambriento, suele tragar en seguida. Si el curdlo

no quiere tomar, se le puede incitar palmeteándole ligeramente la lengua. Si se prevé un fracaso, hay quien aconseja ponerse más sal encima; sin embargo, es un paso arriesgado, ya que el curdlo puede estornudar. No existen muchos cazadores que hayan sobrevivido al estornudo de un curdlo.

III. El curdlo, una vez ha tragado, se relame y se aleja. El cazador tragado, procede inmediatamente a la fase activa, o sea, se quita el perejil y las especias con la ayuda de la escobilla, para que la pasta desarrolle libremente su acción purgativa; a continuación regula la bomba de reloj y se marcha con la mayor rapidez posible en la dirección opuesta a la de su entrada.

IV. Al abandonar al curdlo, cuidar de caer sobre las manos y pies para no hacerse daño.

Nota. El empleo de especias picantes está prohibido. Se prohíbe igualmente presentar a los cúralos bombas de relojería reguladas y espolvoreadas con perejil. Quien proceda de dicha manera, será perseguido y penado por caza furtiva.

En el límite del coto de caza nos estaba esperando ya el guardián jefe Vauvro, rodeado de su familia, que despedía fulgores de luz bajo el sol. Hospitalario y cordial, nos invitó a tomar algo en su casa, donde pasamos unas horas encantadoras, escuchando historias de cazadores, suyas y de sus hijos, así como relatos de la vida de los curdlos. De pronto entró corriendo un mensajero, avisándonos, sin aliento, que los ojeadores dirigían a unos curdlos hacia el coto.

—Se debe hacer correr bien a los curdlos —me explicó Vauvro— para que se les abra el apetito.

Untado con pasta, cargado con la bomba y las especias, me dirigí, en compañía de Vauvro y el guía, estorgo adentro. El camino se perdió pronto en las espesuras del bosque. Avanzábamos con dificultad entre la maleza, tropezando de vez en cuando con huellas de cürdlos, parecidas a unos hoyos de cinco metros de diámetro. La marcha era larga. De repente, la tierra tembló. El guía se detuvo, dándonos con el tentáculo la señal de silencio. Oímos un ruido de trueno, como si se hubiera desencadenado una tormenta en el horizonte.

—¿Lo oye? —musitó el guía.

—Sí. ¿Qué es esto? ¿Un curdlo?

—Un curdlo. Un solitario.

Continuamos andando, pero con más lentitud y prudencia. El estruendo se extinguió, en el estorgo reinaba el silencio. Finalmente divisamos a través de la espesura un claro extenso. Mis compañeros escogieron en su borde un puesto adecuado, me aderezaron y, después de averiguar si mi escobilla y mi bomba estaban en condiciones, se alejaron de puntillas, recomendándome paciencia. Durante un tiempo, sólo los trinos de los echones interrumpían el silencio; ya se me estaban durmiendo las piernas, cuando de pronto tembló el suelo. Vi a lo lejos cómo las cimas de los árboles se inclinaban y caían, marcando el paso de la fiera. Debía de ser una pieza imponente. En efecto, a poco tiempo un curdlo se asomó en el calvero, atravesó de una zancada los últimos troncos de árbol y echó a andar en mi dirección balanceándose majestuosamente y olfateando con grandes resoplidos. Agarré con ambas manos la orejuda bomba y esperé con sangre fría. El curdlo se detuvo a la distancia de unos cincuenta metros de mí y se relamió. En su interior transparente se veían muy bien restos de varios cazadores que habían fallado el golpe.

El curdlo estaba reflexionando. Temí que iba a pasar de largo, pero se acercó y me cató. Oí el húmedo «plaf» de su lengua y perdí el contacto con el suelo.

«¡Tragó! ¡Viva!», pensé. En el interior del animal no se estaba tan a oscuras como me pareció en el primer momento. Me limpié, levanté la bomba y empecé a regular su mecanismo de relojería, cuando oí un carraspeo. Alcé la cabeza y, sorprendido, divisé a

un ardríta desconocido que manipulaba una bomba, igual que yo. Nos miramos en silencio.

—¿Qué hace usted aquí? —pregunté.

—Cazando curdlos —contestó.

—Yo también —dije—, pero no quiero molestarle. Usted entró aquí primero.

—De ninguna manera —repuso—, usted es extranjero.

—Esto no tiene importancia —contesté—, guardaré mi bomba para la próxima vez.

—¡Por nada del mundo! —exclamó—. Usted es nuestro huésped.

—Ante todo soy un cazador.

—Y yo, ante todo, soy un anfitrión y no permitiré que usted renuncie por mi culpa a este curdlo. Le ruego que se dé prisa, porque la pasta empieza a surtir efecto.

Era verdad: el curdlo daba señales de inquietud; hasta donde estábamos llegaba el ruido de sus poderosos resoplidos, fuertes como los de varias docenas de locomotoras a la vez. Viendo que no podía convencer al cortés ardríta, ajusté el mecanismo de la bomba y esperé que mi compañero saliera el primero; él, sin embargo, insistió en cederme el paso. No tardamos mucho en abandonar al curdlo. Al caer desde la altura de dos pisos, me disloqué ligeramente un tobillo. La fiera, libre de nuestro peso, galopó a esconderse en la espesura del bosque, de donde nos llegó el ruido de árboles que se rompían a trozos. De pronto sonó un trueno ensordecedor; después, todo fue silencio.

—¡Cayó! ¡Mi más cordial enhorabuena! —exclamó el cazador, apretándome fuertemente la mano. Poco después se nos acercaron mi guía y el jefe del coto. La noche se nos estaba echando encima, teníamos que darnos prisa para volver a la ciudad. El jefe me prometió disecar al curdlo con sus propias manos y enviármelo a la Tierra en la próxima nave de carga.

5 - XI

Durante cuatro días no escribí ni una sola palabra, tan ocupado estuve. Cada mañana, señores de la Comisión de Colaboración Cultural con el Cosmos, museos, exposiciones, radioactos, y, por la tarde visitas, recepciones oficiales y discursos. Estoy muy cansado. El delegado de la CCCC que se ocupó de mí me dijo ayer que se estaba acercando un tor, pero olvidé preguntarle qué significaba aquello. Debo tener una entrevista con el profesor Zazul, un eximio científico ardríta; sólo falta fijar la fecha.

6 - XI

Esta mañana me despertó en el hotel un estruendo terrible. Salté de la cama y vi columnas de humo negro y fuego en varios puntos del panorama urbano. Llamé por teléfono a la recepción del hotel, preguntando qué pasaba.

—Nada especial —contestó la telefonista—, no se inquiete, no es más que el tor.

—¿El tor?

—Pues sí, el torrente de meteoritos que nos cae encima cada diez meses.

—¡Qué horror! —exclamé—. ¿No debería bajar al refugio?

—Oh, no hay refugio que resista el impacto de un meteorito. Pero usted posee una reserva, como todos los ciudadanos; puede estar tranquilo.

—¿De qué reserva me habla? —pregunté, pero la telefonista ya había colgado. Me vestí aprisa y salí. En las calles el ajetreo era normal, como cualquier otro día; los transeúntes iban a sus asuntos, los dignatarios, en cuyos pechos fulguraban condecoraciones multicolores, se dirigían en coche a sus despachos, en los jardines jugaban los niños, cantando y despidiendo luz. Al cabo de un tiempo, los estallidos se espaciaron y se alejaron. Me dije que el tor no debía de ser un fenómeno demasiado perjudicial, puesto que nadie parecía tomarlo en serio, y me fui, tal como tenía planeado, al jardín zoológico.

Me sirvió de guía el director mismo, un ardríta enjuto y nervioso, de precioso brillo. El zoo de Allíesto está muy bien ordenado y pulcro; el director me dijo con orgullo que

poseía animales de las regiones más remotas de la Galaxia, incluso de la Tierra. Conmovido, quise ver a estos últimos, pero el director contestó:

—Lo siento, en este momento es imposible. —En respuesta a mi mirada interrogante añadió—: Están durmiendo. Sepa usted que tuvimos serios problemas con su aclimatación, temiendo no poder mantener con vida ni una sola pieza; pero, por suerte, el régimen vitaminado, elaborado por nuestros científicos dio un resultado perfecto.

—Me alegro. ¿Y qué animales son? —Moscas. ¿Le gustan los curdlos?

En la mirada del director hubo tal expectación y ansia, que me apresuré a contestar imprimiendo a mi voz un tono de entusiasmo convincente:

—¡Oh, sí! ¡Son animales extraordinariamente simpáticos!

El director resplandeció de satisfacción. —Es cierto. Iremos a verlos, pero antes me dispensará un momentito.

Volvió en seguida, envuelto en un rollo de cuerda, y me guió hacia el corral de los curdlos, rodeado de un muro de noventa metros de altura. Abriendo la puerta, me dejó pasar primero.

—Puede usted entrar sin temor —dijo—, mis curdlos están completamente domesticados.

Me encontré en un estorgo artificial donde pastaban seis o siete curdlos; eran unos ejemplares muy bonitos que medían cerca de tres hectáreas cada uno. A la voz del director, el mayor de todos se nos acercó y tendió la cola. El director se encaramó encima; me alentó con un gesto a que le siguiera, y trepé tras él. Cuando la pendiente se hizo demasiado abrupta, el director desplegó la cuerda y me tendió una punta para que me la atara a la cintura. Así asegurados, ascendimos durante dos horas. Alcanzada la cima del curdlo, el director se sentó en silencio, muy emocionado. Tampoco yo dije nada, respetando sus sentimientos. Por fin pronunció:

—¿No es hermosa la vista que tenemos desde aquí?

En efecto, se extendía ante nosotros todo el panorama de Alliesto, con sus torres, templos y edimascacielos; en las calles se movían los transeúntes pequeños como hormigas.

—¿Está usted encariñado con los curdlos? —pregunté en voz queda, viendo cómo el director acariciaba el lomo del animal cerca de la cumbre.

—Los amo —dijo con gran sencillez, mirándome a los ojos—. Los curdlos son la cuna de nuestra civilización —añadió. Después de un corto silencio, volvió a hablar—: Antaño, miles de años atrás, no teníamos ni ciudades, ni magníficas casas, ni técnica, ni reservas... En aquellos tiempos estos seres mansos y poderosos nos cobijaban, nos protegían en los momentos difíciles de los tors. Si no fuese por ellos, ni un solo ardríta hubiera llegado a nuestra bella época presente. Y ahora se les da caza, se los destruye y extermina. ¡Qué falta de gratitud, tan monstruosa y negra!

No me atreví a interrumpirle. El, venciendo la emoción que le oprimía la garganta, dijo:

—¡Cómo los odio, a aquellos cazadores que pagan el bien con el crimen! Usted debió fijarse en los anuncios de los artículos de caza, ¿no es cierto?

—Sí, los he visto.

Profundamente avergonzado por las palabras del director, temblé a la idea de que él pudiera enterarse del acto que había cometido: cazar a un curdlo con mis propias manos. Para desviar la conversación del punto tan peligroso, pregunté:

—¿Es verdad que tanto les deben? No lo sabía...

—Es increíble que no lo supiera. ¡Pero si los curdlos nos abrigaron en su seno durante veinte mil años! Viviendo dentro de ellos, protegidos por sus poderosas corazas de los diluvios de meteoritos mortíferos, nuestros antepasados se convirtieron en lo que somos hoy día, unos seres sabios y bellos, resplandecientes en las tinieblas. ¿Usted lo ignoraba?

—Soy extranjero... —musité, jurándome a mí mismo no volver jamás a levantar la mano a un curdlo.

—Sí, sí, claro... —cortó el director, levantándose—. Lo siento, pero es preciso que volvamos: me esperan mis obligaciones...

Del zoo me trasladé en un choro a Galax para buscar las entradas que había encargado para la función de teatro de la tarde.

En el centro de la ciudad volvieron a sonar unos estallidos ensordecedores, cada vez más cercanos y frecuentes. Por encima de los tejados se levantaban nubes de humo y llamas. Al ver que ningún transeúnte hacía el menor caso de ellos, me abstuve de preguntar hasta que el choro se paró ante el Galax. El recepcionista de turno me preguntó por mis impresiones del zoo.

—Me ha gustado mucho —dije—, pero... ¡Por el amor de Dios!

El Galax entero se tambaleó. Dos grandes edificios de despachos enfrente, perfectamente visibles por la ventana, se desintegraron bajo el impacto de un meteorito. Me pareció que me estallaba la cabeza. Perdí el equilibrio y me apoyé en la pared.

—No es nada —dijo el empleado—. Si pasa con nosotros algún tiempo, se irá acostumbrando. Aquí tiene sus entra...

No pudo terminar la frase. Hubo un fulgor, un trueno, se levantó una densa polvareda. Cuando todo se hubo calmado, vi un enorme agujero en el suelo, exactamente en el sitio que antes había ocupado mi interlocutor. Helado de miedo, me mantuve inmóvil como una piedra. Antes de que hubiera pasado un minuto, unos arditas en monos de trabajo taparon el agujero y trajeron un carrito con un paquete de gran tamaño encima. Cuando lo abrieron, ante mi vista apareció el empleado con mi entrada en la mano. Se quitó los restos del envoltorio y dijo, suspendiéndose de su colgador:

—Aquí tiene su entrada. Le dije que todo esto carecía de importancia. En caso de necesidad, todos disponemos de un doble. ¿Usted se admira de que lo tomemos con tanta calma? Tuvimos tiempo de acostumbrarnos: conocemos el fenómeno desde hace treinta mil años. Si quiere comer, el restaurante del Galax funciona. Abajo, a la izquierda de la entrada.

—Gracias, no tengo apetito —contesté y, doblándose un poco las piernas, salí en medio de explosiones y truenos. Pronto me embargó la ira.

«¡No permitiré que vean aquí a un terrestre asustado!», pensé. Averigüé la hora y me hice llevar al teatro. Tuve que cambiar el choro por el camino, porque un meteorito pequeño pulverizó el mío.

En el lugar donde hasta ayer estaba el edificio del teatro, había solamente un montón de escombros humeantes.

—¿Devuelven ustedes el importe de las entradas? —pregunté al cajero que estaba esperando en la calle.

—No hay motivo. La función empezará normalmente.

—¿Normalmente? Si el meteorito...

—Faltan todavía veinte minutos —el cajero me indicó la hora de su reloj.

—Pero...

—¡Haga usted el favor de apartarse de la taquilla! ¡Queremos comprar entradas! —gritó alguien de la cola que se había formado detrás de mí. Me encogí de hombros y dejé el sitio libre.

Mientras tanto, dos grandes máquinas cargaban los escombros y los evacuaban. En pocos minutos, el solar quedó limpio.

—¿Harán el espectáculo al aire libre? —pregunté a una persona que esperaba, abanicándose con el programa.

—Nada de eso. Supongo que todo será igual que siempre —contestó.

Me callé, enfadado, creyendo que me tomaba el pelo. En aquel momento llegó un gran camión cisterna. La abrieron y vertieron una masa espesa, brillante, de color rubí, que formó una especie de montículo; en seguida metieron dentro de aquella masa candente unos tubos que introducían aire a presión. La masa se convirtió en una burbuja

gigantesca que crecía con una rapidez vertiginosa. Un minuto después tenía ante mí una copia exacta del edificio teatral, sólo que todavía blanda y oscilante bajo los soplos del viento. Al cabo de cinco minutos más, el teatro se solidificó; cuando ya estaba duro, otro meteorito destruyó una parte del tejado. Le soplaron rápidamente uno nuevo, abrieron las puertas y las multitudes de espectadores penetraron en la sala. Al ocupar mi asiento, me di cuenta de que estaba todavía tibio: era lo único que recordaba la catástrofe, tan reciente. Pregunté a mi vecino por la papilla que había servido para reconstruir el teatro: me dijo que era la famosa edimasa ardríta.

La función empezó con un minuto de retraso. Al sonar el gong, la sala se oscureció, adquiriendo el aspecto de una parrilla llena de brasas de carbón; los actores, en cambio, resplandecían magníficamente. Representaban una obra simbólico-histórica de la cual, a decir verdad, no entendí gran cosa, tanto más que muchos asuntos fueron expresados por pantomimas colorísticas. El primer acto tuvo por escenario un templo: un grupo de ardrítas jóvenes estaba adornando con coronas de flores una estatua de Druma mientras cantaban canciones sobre sus enamorados.

Apareció de repente un prelado ambarino y las expulsó a todas, excepto a la más bella, transparente como agua cristalina. El prelado la encerró dentro de la estatua. La prisionera llamó cantando a su amado, éste entró corriendo y apagó al anciano. En aquel momento un meteorito destrozó el techo, una parte de los decorados y a la amante, pero de la concha del apuntador sacaron al instante la reserva, con tanta habilidad, que alguien que hubiera tosido o entornado los ojos no hubiera podido darse cuenta de nada. A continuación, los amantes decidieron fundar una familia. El acto terminó con la escena de echar al prelado al precipicio.

Cuando el telón se levantó después del descanso, vi en el escenario una elegante esfera, formada por un matrimonio e hijos, que se mecía, al tono de una música, a la izquierda y a la derecha. Apareció un criado y manifestó que un benefactor desconocido había enviado al matrimonio un manojo de sepulcas. En efecto, trajeron un gran cajón y procedieron a abrirlo; seguí la escena sin aliento. Justo cuando levantaban la tapa, recibí un terrible golpe en la coronilla y perdí el conocimiento. Lo recuperé sentado en el mismo sitio. De las sepulcas ya no se hablaba, el apagado prelado corría por doquier profiriendo las más horrorosas maldiciones en medio de padres e hijos que brillaban trágicamente. Me tanteé la cabeza; no había ningún chichón.

—¿Qué me pasó —pregunté en voz baja a mi vecina. —¿Qué dice? Ah, sí, le mató un meteorito, pero no se perdió usted nada, porque aquel dúo era malísimo. Desde luego, fue un escándalo: tuvieron que mandar por su reserva muy lejos, hasta el Galax —musitó en contestación la amable ardríta.

—¿Mandaron por una reserva? ¿Qué reserva? —pregunté, notando que se me nublaba la vista.

—Bueno, por la suya, evidentemente...

—¿Y dónde estoy yo?

—¿No lo sabe? En el teatro. ¿No se encuentra bien?

—¿O sea, yo soy la reserva?

—Sí, claro.

—¿Y dónde está el que estaba sentado aquí antes?

Mi vecina no contestó, porque los que estaban cerca de nosotros empezaron a soltar unos psss, psss, muy fuertes.

—Una sola palabra, le suplico —susurré lo más bajo posible—. ¿Dónde se encuentran esos...? Ya me entiende.

—¡Silencio! ¿Qué es esto? ¡No molesten! —dijeron varias voces airadas. Mi vecino del otro lado, anaranjado de ira, llamó a los acomodadores. Sintiendo que enloquecía, salí corriendo del teatro, cogí el primer eboreto para volver al hotel y me contemplé en el espejo. Empezaba ya a recuperar el ánimo, encontrándome exactamente igual que antes,

cuando hice un descubrimiento terrible: mi camisa estaba vuelta al revés, los botones abrochados en desorden —la mejor prueba de que los que me vistieron no tenían ni idea de la ropa terrestre. Para colmo, encontré en un calcetín un trocito de embalaje que debieron dejar por descuido. Se me cortó la respiración; de pronto, sonó el teléfono.

—Es la cuarta vez que le llamo —dijo la señorita de la CCCC—; el profesor Zazul quería verle hoy.

—¿Quién? ¿El profesor? —repetí, concentrándome a duras penas—. Bien, ¿cuándo?

—Cuando quiera Ahora mismo, si le va bien.

—Sí, iré ahora mismo —decidí de repente—, y... ¡y hagan el favor de preparar mi cuenta!

—¿Piensa marcharse ya? —se sorprendió la señorita de la CCCC.

—Sí. ¡Es preciso! ¡Me siento muy extraño! —aclaré, colgando bruscamente.

Me cambié de ropa y bajé. Los últimos acontecimientos me habían afectado tanto que, a pesar de que un meteorito hizo pedazos el hotel cuando me metía en el eboreto, di las señas del profesor sin la menor emoción. El profesor Zazul vivía en un barrio residencial de las afueras, entre unas suaves colinas plateadas. Detuve el eboreto bastante lejos de su casa, deseando andar un poco después de la tensión nerviosa de las últimas horas. Mientras caminaba, advertí a un ardríta de edad avanzada, bajo, que empujaba lentamente un carrito con tapadera. Contesté a su amable saludo y, cosa de un minuto, anduvimos juntos. Detrás de un recodo del camino apareció el seto vivo que rodeaba la casa del profesor. Se levantaba de allí al cielo una densa humareda. El ardríta dio un trapiés a mi lado y una voz sonó debajo de la tapadera:

—¿Ya está?

—Todavía no —contestó el que empujaba el carrito.

Me extrañó un poco, pero no dije nada. Al acercarnos al seto, me llamó mucho la atención aquel humo que salía del sitio en el que, como podía suponerse, se debía hallar la morada del profesor. Se lo dije al hombre del carrito. Este hizo un signo afirmativo con la cabeza.

—Es que un meteorito cayó aquí, hace un cuarto de hora más o menos.

—¡¡Qué me dice!! —gritó, horrorizado—. ¡Es horrible!

—Ahora traerán la masa —contestó el viejo—; cuando se trata de las afueras, no tienen nunca prisa, sabe usted. Nosotros no somos así.

—¿Ya está? —volvió a croar aquella voz senil dentro del carrito.

—Todavía no —repuso el hombre y se dirigió a mí—: ¿Podría usted abrirme el portillo, por favor?

Lo hice maquinalmente y pregunté:

—¿Así que usted va también a la casa del profesor?

—Sí, traigo la reserva —contestó el del carrito, levantando la tapadera. Estupefacto, vi un paquete voluminoso, atado esmeradamente con un cordel. Por una rendija del papel, roto en una esquina, me estaba mirando un ojo humano.

—Usted viene a verme... eh... viene a verme... —chirrió la misma voz de antes dentro del paquete—, en seguida... en seguida estaré listo... Pase, por favor, a la glorieta...

—Bbbien... sí... ya voy... —contesté. El hombre del carrito entró en el jardín con su carga; yo di la vuelta, salté el seto y galopé hacia el aeródromo. Una hora después, estaba yo volando en el espacio cósmico cuajado de estrellas. Espero que el profesor no se haya ofendido demasiado.

VIAJE DECIMOCTAVO

La expedición que me propongo relatar fue la mayor obra de mi vida, tanto por su envergadura, como por los resultados. Sé muy bien que serán pocos los que creerán en mis palabras. Sin embargo, aunque parezca una paradoja, es precisamente la falta de fe de los lectores lo que me facilita la tarea, ya que no puedo afirmar que haya realizado a la perfección lo que me había propuesto. Para decir toda la verdad, mis logros fueron más bien mediocres. A pesar de que no fue por culpa mía, sino por la de ciertas personas envidiosas e ignorantes que hicieron todo lo posible para contrariar mis planes, no me es posible dejar de lamentarlo.

Así pues, la expedición que emprendí tenía por objeto la creación del Universo. Y no de uno nuevo, especial, que no existía aún. Ni mucho menos. Se trataba precisamente del Universo en el cual vivimos. Esta manifestación tiene toda la apariencia de un absurdo, incluso de locura: ¿Cómo puede crearse algo que ya existe y, por si fuera poco, desde tanto tiempo y de manera tan obvia como el Cosmos? ¿Se trataría —pensará el lector— de una hipótesis extravagante según la cual no existía nada hasta ahora excepto la Tierra, siendo todas las Galaxias, Soles, nubes y Vías Lácteas una especie de espejismo? Pues no, no es eso, en absoluto. Yo de veras lo creé todo, absolutamente Todo, incluso la Tierra y su sistema solar y la Metagalaxia, lo que, por cierto, hubiera podido constituir un motivo de legítimo orgullo para mí, si mi creación no tuviera tantos defectos. Me refiero en parte a la materia misma de construcción, pero, sobre todo, a la materia viva, con el hombre a la cabeza. A él están ligadas mis preocupaciones más serias. Sí, desde luego, las personas cuyos nombres citaré a continuación se inmiscuyeron en mi obra y lo estropearon, pero, en conciencia, no me siento justificado por ello, ni libre de culpa. Era cosa mía planearlo todo con mayor exactitud, cuidar, controlar y tenerlo todo en cuenta. Tanto más, que ya no se puede ni soñar en arreglos y perfeccionamientos. A contar desde el día veinte de octubre del año pasado, todos, literalmente todos los errores de la construcción del Universo, así como los vicios de la naturaleza humana, deben cargarse a mi cuenta. Soy consciente de ello, inexorablemente.

Todo empezó hace tres años cuando conocí, gracias al profesor Tarantoga, a cierto físico de origen eslavo, de Bombay, que pasaba allí una temporada en carácter de «Visiting Profesor». Aquel científico, Solon Renombrovich, llevaba treinta años dedicado a la cosmogonía, o sea, el ramo de la astronomía que investiga el origen y las circunstancias de la creación del Universo.

Habiendo alcanzado el conocimiento exhaustivo del problema, llegó a una conclusión, matemáticamente exacta, que le dio vértigo a él mismo. Como sabemos, las teorías de la cosmogénesis se dividen en dos grupos. Uno de ellos recoge las que consideran que el Universo existe eternamente, o sea, que carece de principio. El segundo abarca las teorías según las cuales el Universo empezó a existir en un momento dado, gracias a la explosión del átomo primario. Ambos puntos de vista tropezaron siempre con grandes dificultades. En cuanto al primero, la ciencia dispone de un número creciente de pruebas de que el Cosmos visible cuenta con unos cuantos miles de millones de años de existencia. Si una cosa se caracteriza por poseer una edad definida, no hay nada más sencillo que, calculando hacia atrás, llegar al momento en que esa edad partió de cero. Sin embargo, un Cosmos Eterno no puede tener un «cero», es decir un Comienzo. Bajo la presión de conocimientos nuevos, la mayoría de los científicos pasa ahora al campo de un Universo aparecido hace unos quince o dieciocho millones de años. Al principio hubo un fenómeno llamado Ylem, Preátomo o algo por el estilo, que explotó, dando origen a la materia junto con la energía, nubes de estrellas, galaxias giratorias, nebulosas claras y oscuras, suspendidas en un gas enrarecido lleno de radiaciones. Todo esto se puede calcular con gran precisión y elegancia, siempre y cuando a nadie se le ocurra hacer la pregunta: «¿Y de dónde surgió aquel famoso Preátomo?». Es una pregunta imposible de contestar. Existen, evidentemente, varios subterfugios en la materia, pero no dan satisfacción a ningún astrónomo honrado.

Antes de dedicarse a la Cosmogonía, el profesor Renombrovich pasó mucho tiempo estudiando la física teórica y, sobre todo, el fenómeno de las llamadas partículas elementales. Cuando Renombrovich escogió un campo nuevo para sus intereses científicos, pronto tuvo la visión siguiente de las cosas: el Cosmos tenía un principio; no cabía la menor duda de que había aparecido 18,5 mil millones de años atrás, originado por un solo Preátomo. Al mismo tiempo, aquel Preátomo que le dio vida no podía existir, ya que, ¿quién lo habría puesto en el sitio vacío? En el principio mismo no había nada. Si hubiera habido algo, aquel algo se empezaría a desarrollar en seguida, es obvio, y todo el Cosmos se hubiera hecho realidad mucho más pronto. Llevando el razonamiento con la precisión debida, se llega a la conclusión de que lo habría hecho ¡infinitamente más pronto! ¿Por qué, a ver, aquel Preátomo primario tendría que permanecer, y permanecer dale que dale, aletargado e inmóvil durante unos eones inimaginables sin el menor sobresalto, y que, por el amor de Dios, le habría sacudido y zarandeado en un momento tan poderosamente que se distendió y expansionó en una cosa tan enorme como el Universo entero?

Habiendo adquirido el conocimiento de la teoría de S. Renombrovich, no cesé de preguntarle por las circunstancias de su descubrimiento. Me apasionaban los problemas de esta índole y, verdaderamente, es difícil imaginarse una revelación más grande que la hipótesis cosmogónica de Renombrovich. El profesor, hombre silencioso y extraordinariamente modesto, me manifestó que, sencillamente, había encauzado su razonamiento por unos derroteros inmorales, según el punto de vista de la astronomía ortodoxa. Todos los astrónomos saben perfectamente que aquella simiente atómica de la cual tenía que crecer el Cosmos era un hueso demasiado duro de roer. ¿Qué hacen, pues, con ella? La dejan de lado, simplemente. Se olvidan del incómodo problema. Renombrovich, por el contrario, se atrevió a dedicar a él justamente todos sus esfuerzos. A medida que reunía más datos, revolvía bibliotecas y construía modelos rodeado de las más modernas computadoras, veía con una claridad creciente que allí se encontraba enterrado un gato prodigioso. Al empezar sus investigaciones, esperaba poder disminuir e incluso eliminar la contradicción.

Pero fue al revés: la contradicción iba en aumento. Todos los hechos demostraban inequívocamente que el Cosmos fue originado realmente por un solo átomo y, al mismo tiempo, que aquel átomo no pudo existir. Aquí, naturalmente, venía muy bien la hipótesis de la intervención de Dios, pero Renombrovich la apartó como un caso extremo. Recuerdo su sonrisa mientras me decía: «No hay que achacarlo todo a Dios. Y el que menos debe hacerlo, es un astrofísico...» Cavilando largos meses sobre este dilema, Renombrovich volvió a pensar en sus estudios anteriores. Pregunten ustedes, si no me creen, a cualquier físico amigo suyo, y les dirá que ciertos fenómenos a escala muy reducida suceden de manera que podríamos llamar «a crédito». Los mesones, esas partículas elementales, infringen a veces las leyes de su comportamiento, pero lo hacen con tanta rapidez que la infracción casi no existe. Raudos como relámpagos hacen una cosa prohibida por las leyes de la física, y en seguida, como si no hubiera pasado nada, vuelven a regirse por ellas. Pues bien: en uno de sus paseos matinales por el jardín universitario, Renombrovich se planteó la siguiente pregunta: «¿Y si el Cosmos hizo, a escala enorme, lo que a veces pasa a la más pequeña? Si los mesones pueden comportarse así en una fracción de segundo tan ínfima que un segundo entero, comparado con ella, parece una eternidad, el Cosmos, habida cuenta de sus dimensiones, hubiera debido comportarse de aquella manera prohibida durante un espacio de tiempo adecuadamente más largo. Por ejemplo durante quince mil millones de años...»

Nació pues, a pesar de no poder nacer, ya que no tenía de qué. El Cosmos era una fluctuación prohibida. Era un capricho instantáneo, un desvío momentáneo de un comportamiento normal, sólo que aquel instante o momento tenían dimensiones

monumentales. ¡El Cosmos era el mismo vicio de la naturaleza que solían representar de vez en cuando los mesones! Embargado por el presentimiento de haber hallado la pista del misterio, el profesor se dirigió inmediatamente al laboratorio y emprendió cálculos comprobatorios que, paso a paso, le demostraron que tenía razón. Pero, antes todavía de poder terminarlos, comprendió, en un momento de clarividencia, que la solución del enigma del Cosmos constituía la más terrible amenaza que pudiera imaginarse.

Así pues, el Cosmos existía a crédito. Junto con todas las constelaciones y galaxias era una monstruosa deuda, una especie de letra de cambio, un cheque que finalmente ha de ser pagado. El Universo era un préstamo ilegal, una deuda material y energética; su presunto «Haber» era, de hecho, un desastroso «Debe». No siendo más que un Capricho Ilegal, reventaría un buen día como una pompa de jabón. Puesto que era una anomalía, tenía que volver a hundirse un día en la misma Nada de la cual había emergido. ¡Es entonces cuando sería restablecido el Orden de las Cosas!

Que el Cosmos fuera tan grande y tantos acontecimientos hayan podido tener lugar en él, resulta, ni más ni menos, de la Escala del Capricho, la mayor de las que pudieran existir. Renombrovich empezó a calcular, sin perder tiempo, cuándo llegaría aquel término fatal, es decir, cuándo la materia, el sol, las estrellas los planetas nuestra Tierra y nosotros, íbamos a desaparecer en la nada como si nos hubieran soplado encima. Sin embargo se convenció de que no era posible preverlo. En efecto, ¡no se pueden calcular los fenómenos que no obedecen a las leyes naturales! El horror de este descubrimiento le privó del sueño. Después de una larga lucha interior, en vez de publicar sus investigaciones cosmogónicas, las dio a conocer a un elenco escogido de astrofísicos eminentes. Todos ellos reconocieron la razón de sus teorías y de sus conclusiones, expresando, al mismo tiempo, en unas conversaciones privadas, la opinión de que la divulgación del estado de cosas precipitaría nuestro mundo en el caos espiritual y en el espanto, cuyas consecuencias podían arruinar la civilización. Nadie trabaja, nadie hace el menor esfuerzo, si sabe que de un momento a otro va a dejar de existir, él y el mundo entero.

El asunto se quedó en punto muerto. Renombrovich, el mayor descubridor de la historia, y no solamente la de los hombres, compartía el punto de vista de sus sabios colegas; aunque le doliera, se decidió a no publicar su teoría. En vez de eso, emprendió la búsqueda de unos medios que pudieran, en cierto modo, apuntalar al Cosmos, reforzarlo y sostener su existencia crediticia. Desafortunadamente, todos sus esfuerzos fueron vanos. No se puede saldar una deuda cósmica, híciérase lo que se hiciera en el presente, ya que no está contraída dentro del Universo, sino en los mismos comienzos de éste, donde el Cosmos se convirtió en el más poderoso y, al mismo tiempo, el más indefenso Deudor de la Nada.

Fue precisamente en aquel momento, cuando fui presentado al profesor. Durante semanas tuve con él largas conversaciones que me iniciaron en el meollo de su descubrimiento, pasando luego a ser su cómplice en la búsqueda de una salvación.

«¡Ah —pensaba, volviendo a mi hotel con el cerebro en llamas y desespero en el corazón—, si pudiera encontrarme Allí, aunque fuera por una fracción de segundo, veinte mil millones de años atrás, bastaría con colocar en el vacío un solo, un único átomo, del cual, como de una simiente sembrada hubiera podido crecer el Cosmos, esta vez de una manera totalmente legal, conforme a las leyes de la física, conservando su materia y su energía! ¿Pero, cómo conseguirlo?»

El profesor, cuando le hablé de mi idea, sonrió con melancolía y me explicó que el Cosmos no hubiera podido crecer de un átomo corriente, puesto que aquel germen tendría que contener toda la energía de sus transformaciones y actividades por cuyo influjo se había convertido en abismos metagalácticos. Comprendí mi error, pero no por eso abandoné mis devaneos, empeñándome en encontrar una solución, hasta que una tarde, mientras me estaba poniendo una crema en las piernas hinchadas por las

picaduras de mosquitos, los recuerdos me llevaron hacia el pasado, cuando, volando a través de la constelación esférica del Can Mayor, leía, para matar el tiempo, un tratado de física teórica, en particular el tomo dedicado a las partículas elementales. Me volvió a la memoria la hipótesis de Feynman sobre la existencia de partículas que fluían «contra la corriente» del tiempo. Si un electrón se mueve así, lo llamamos positrón, o sea, partícula con carga positiva. Me dije, sentado con los pies en la palangana: «¿Y si se tomara un electrón y se le imprimiera un ímpetu tan enorme que le hiciera correr hacia atrás en el tiempo con una velocidad creciente? ¿No sería posible, acaso, darle un impulso lo bastante gigantesco como para que sobrepasara el comienzo del tiempo cósmico y alcanzara aquel punto del calendario en el cual no había aún nada? ¡Tal vez de ese positrón velocísimo pudiera nacer el Universo!»

Corrí a casa del profesor tal como estaba, descalzo, con las piernas chorreando agua. Comprendió al instante la grandiosidad de mi idea y, sin una palabra superflua, se puso a hacer cálculos cuyo resultado nos dio la seguridad de que la cosa no era imposible: las operaciones matemáticas demostraron que el electrón, moviéndose contra la corriente del tiempo, adquiriría energías cada vez mayores y, al precipitarse fuera del Principio del Universo, las fuerzas en él acumuladas lo harían estallar. En el momento de su explosión, el positrón dispondría de la reserva exactamente necesaria para pagar la deuda. ¡El Cosmos se salvaría de la quiebra, puesto que dejaría de existir a crédito!

Lo único que nos quedaba por hacer era pensar en el lado práctico de la empresa que debía legalizar el Mundo, lo que equivalía a crearlo. Como hombre de carácter intachable, S. Renombrovich subrayó repetidas veces, en sus conversaciones con el profesor Tarantoga y con sus propios ayudantes y colaboradores, que el concepto de la Creación del Universo se me debía a mí, y que era yo, y no él, quien merecía el nombre de Creador y Salvador del Mundo. Lo menciono no por jactarme, sino, al contrario, para despojarme a mí mismo de cualquier veleidad de jactancia, puesto que todas las alabanzas y expresiones de máxima admiración con que me colmaron por entonces en Bombay, se me subieron un poco (me temo) a la cabeza; las consecuencias fueron ésas: no me cuidé de controlar los trabajos como debía. Me dormí, por desgracia, sobre mis laureles, creyendo, ¡qué ingenuo fui!, que lo más importante estaba ya hecho, es decir, los pensamientos, de cuya ejecución podían ocuparse otras personas.

¡Fatal error! Durante todo el verano y gran parte del otoño, fijamos, junto con el profesor Renombrovich, los parámetros, o sea, las características y propiedades que debían nacer del electrón, aquella simiente cósmica. Sería, tal vez, más exacto llamarlo carga causante, ya que el lado técnico de la creación del mundo tenía el aspecto siguiente: como pieza de artillería, apuntada al Principio del Tiempo, debía servir el enorme sincrofasotrón de la universidad, adecuadamente transformado. Toda su potencia, reunida de manera apropiada, concentrada en una sola y única partícula (aquel electrón causante), debía ser liberada el 20 de octubre. El profesor Renombrovich se empeñaba en que yo diera aquel único disparo creador de Cronocañón. Para aprovechar esta ocasión, extraordinaria y única en la historia, nuestra máquina lanzadora no iba a disparar un electrón cualquiera, un ejemplar del montón, de manera que surgiera de ella un Cosmos mucho mejor arreglado, más sólido que el actual; pusimos un particular esmero en la consecuencia indirecta y tardía de la Cosmocreación: ¡nada menos que la Humanidad!

Por cierto, no era cosa fácil encerrar todo el programa en un solo electrón y hacer caber en él la cantidad gigantesca de informaciones, directrices e instancias controladoras. Confieso, conforme a la verdad, que no lo había hecho yo mismo. Nos repartimos el trabajo con el profesor Renombrovich de tal modo que yo ideaba los perfeccionamientos y mejoras, él los traducía al lenguaje exacto de los parámetros de la física, la teoría del vacío, la de electrones, positrones y otros varios trones; construimos igualmente una especie de incubadora o vivero, donde guardábamos, bien aisladas,

varias partículas experimentales, de entre las cuales teníamos que escoger la más lograda, la que, como antes dije, debía dar a luz el Cosmos el día 20 de octubre.

¡Cuántas cosas buenas, más que eso, perfectas, había ideado yo en aquellos días llenos de fervor! ¡Cuántas noches pasé en vela, estudiando montones de libros de física, ética, zoología, para recoger las informaciones más valiosas, comprimirlas y condensar y entregarlas el alba al profesor, que las imprimía en nuestro electrón-simiente! Queríamos, entre otras cosas, que el Cosmos se desarrollara armoniosamente, no como hasta ahora, que no lo sacudieran tanto las explosiones de las supernovas, que la energía de los pulsos no se malograra tan tontamente, que las estrellas no se partieran humeando como mechas de vela húmedas, que las distancias interplanetarias, reducidas, facilitaran los traslados de un sitio a otro, convirtiendo la cosmonáutica en un instrumento mejor de contactos y unificación de los seres racionales. ¡No cabría aquí la enumeración de las mejoras que logré planear en un tiempo relativamente corto! Por otra parte, no todas ellas eran para mí realmente importantes, puesto que (el lector me comprenderá sin necesidad de largas explicaciones), me concentré especialmente en la humanidad. Para perfeccionarla, cambié las leyes de la evolución natural.

Todos sabemos que la evolución consiste en que los fuertes devoran a los débiles, o sea, en el zoocidio, o bien en la conjura de los débiles que atacan a los fuertes desde dentro, o sea, en el parasitismo. Moralmente, sólo son correctas las plantas verdes, ya que viven de su propia cuenta que el sol les tiene abierta. Ideé, pues, la clorofilización de todos los seres vivos, inventando, en particular, al hombre cubierto de follaje. Vacié, al mismo tiempo, el vientre, y coloqué en él el sistema nervioso aumentado y desarrollado. No lo hice, naturalmente, en directo, por no disponer más que de un solo electrón. Establecí, simplemente, de acuerdo con el profesor, como una nueva ley fundamental de la evolución que debía suceder en el Nuevo Cosmos Libre de Deudas la regla de buena conducta de cada vida hacia todas las demás. Imaginé también un cuerpo humano mucho más estético, una sexualidad más sutil, y otras varias mejoras que ni siquiera pienso mencionar, porque se me parte el corazón cuando recuerdo todos aquellos proyectos. Basta con decir que a finales de setiembre teníamos ya listo el Cañón Mundífero y su carga de electrón. Quedaban solamente por efectuar unos cálculos muy complicados, de los que se ocupaba el profesor junto con sus ayudantes, ya que el ajustar el punto de mira del Cañón del tiempo (mejor dicho, inmediatamente antes del tiempo), constituía una operación enormemente delicada.

¿Acaso no hubiera debido permanecer en el sitio, cuidándome de todo sin alejarme ni un paso, tomando en cuenta la extraordinaria responsabilidad que me incumbía? Pues bien, tuve la ocurrencia de tomarme un descanso... y me marché a una pequeña localidad situada a orillas de una playa. Me da vergüenza confesar, pero lo haré: los mosquitos me hicieron sufrir mucho, me hinché por todas partes, y sólo soñaba con refrescantes baños en el mar. Y por estos malditos mosquitos justamente... Pero no tengo derecho de achacar a nada ni a nadie mi propia culpa. Antes de marcharme, hubo una escena desagradable entre uno de los colaboradores del profesor y yo. Propiamente, no era siquiera un colaborador de Renombrovich, sino un simple mozo de laboratorio, compatriota, eso sí, del sabio, un tal Aloisious Pila. El personaje, a quien fue confiado el cuidado de los aparatos de laboratorio, exigió, tal como suena, que se le hiciera constar en la lista de los Creadores del Mundo, porque, decía si no fuese por él, el criotrón no funcionaría debidamente y, si el criotrón no funcionaba el electrón no se comportaría de la manera prevista..., etc. Me burlé de él, naturalmente. Aparentemente, parecía renunciar a sus pretensiones ridículas, pero, en realidad empezó a forjar sus propios planes. El solo no podía hacer nada sensato; se puso, pues, de acuerdo con dos compinches suyos que no dejaban de rondar el Instituto de Investigaciones Nucleares de Bombay, esperando conseguir un buen empleo, un alemán, llamado Ast. A. Roth y un inglés medio holandés, Boels E. Bu.

Como demostró una investigación efectuada demasiado tarde, A. Pila les dejó entrar de noche al laboratorio, siendo otro factor de la desgracia la desidia de un joven ayudante del profesor Renombrovich, el licenciado Serpentine, que se había dejado sobre el escritorio las llaves de la caja fuerte, lo que constituyó una gran ayuda para los intrusos. Serpentine quiso justificarse luego alegando una enfermedad, presentó incluso un certificado médico, pero todo el Instituto sabía que aquel jovencito con cabeza de chorlito tenía un affaire amoroso con una mujer casada, una tal Eva A., y arrastrándose casi a sus pies para conquistarla, perdió de vista las obligaciones de su servicio. Pila llevó a sus consocios a la sala donde estaba instalado el criotrón, les ayudó a sacar del aparato el contenedor de Dewar y, de éste, el estuche con la preciada carga, procediendo a continuación a sus infames «correcciones» paramétricas, cuyas consecuencias están a la vista de toda persona que quiera mirar con un poco de detenimiento este mundo de pesadilla en el cual vivimos. Nos querían convencer después, a cual más elocuentemente, de que tenían «buenas intenciones» y que les apetecía la celebridad, sobre todo porque eran tres.

¡Bonita Trinidad! Como tuvieron que confesar bajo la presión de pruebas patentes y del estrecho interrogatorio, repartieron el trabajo entre sí. Ast A. Roth, antiguo estudiante de Gotinga (pero Heisenberg mismo lo expulsó del puesto de ayudante por meter fotos pornográficas en el espectrógrafo de Aston) «se ocupó» del lado físico de la Creación, convirtiéndola en una chapuza indecente. Es culpa suya si las alteraciones débiles no concuerdan con las fuertes y si no funciona bien la simetría de las leyes del comportamiento. Los físicos ya me entienden. El mismo Roth, al cometer un error en una simple suma, tiene la culpa de que la carga de un electrón, tal como se la calcula actualmente, adquiera un valor infinito. Este imbécil es responsable del hecho de que no se puedan encontrar en ninguna parte de quarks, ¡aunque de la teoría resulta que deben existir! ¡El ignorante se olvidó de hacer la corrección en la fórmula de la dispersión! Es igualmente «mérito» suyo si los electrones interferidos contradicen descaradamente la lógica. ¡Pensar que el dilema en cuya elucidación pasó la vida Heisenberg le fue procurado por el peor y más tonto de sus alumnos!

Aparte de eso, el mismo tipejo cometió un delito todavía más grave. Mi Proyecto de Creación preveía las reacciones nucleares, puesto que sin ellas no existiría la energía radiante de las estrellas, pero había eliminado los elementos del grupo uránico, para que la humanidad no pudiera producir bombas atómicas a mediados del siglo XX, es decir, demasiado pronto. Quería que los hombres dominaran la energía nuclear sólo bajo la forma de la síntesis de núcleos de hidrógeno en helio, y como eso es mucho más difícil, no se podía esperar el descubrimiento antes del siglo XXI. Sin embargo, A. Roth volvió a introducir en el proyecto los elementos uránicos. No fue posible, por desgracia, demostrar que actuaba a las ordenes de los agentes de un cierto servicio de espionaje imperialista que perseguía la supremacía militar... Pero aun así, debía haber sido encausado por asesinato en masa: si no fuese por él, no se hubieran tirado bombas atómicas sobre las ciudades japonesas durante la Segunda Guerra Mundial.

El segundo «especialista» de aquel trío tan selecto, E. Bu, había terminado tiempo atrás la carrera de médico, pero fue desposeído del derecho a la práctica por varios abusos. Este «tuvo a su cargo» el lado biológico, que «perfeccionó» a su manera. En lo que a mí se refiere, razoné de la manera siguiente: el mundo es como es y la humanidad se comporta como se comporta, puesto que todo ello se había originado casualmente, o sea, de cualquier manera, a causa del infringimiento de las leyes fundamentales. Basta con reflexionar un poquito para llegar a la conclusión de que, en dichas circunstancias, todo hubiera podido salir peor todavía. Lo que decidía no era más que una especie de lotería, ya que el «Creador» fue un capricho fluctuario de la nada, que había contraído una deuda monstruosa, hinchando sin ton ni son la burbuja Metagaláctica.

Había juzgado que ciertas características del Cosmos podían quedarse, después de los retoques y las correcciones debidos, a los que dediqué el máximo esmero. Pero, en lo que

al hombre se refiere, adopté una actitud extrema y radical. Borré de un solo trazo el ser asqueroso que conocemos. El follaje, más arriba mencionado, que debía sustituir el pelo y vello del cuerpo, hubiera servido a la realización de una ética nueva de la vida, pero al señor Bu le pareció que el pelo era más importante, porque (sí, hablo en serio), «le daba lástima». Porque con él se podían componer ricitos, tirabuzones, patillas y otros arabescos pilosos «tan monos». Yo pensaba en una nueva moralidad de solidaridad humanista y él en unos valores que sólo se pueden medir en cánones de peluquero. Les aseguro a ustedes que no se habrían reconocido a sí mismos, si el señor Boels E. Bu no hubiera vuelto a incorporar en el electrón del estuche todas las asquerosidades que ustedes ven en sus propias personas y en las de los demás.

Finalmente, en lo tocante al mozo del laboratorio Pila, éste no sabía hacer nada personalmente, pero exigía que sus compinches immortalizaran su participación en la creación del mundo: quería (me estremezco al escribirlo) que su apellido fuera visible en todos los lados del firmamento. Cuando Roth le explicó que a causa de las estrellas no podían formar iniciales o letras fijas, Pila se empeñó en que se las agrupara, por lo menos en unos conjuntos grandes, o sea, que se las apilara. Así se hizo.

Cuando el 20 de octubre puse el dedo en las teclas del pupitre de mando, no tenía, naturalmente, la menor idea de lo que iba a crear. Todo se descubrió al cabo de unos días cuando, al averiguar los cálculos, desciframos en las cintas el contenido fijado en nuestro positrón por la infame Trinidad. El profesor tuvo un colapso. En cuanto a mí, confieso que no sabía si pegarme un tiro o matar a los otros. Finalmente, la razón se impuso a la ira y al desespero, puesto que sabía que ya no se podía cambiar nada. Ni siquiera tomé parte en el interrogatorio de aquellos canallas que convirtieron en una abominación el mundo creado por mí. El profesor Tarantoga me dijo medio año después que los tres intrusos desempeñaron en la creación el papel que las religiones adjudican a Satanás. Me encogí de hombros. Ni Satanás, ni nada: simplemente, tres burros. De todos modos, el mayor culpable soy yo, por descuidar mi misión y abandonar mi puesto. Si quisiera buscar justificaciones, diría que tampoco está libre de culpa el farmacéutico de Bombay, quien, en vez de una buena loción repelente para los mosquitos, me vendió un producto que los atraía como la miel atrae a las abejas. Pero si razonara de ese modo, podría ir acusando a Dios sabe quién por haber corrompido la Naturaleza de la Existencia. No me propongo defenderme así: soy responsable de que el mundo sea como es y de todos los vicios humanos, puesto que estaba en mi poder hacer las cosas mejor.

VIAJE VIGÉSIMO

Todo empezó un día escaso después de mi vuelta de las Hyades, una constelación esférica, tan poblada de estrellas que las civilizaciones se aprietan en ella como sardinas en lata. No había aún abierto ni la mitad de mis maletas, repletas de ejemplares para mi colección, y ya se me caían los brazos. Primero pensé bajar todo el equipaje al sótano y ocuparme de él más tarde, en cuanto hubiera descansado un poco, ya que el camino de vuelta se me había hecho interminable, así que deseaba solamente sentarme en mi butaca labrada junto a la chimenea de la salita, estirar las piernas, hundir las manos en los bolsillos de mi viejo batín y decirme que, salvo tal vez la leche dejada en el fuego, que podía verterse, no me amenazaba ningún peligro. Verdaderamente, después de cuatro años de un viaje como el mío, se puede estar harto del Cosmos, al menos por un tiempo. Me acercaré, pensaba, a la ventana, y veré, no un abismo negro, ni protuberancias candentes, sino la calle, jardincitos, arbustos, un perrito que levanta la pata junto a un árbol con una indiferencia hacia los problemas de la Vía Láctea que da gusto.

Pero tal como suele pasar, mis sueños no se realizaron. Al ver que la primera caja que había sacado del cohete tenía un costado hundido, lleno de inquietud por las preciadas piezas que había reunido, me puse al instante a deshacer todos los cajones. Las mirdangas estaban en buen estado, pero las calusinas tenían toda la parte baja arrugada. Desde luego, no podía dejar las cosas así. En unas horas desprendí las tapaderas de las cajas más grandes, abrí los baúles, puse los gronsos encima del radiador para que se secaran, empapados como estaban con el té del termo, pero lo que me hizo temblar de verdad fueron los rehenchos. Tenían que ser el orgullo de mi colección. Todavía en el camino pensé para ellos un sitio preferente, porque son una rareza entre las rarezas esos productos de la militarización de Régulo (es una civilización totalmente reclutada y no se ve allí ni un solo paisano). El relleno no es ningún hobby de los regúlanos, como supone y escribe Tottenham, sino algo intermedio entre la práctica religiosa y el deporte. Tottenham no comprende la esencia de ese acto. El rellenar constituye en Régulo una actividad simbólica; es, pues, obvio que las observaciones llenas de asombro que hace Tottenham, junto con sus preguntas retóricas, demuestran la total ignorancia del autor. Hay una gran diferencia entre los rellenos matrimoniales, escolares, excursionistas, amorosos, etcétera. Pero no puedo profundizar ahora en este problema. Basta con decir que me lesioné un disco subiendo los trofeos regúlanos de la planta baja al piso. A pesar de que quedaba todavía muchísimo trabajo por hacer, me dije que no lograría gran resultado echándome sobre la faena con tanto ahínco. Tendí todavía las matulcas en una cuerda de secar ropa y me fui a la cocina para preparar la cena. Después la siesta, el ocio, el dulce far niente, decidí firmemente. Por cierto, el océano de recuerdos me seguía llenando, persistente como el oleaje que continúa después de la borrasca. Rompiendo los huevos, miré la llamita azul del gas de la cocina; al parecer, cosa vulgar, pero la Nova de Perso se le parecía mucho. Me fijé en la cortina, blanca como la placa de amianto que ponía sobre la pila atómica, cuando... ¡Basta ya!, me dije. Mejor haría decidiendo qué me gustaba más: huevos revueltos, o huevos fritos. Acababa de optar por los fritos cuando la casa tembló. Los huevos, todavía sin cuajar, saltaron al suelo; al mismo tiempo, oí, desde el lado de la escalera, un estruendo prolongado parecido al de los aludes. Tiré la sartén y corrí arriba. ¿Se habrá hundido el techo? ¿Un meteorito...? ¡No era posible! ¡Estas cosas no pasan nunca!

La única pieza libre de paquetes era mi estudio; de allí precisamente llegaba el ruido. La primera cosa que vi fue un montón de libros debajo de la biblioteca, peligrosamente inclinada. De entre los gruesos tomos de la enciclopedia cósmica salía a cuatro patas un hombre, de espaldas a mí, aplastando los libros en el suelo, como si, insatisfecho con el desastre que había hecho, se propusiera pisotearlos definitivamente. Antes de que yo abriera la boca arrancó de debajo de su cuerpo un largo palo metálico, arrastrándolo por el asa parecida a un manillar de bicicleta; tosí, pero el individuo no me hizo el menor caso. Volví a toser, más fuerte; su silueta me era muy familiar y, cuando se levantó, le reconocí en el acto. Era yo. Tuve la impresión de mirarme en un espejo. Por cierto, yo ya había vivido tiempo atrás toda una serie de encuentros parecidos, pero fue dentro de un cúmulo de remolinos temporales y no en mi tranquila morada.

Me echó una mirada distraída y se inclinó sobre su artefacto; tanto su despreocupada manera de ser como su silencio, terminaron por sacarme de quicio.

—¿Qué significa todo esto? —pregunté sin levantar todavía la voz.

—Ahora te explicaré... Espera... —farfulló. Se enderezó, arrastró aquel tubo hacia la lámpara, ladeó la pantalla para tener más luz, rectificó el papelito que mantenía el brazo articulado (sabía, el animal, que la pantalla se caía, así que tenía que ser yo de veras), y tocó con el dedo unos tornillos, visiblemente preocupado.

—¡Supongo que se me deben explicaciones! —ya no pude disimular la rabia. Se sonrió. Apartó su aparato, apoyándolo en la pared. Se sentó en mi butaca, sacó el

segundo cajón del escritorio, cogió mi pipa preferida y encontró en seguida la petaca con el tabaco.

Me pareció que se pasaba de la raya.

—¡¡Sinvergüenza!! —exclamé.

Me invitó a sentarme con un gesto ampuloso de la mano. Valorando con la mirada los daños, a pesar mío (se habían roto las tapas de dos pesados atlas del cielo), me acerqué una silla y me puse a hacer el molinete con los dedos. Pensé darle cinco minutos para que se justificara y pidiera perdón, y si no me sentía satisfecho, ya le ajustaría las cuentas.

—¡Tonterías! —dijo mi huésped indeseado—. ¡Compórtate como una persona inteligente! ¿A qué viene lo de ajustar cuentas? ¿No ves que cada golpe que me des te dolerá a ti?

Me callé, porque ya vislumbraba algo. En efecto, si él era yo por culpa del lazo temporal (pero ¿cómo diablos había podido ocurrir?), podía tener derecho (pero ¿por qué me pasaban esas aventuras a mí precisamente?) a disponer de mi pipa e incluso de mi casa. Sí, pero ¿qué necesidad tenía de destrozar mi biblioteca?

—Fue sin querer —dijo a través de la nube de humo aromático, mirando la punta de su zapato, bastante elegante. Su pierna se balanceaba, cruzada sobre la otra—. El cronociclo me patinó con el frenazo. En vez de las ocho treinta, me metí en las ocho treinta y una centésima de segundo. Si hubieran ajustado mejor el punto de mira, me encontraría en el centro de la habitación.

—¿Qué me estás contando? —No entendía nada—. En primer lugar, ¿eres telépata? ¿Cómo puedes contestar las preguntas que sólo estoy pensando? Segundo: si de veras eres yo y viniste por el tiempo, ¿qué tiene que ver el tiempo con el lugar? ¿Por qué me estropeaste los libros?

—Si reflexionas un poco, lo entenderás muy bien. Soy más tardío, que tú, tengo, pues, que recordar todo lo que pensaba, o sea pensabas puesto que yo soy tú, pero el tú del futuro. En cuanto al tiempo y al lugar, ¿no sabes que la Tierra da vueltas? Resbalé en una centésima de segundo, tal vez un poco menos, y en aquel instante la Tierra tuvo tiempo de desplazarse, junto con la casa, cuatro metros. Dije a Rosenbeisser que sería mejor aterrizar en el jardín, pero me convenció para que aceptara la variante que hice.

—Bien. Admitamos que las cosas son como tú dices. ¿Pero qué significa toda esta historia?

—Te lo diré. Aunque sería mejor preparar antes la cena, porque es una historia larga y de una importancia excepcional. He venido a verte delegado en una misión histórica.

Mediadas unas palabras más, acepté su sugerencia. Bajamos, preparé un poco de comida, sólo que tuve que abrir una lata de sardinas (en la nevera no había más que unos pocos huevos). Nos quedamos luego en la cocina, porque no quería ponerme de mal humor con el espectáculo de la biblioteca. El no demostró ningún entusiasmo para fregar platos, pero le hablé de su conciencia, así que, por lo menos, los secó. Cuando nos sentamos en la mesa ya listos me miró con seriedad a los ojos y dijo:

—Vengo aquí del año 2661 para presentarte una proposición que ningún hombre ha oído ni oírá jamás. El Consejo Científico del Instituto de Temporística desea que yo, quiero decir, tú, seas director general del programa OTHUS. La sigla significa: Organización Telecrónica de la Historia Universal con un Supercomputador. Estoy profundamente convencido de que aceptarás este cargo y el máximo honor que representa, ya que implica una responsabilidad extraordinaria ante los hombres y la historia, y que soy, quiero decir, eres, hombre valiente e intachable.

—Antes de tomar una decisión me gustaría oír algo más concreto. Sobre todo, no entiendo por qué no vino a verme simplemente un delegado del Instituto y no tú, o sea yo. ¿Qué haces, o sea, qué hago allí?

—Té lo explicaré al final y aparte. En lo que a la cuestión principal se refiere, ¿te acuerdas, naturalmente, de aquel pobrecito Molteris que inventó una maquinita manual para viajar en el tiempo y al presentarla, murió sin pena ni gloria por haber envejecido mortalmente un momento después de arrancar?

Hice un gesto afirmativo.

—Habrá más pruebas de esta clase. Cada técnica nueva ocasiona víctimas en su fase inicial. Molteris había inventado una especie de jeep de tiempo para una sola persona, sin aplicarle ningún medio de seguridad. Hizo lo mismo que aquel campesino medieval que subió con alas a la torre de una iglesia, saltó y se mató en el acto. En el siglo XXIII fueron contruidos (desde tu punto de vista se construirán) cronotractores y tempomotoras, pero la verdadera revolución cronomotriz tendrá lugar trescientos años después gracias a unos hombres que voy a mencionar: los conocerás personalmente. Una cosa es hacer excursiones en el tiempo a corta distancia y otra, muy distinta, efectuar expediciones a la distancia de millones de años. Su diferencia de magnitud se parece a la que existe entre un paseo a las afueras de la ciudad y la cosmonáutica. Yo llego de la época de Cronotracción, Cronomoción y Telecronía... Sobre los viajes en el tiempo se escribieron montañas de imbecilidades, igual que antes sobre la astronáutica. Hubo quien llegó a afirmar que un inventor, gracias a la ayuda de un ricacho, estaba construyendo, en un sitio desconocido, un cohete en el cual ambos, acompañados por unas damas amigas tuyas, irían al otro extremo de la Galaxia. La tecnología de la Cronomoción, así como la de la Cosmonáutica, exige una industria gigantesca, unas inversiones colosales, planos... Pero esto también lo conocerás en el sitio, o sea en el tiempo adecuado. Dejemos de lado los tecnicismos. Lo que más importa es el objeto de todo este trabajo; no se ponen en él tantos esfuerzos para dar un susto a un faraón o para dar una paliza a su tatarabuelo. La forma de gobernar está ya perfeccionada, el clima de la Tierra regulado; en el siglo XXVII, del cual procedo, se vive en el mejor de los mundos, pero no estamos tranquilos por culpa de la historia. Tú sabes qué aspecto tenía. ¡Ya es hora de terminar con ello!

—Espera —la cabeza me daba vueltas—. ¿La historia no os gusta? ¿Y qué? Tal como es o ha sido tiene que quedarse, ¿no?

—No digas tonterías. En el orden del día está justamente OTHUS, o sea, la Optimización Telecrónica de la Historia Universal por medio del Supercomputador. Te lo había dicho. La historia universal será regulada, reparada, compensada y perfeccionada, conforme a los principios del humanitarismo, racionalismo y estética general. ¡Comprenderás que teniendo matanzas y carnicerías en nuestra genealogía, da vergüenza pretender figurar entre las altas civilizaciones cósmicas!

—¿Quieren regular la historia? —repetí, estupefacto.

—Sí. Si hace falta, se introducirán mejoras aun antes de la creación del hombre, para que salga mejor. Disponemos ya de medios y fondos, lo único que queda vacante es el cargo de director general del proyecto. Todos temen el riesgo implicado en esta función.

—¿No hay candidatos? —mi asombro creció todavía más.

—Es sólo en el pasado que cualquier asno quería gobernar el mundo. Sin unas cualificaciones adecuadas, nadie arde en deseos de enfrentarse con las dificultades. Así pues, el cargo no está cubierto, a pesar de la urgencia del proyecto.

—Pero si yo soy un ignorante en la cuestión. ¿Y por qué he de ser yo?

—Tendrás a tu disposición todo un estado mayor de profesionales. El lado técnico no será de tu incumbencia. Hay varios planes de acción, varias ideas, métodos; se necesitan decisiones llenas de sensatez y responsables. Yo, quiero decir, tú, vas a tomarlas. Nuestro Supercomputador examinó mediante psicoposondeo a todos los hombres que viven o han vivido, y afirma que yo, quiero decir, tú, eres la única esperanza del proyecto.

Después de un buen rato de silencio, dije:

—Como veo, la cuestión es seria. Tal vez acepte el cargo, y tal vez no lo acepte. ¡Historia Universal, nada menos! Esto exige una reflexión. ¿Pero cómo fue que yo, quiero

decir, tú, apareciste en mi casa? Yo no me moví en el tiempo. Justo acabo de volver de las Hyades.

—¡Claro! —interrumpió mi frase—, ¡Pero tú eres más temprano! Cuando aceptes la proposición, te entregaré mi cronociclo para que vayas donde, quiero decir, cuando debes ir.

—Eso no es contestar a mi pregunta. Dime, ¿cómo te encontraste en el siglo XXVII?

—Llegué allí en un vehículo de tiempo adecuado, claro está. Y luego, de allá, vine al ahora y aquí tuyo.

—Pero si yo no fui a ninguna parte en ningún vehículo de tiempo, tampoco tú, que eres yo...

—No seas tonto. Yo soy más tardío que tú, no puedes, pues, saber todavía qué te ocurrirá a ti que viajarás al siglo XXVII.

—No lo veo claro —rezongué—. Si acepto esa proposición, me encontraré en seguida en el siglo XXVII. ¿No es así? Allí me pondrán de director de aquel OTHUS o como se llame. ¿Pero tú cómo He...?

—¡Así se puede pasar hablando una noche entera! Deja de dar vueltas al asunto. ¿Sabes qué puedes hacer? Pide a Rosenbeisser que te lo explique. Al fin y al cabo, es él el especialista temporista y no yo. Por otra parte, esta cuestión, aunque difícil de entender, como todo lo relacionado con el lazo temporal, no es nada en comparación con mi, quiero decir tu, misión. ¿No ves que es una Misión Histórica? ¿Y bien? ¿Aceptas? La cronocicleta está en buen estado. No le pasó nada. Lo he comprobado.

—La cronocicleta es lo de menos. No puedo decidirme tan de prisa.

—Debes hacerlo. Es tu deber y obligación.

—¡Frena, hombre! A mí no se me habla en ese tono. Nada de «obligación». Sabes que las detesto. Si hago algo, es porque me gusta o porque creo que las circunstancias lo exigen. ¿Quién es ese Rosenbeisser?

—El director científico del INT. Será tu primer subordinado.

—¿Qué es el INT?

—El Instituto Temporiástico.

—¿Y qué pasa si no acepto?

—No puedes no aceptar... No lo harás... Significaría que eres un cobarde...

Mientras lo decía, en sus labios se dibujó una sonrisita disimulada. Esto despertó mi desconfianza.

—Vaya. ¿Y por qué?

—Porque... ¡Eh, qué te voy a explicar! Esto está relacionado con la estructura misma del tiempo.

—Tonterías. Si no acepto, no me moveré de aquí, y ni un tal Rosenbeisser me explicará nada, ni regularé historia alguna.

Decía todo esto, en parte para ganar tiempo, ya que no se pueden tomar tamañas decisiones a la carrera y, en parte, aunque no entendía en absoluto por qué él, o sea yo, había venido a mi casa, presentía vagamente que en esto había encerrada una finta, una artimaña.

—Tendrás mi respuesta antes de cuarenta y ocho horas —dije.

Empezó a insistir en que me decidiera en el acto, pero, cuanto más me apretaba, menos me gustaba la cosa. Llegué incluso a dudar de su identidad conmigo. A fin de cuentas, podía ser alguien disfrazado y caracterizado. Al ocurrírseme esa idea, le sometí a un interrogatorio en regla. Tenía que encontrar una cuestión secreta, sólo conocida por mí.

—¿Por qué la numeración de viajes en mis Diarios Estelares tiene lagunas? —le pregunté.

—¡Ja, ja, ja! —soltó una carcajada—. ¿Ya no crees en mí? Porque hubo expediciones en el tiempo y otras en el espacio. En tales circunstancias, no se puede ni siquiera hablar

de una primera: siempre se puede retroceder hasta donde no hubo ninguna, e ir a alguna parte; entonces la que fue primera se convertirá en segunda, y así hasta el infinito.

Era correcto. Sin embargo, había unas personas que lo sabían, aunque todas ellas merecedoras de mi confianza por pertenecer al equipo tichológico del profesor Tarantoga. Por si acaso exigí que me enseñara su documentación. Sus papeles estaban en regla, pero esto tampoco era una prueba convincente: los documentos se pueden falsificar. Mis dudas disminuyeron un poco cuando comprobé que sabía cantar todas las canciones que suelo tararear durante mis largos viajes solitarios.

No obstante, advertí que desafinaba horriblemente el estribillo «¡Meteoritos, meteoritos!» Se lo dije. Se ofendió y contestó que era yo quien desafinaba, no él; la conversación, tranquila hasta entonces, degeneró en una disputa, luego en una riña violenta. Me irritó tanto que lo mandé al diablo. No lo pensaba en serio, lo dije como se dicen las cosas con nervios, pero se levantó sin una palabra, subió al estudio, montó en su cronociclo, hizo no sé qué maniobra y se esfumó en un instante, dejando tras de sí algo como una nubécula de niebla o de humo de tabaco. Al cabo de un minuto desapareció también esta huella; quedó solamente un montón de libros tirados en desorden y yo, no muy contento de mí mismo. No me gustaba que hiciera esto, tal vez lo hubiera podido retener cuando se disponía a marcharse, pero no quise dar mi brazo a torcer. Un rato después bajé otra vez a la cocina, porque habíamos pasado tres horas hablando y volvía a tener hambre. Tenía todavía en la nevera un par de huevos y un poco de tocino, pero, cuando encendí el gas y rompí los huevos, hubo un fuerte ruido arriba.

Me sorprendió tanto, que eché a perder la tortilla: se me vertió, junto con los chicharrones, sobre las llamas de la cocina, y yo, jurando como un carretero corrí escaleras arriba, saltando los peldaños de tres en tres.

En las estanterías no quedaba ya ni un solo libro; todos formaban en el suelo un gran montón, del cual procuraba salir a rastras él, forcejeando con su cronociclo que, al caerse, había aplastado con su cuerpo.

—¿Qué significa esto? —vociferé, lleno de rabia

—Ahora te lo explico... Espera... —masculló, arrastrando su vehículo hacia la lámpara. Lo examinó con mucha atención, sin ni siquiera dignarse presentarme excusas por su segunda invasión. Esto terminó con mi paciencia.

—¡Podrías por lo menos excusarte! —grité a todo pulmón.

El otro sonrió. Apartó la cronocicleta apoyándola en la pared, buscó la pipa, la cargó de mi petaca, la encendió y se sentó. Tuve ganas de matarle.

—¡Sinvergüenza!! —grité. Todavía no me moví del sitio, pero me proponía darle una buena paliza. ¡No iba a burlarse de mí en mi propia casa!

—Tonterías —dijo, muy tranquilo. Se notaba claramente que no se sentía culpable. ¡A pesar de haber tirado todos mis libros al suelo!

—Ha sido sin querer —dijo, soltando una nube de humo—. Mi cronociclo volvió a patinar...

—Pero ¿por qué has vuelto?

—Tuve que hacerlo.

—¿Quién te obligó?

—Nos encontramos, amiguito, en un círculo temporal —dijo tranquilamente—. Ahora volveré a insistir en que accedas a ser director. Si te niegas, me marcharé, volveré al cabo de un rato y todo empezará otra vez...

—¡No puede ser! ¿Estamos en un círculo cerrado del tiempo?

—Exactamente.

—¡No es verdad! ¡Si fuera así, todo lo que decimos y hacemos tendría que ser repetido exactamente, letra por letra, mientras que lo que decimos ahora no es absolutamente idéntico a lo de la primera vez!

—La gente dice muchas imbecilidades sobre los viajes en el tiempo, pero la que tú acabas de proferir es una de las mayores. En el tiempo circular todo tiene que transcurrir de manera parecida y no idéntica, ya que la clausura del tiempo, igual que la del espacio, no implica la pérdida de la libertad de acción, sino su limitación. Si aceptas la proposición, te irás al año 2661 y, por tanto, el círculo se convertirá en un lazo abierto. Pero si la rechazas y me echas de casa, volveré... ¿Y sabes qué pasará?

—¿O sea que no tengo alternativa? —troné—. ¡Oh, estaba seguro desde el principio que todo esto era una trampa! ¡Fuera de aquí! ¡Y no se te ocurra volver!

—No seas absurdo —contestó fríamente—. Ahora todo lo que pasa depende exclusivamente de ti, no de mí. Para que lo sepas: tos hombres de Rosenbeisser cerraron detrás de nosotros dos, a cal y canto, el lazo del tiempo; vagaremos por él hasta que te conviertas en director.

—¡Bonita «proposición»! —grité—. ¿Y qué pasa si te rompo los huesos?

—Que te los tendrán que componer a ti, en un momento dado. Nada más. Nadie te obliga a aceptar la proposición: podemos jugar así hasta el final de tus días...

—¿Conque esas tenemos? ¡Puedo encerrarte en el sótano e irme donde me plazca!

—¡Soy yo quien te encerraría a ti, porque soy más fuerte!

—¿Ah, sí?

—No lo dudes. Mi alimentación, la del año 2661, es mucho más nutritiva que la de ahora: no aguantarás ni un minuto.

—Ya lo veremos... —gruñí amenazador, levantándome de la silla. Ni se movió.

—Conozco el jurjudo —observó sin inmutarse.

—¿Qué es eso?

—Una especie de judo, muy perfeccionada, del año 2661. Te pondré fuera de combate en un instante.

Estaba rabiando, pero mi larga experiencia de la vida me había enseñado a dominar la cólera, por grande que fuera. Así que, después de reanudar el diálogo con él, o sea conmigo, llegué a la conclusión de que realmente no tenía otra salida. Por otra parte, mi futura misión histórica convenía a mi manera de pensar y a mi carácter. Lo único que me indignaba era el hecho de que me obligaran, pero decidí poner las cosas en su sitio, no con él, un simple intermediario, sino con sus superiores.

Me enseñó a conducir el cronociclo, me dio algunas indicaciones prácticas y me senté en el sillín; quise decirle todavía que ordenara el estudio y que llamara al carpintero para arreglar los estantes de la biblioteca, pero no tuve tiempo de hacerlo, porque él apretó el arranque. El, la luz de las lámparas, el cuarto, todo desapareció como por ensalmo. Debajo de mí caracoleaba la máquina, aquel palo de metal con la punta ensanchada en forma de embudo; hubo momentos en que daba sacudidas tan fuertes, que tenía que agarrarme bien del manillar para no salir disparado del sillín. No veía nada, sólo tenía la sensación de que unos cepillos de alambre me frotaban la cara y el cuerpo. Cuando me parecía que la velocidad de mi carrera en el tiempo crecía demasiado, tiraba del freno; lograba ver entonces, en medio de un torbellino de tinieblas, unas formas imprecisas.

Eran las de unos edificios enormes, unos achaparrados y redondos, otros altos y esbeltos, a través de los cuales pasaba, como el viento pasa a través de las rejas. En cada encontronazo temía chocar contra unos muros, así que cerraba instintivamente los ojos y volvía a aumentar la velocidad, mejor dicho, el tiempo. Hubo unas cuantas sacudidas tan fuertes que se me tambaleó la cabeza y me castañetearon los dientes. En cierto momento noté un cambio, difícil de definir; me parecía que me encontraba en medio de una materia densa como el almíbar y pegajosa, que se iba cuajando. Temblé pensando que me abría paso por un obstáculo que podía convertirse en mi tumba y que, aprisionado por aquella materia, me quedaría solidificado en ella para siempre, junto con el cronociclo, como un insecto monstruoso encerrado en un bloque de ámbar. Pero vino un nuevo arranque fuerte, el cronociclo dio un salto y me caí sobre una cosa elástica que

cedió bajo mi peso y se meció. Solté la máquina y cerré los ojos, heridos por un cegador resplandor blanco.

Cuando los volví a abrir, oí varias voces cerca de mí. Yacía en el centro de un gran disco de esponja artificial, con círculos concéntricos pintados encima, a la manera del blanco de un polígono de tiro. El cronociclo, volcado, estaba a un paso de mí. Me rodeaban docenas de hombres vestidos con monos de trabajo brillantes. Uno de ellos, rubio, bajo, medio calvo, pisó el colchón del disco, me ayudó a levantarme y apretó mi mano diciendo:

—¡Mi más cordial bienvenida! Rosenbeisser.

—Tichy —contesté automáticamente.

Miré a mi alrededor. Nos encontrábamos en un local grande como una ciudad sin ventanas, cubierto con una bóveda de color del cielo, muy alta. En el suelo había hileras de discos parecidos al de mi aterrizaje. Algunos estaban todavía sin pintar, en otros se trabajaba, preparándolos. Tengo que confesar que tenía pensadas unas frases mordaces para Rosenbeisser y demás autores de la trampa temporal gracias a la cual me habían sacado de casa; pero me callé, porque me di cuenta de repente de lo que me recordaba aquella enorme nave. ¡Todo en ella hacía pensar en unos gigantescos estudios de cine! A nuestro lado pasaron tres hombres con armaduras: uno llevaba plumas de pavo real en el yelmo, un peto dorado; unos ayudantes le estaban arreglando un medallón cuajado de piedras preciosas en el pecho, un médico les puso una inyección en el antebrazo desnudo, otra persona le cerró rápidamente las hebillas de los correaes, le entregó una pesada espada de dos filos y una gran capa, recamada con diseños de escudos con grifos; los otros dos, con sencillas corazas de hierro, seguramente sus escuderos, ya se estaban sentando en los sillines de un cronociclo en el centro de un disco. Una voz dijo por megáfono: «Atención... Veinte, diecinueve, dieciocho...»

—¿Qué es esto? —pregunté desorientado, porque al mismo tiempo, un poco más lejos, iba una procesión de hombres depauperados con grandes turbantes blancos; también a ellos les ponían inyecciones; con uno de ellos estaba discutiendo un técnico, ya que se había descubierto que el viajero llevaba una pistola escondida debajo del albornoz. Había allí también indios, pintados con colores de guerra, con los tomahawks recién afilados, en torno a los cuales trajinaban unos especialistas, enderezándoles febrilmente las plumas de los tocados. Un mozo de laboratorio en bata blanca empujaba hacia otro disco un pequeño carrito de madera con un mendigo horriblemente sucio y harapiento, parecido como una gota de agua a otra a los monstruos lisiados de Brueghel.

—¡Cero! —anunció el megáfono. El trío de las armaduras desapareció con sus cronociclos en un resplandor tenue que se apagó despidiendo humo blanquecino, parecido al de magnesio: el fenómeno ya no me era desconocido.

—Son nuestros encuestadores —me aclaró Rosenbeisser—. Se van para investigar la opinión pública en distintos siglos; son materiales estadísticos, sabe usted, que nos sirven de información, nada más; no hemos emprendido todavía ninguna medida correctiva; le esperábamos a usted.

Me indicó el camino con un ademán y me siguió. Oía por doquier las voces que contaban hacia atrás, veía destellos y regueros de humo blanco, desaparecían partidas de exploradores, llegaban nuevas como en un enorme plato de cine cuando se rueda un superkitch histórico. Me di cuenta de que estaba prohibido llevarse al pasado objetos anacrónicos; a pesar de ello, los encuestadores procuraban pasarlos de contrabando, no sé si por espíritu de contradicción, o para su comodidad. «Necesitan mano de hierro», pensé, pero pregunté tan sólo:

—¿Es una tarea larga lo de recoger datos? ¿Cuándo volverá aquel guerrero con sus escuderos?

—Nos ajustamos perfectamente al plan trazado —dijo Rosenbeisser con una sonrisa de satisfacción—. Esos tres ya han vuelto ayer.

No hice ningún comentario, pensando que me sería fácil acostumbrarme a las condiciones de vida en la civilización cronomotriz. Como el electromóvil del laboratorio, que debía transportarnos al edificio de la dirección, se había estropeado, Rosenbeisser ordenó a unos encuestadores beduinos que bajaran de los camellos y, de esta manera improvisada, llegamos a destino.

Mi despacho era enorme, amueblado al estilo moderno, o sea, transparente, tan perfecto que casi todas las butacas eran invisibles; cuando estaba sentado tras el escritorio, sólo los papeles amontonados encima me indicaban dónde se encontraba el tablero. Y, puesto que bajando la cabeza durante el trabajo, no cesaba de ver mis propias piernas en pantalones a rayitas cuya vista me dificultaba la concentración, mandé embadurnar con pintura todos los muebles, para que no se pudieran atravesar con la mirada. Resultó entonces que tenían formas completamente idiotas, ya que no estaban proyectados para su contemplación. Me los sustituyeron finalmente por un mobiliario antiguo, de fines del siglo XXIII; me sentí por fin a mis anchas. Me adelanto a los hechos hablando de estas menudencias, pero, al mismo tiempo, subrayo los defectos del proyecto. Bien es verdad que mi vida directorial hubiera sido un paraíso si se hubiera limitado a los asuntos de mobiliario y decoración.

Se necesitaría una enciclopedia para describir todo lo que el proyecto realizó bajo mi mando, así que presentaré las etapas principales del trabajo de manera muy abreviada. La estructura de la organización tenía un carácter doble. Tenía a mis órdenes el PUTEK (Plan Utilitario de Técnica y Calendario) con dos secciones de temporística: la de los guanta y la dispersiva, y el plan histórico, dividido igualmente en dos sectores: el Humano y el Inhumano. El jefe de los tecnólogos era el doctor R. Boskovitz, y los historiofactores obedecían al profesor P. Latton. Además tenía a mi disposición personal cuerpos de histocomandos y tempocaidistas con una brigada de especialistas de destronamientos por averías, y un organismo de control. Esta organización de urgencia, una especie de servicio de bomberos para ocasiones imprevistas y peligrosas, llevaba el nombre abreviado de MIRA (Móvil Inspección de Rescate y Auxilio). En el momento de mi llegada, los tecnólogos temporistas estaban listos para empezar operaciones telecrónicas a gran escala, mientras que en el sector de los asuntos Humanos (cuyo jefe era el doctor Harry S. Totteles) los especialistas elaboraban centenares de HAREMS (Harmonógramas de Educación Mejorativa). Paralelamente, el sector de los asuntos Inhumanos (ingeniero de cuerpos O. Goodlay) realizaba variantes del arreglo del sistema solar, o sea, de los planetas, con la Tierra a la cabeza, del transcurso de la Evolución de la Vida, de la antropogénesis, etc. Tuve que despedir, uno tras uno, a todos mis subordinados que acabo de mencionar. Cada uno evoca en mi memoria una crisis distinta en el seno del proyecto; hablaré de ellas en un momento oportuno para que la humanidad sepa a quién debe sus dificultades.

Tenía, al principio, las mejores esperanzas. Después de haber asistido a un cursillo abreviado que me inició en los elementos de telecronía y cronomutación, y de ponerme al corriente de la cuestión de la organización (competencia de los sectores, reparto de trabajo, etc.), ya en aquel entonces tuve diferencias de opinión con el contable principal Eug. Clides), vi con claridad lo titánico de mi tarea. La ciencia del siglo XXVII me abrió las perspectivas de toda una gama de tecnologías distintas de la actividad en el tiempo y, como si fuera poco, esperaban mi decisión centenares de más variados planes de mejoras históricas. Cada uno estaba respaldado por la sabiduría y la autoridad de los profesionales más insignes, ¡y yo debía escoger en aquel embarras de richesse!, ya que no se había llegado aún al acuerdo, ni desde qué época debíamos hacerlo, ni siquiera respecto a la cantidad de intervenciones que íbamos a emprender.

En la primera fase de trabajos, marcada por el optimismo decidimos no tocar todavía la historia de la humanidad, arreglando solamente los eones que la habían precedido. Nuestro monumental programa preveía —la numeración siguiente es sólo un ejemplo— la

desvulcanización de los planetas, el enderezamiento del eje terráqueo, la preparación en Marte y Venus de condiciones favorables para su colonización futura, para lo que la Luna debía servir de una especie de puente o estación de tránsito para la cosmonáutica de emigración, que tenía que empezar dentro de tres o cuatro mil millones de años. Con la ilusión de un Pasado Mejor, di la orden de poner en marcha los Generadores de Esfera Isocrónica (GÉNESIS). Teníamos, preparados en sus puestos, tres tipos de ellos: BREQUEBRAC, COAX y COCU. Ya no me acuerdo ahora qué significaban esas siglas; sé que COAX trabajaba coaxialmente y COCU definía la Corrección Cuantitativa.

Los resultados del arranque estuvieron peor de todo lo previsible; las averías se sucedían en cadena. En vez de frenar suavemente y sincronizarse con el transcurso del tiempo normal, COCU explotó en Marte, requemó la superficie del planeta y lo convirtió en un desierto; todos los océanos se evaporaron, el suelo, reseco, se resquebrajó, formando una red de tremendas zanjas, de cientos de kilómetros de ancho. De ahí nació en el siglo XIX la hipótesis de los canales de Marte. Como no deseaba que la humanidad de aquel tiempo se enterara de nuestra acción, para que no le nacieran complejos perjudiciales, ordené cubrir con cemento todos los canales, lo que fue hecho por el ingeniero Lavache en el año 1910. Más tarde los astrónomos no se extrañaron por su desaparición, ya que achacaron la cosa a una ilusión óptica de sus predecesores. COAX, que debía fertilizar Venus, fue asegurada contra la avería de COCU por medio de AMOREQUIN (Amortizador de Energía Cinecrónica), pero fallaron los CULITOS (Compensadores Ultraligeros de Traumatismos Operativos), y toda Venus fue saturada de una atmósfera tóxica, causada por el cronoclimo. Quitó el cargo al ingeniero Wadenlecker, responsable de esas operaciones, pero, cediendo a las instancias del Consejo Científico, permití que efectuara la última parte de los experimentos. Esta vez ya no fue una avería lo que ocurrió, sino una catástrofe a escala cósmica. Corriendo con mucha aceleración contra la corriente del tiempo, un BREQUEBRAC se incrustó en el presente de hace 6,5 mil millones de años, tan cerca del Sol, que arrancó de él una masa enorme de materia estelar. Esta última, retorcida por los efectos de gravitación, dio origen a todos los planetas.

Wadenlecker trataba de defenderse, alegando que gracias a él se creó el sistema solar, ya que si no hubiera sido por la avería de la cabeza cronal, la posibilidad de aparición de planetas sería, prácticamente, igual a cero. Los astrónomos de tiempos ulteriores no llegaron a imaginarse qué estrella pudo pasar lo bastante cerca del Sol para arrancarle una porción de materia protoplanetaria, y que, en efecto, las trayectorias tan ceñidas pertenecen a los fenómenos casi imposibles. Desposeí finalmente a aquel tipo arrogante de la jefatura tecnocrónica, porque, según mis ideas, el sentido y la finalidad del proyecto no consistían en hacer las cosas sin querer, gracias a la incuria y falta de control. Si se hubiera dado el caso, podríamos formar los planetas mucho mejor. Verdaderamente, poco tenía de qué enorgullecerse el departamento técnico después de arruinar Venus y Marte.

Quedó en la orden del día el plan de enderezamiento del eje de la esfera terrestre; se trataba de dar más uniformidad al clima y liberarla de los fríos polares y canículas ecuatoriales. El objetivo de la operación era humanitario: queríamos dar más facilidades de sobrevivir en la lucha por la existencia de varias especies. Los resultados fueron totalmente opuestos a nuestro propósito. La mayor época glacial de la Tierra, la del Cámbrico, fue provocada por el ingeniero Hansjacob Prötzlich, al hacer disparar una unidad pesada de «enderezador» que dio al eje terráqueo la llamada «duplicación». La primera glaciación, en vez de poner en guardia al imprudente temporista, fue la causa indirecta de la segunda: viendo lo que había hecho, Plotzlich disparó, sin que yo lo supiera, una nueva carga «correctiva». Sobrevino un cronoclimo y una nueva época glacial, esta vez en el Pleistoceno.

Antes de que hubiera tenido tiempo de destituirle, este hombre incorregible logró provocar una tercera cronocolisión; desde entonces, por su culpa, el polo magnético de la Tierra no corresponde al del eje, ya que el planeta no ha dejado todavía de oscilar. Una

metralla temporal del «Corrector» penetró en el año millonésimo antes de nuestra era: allí se encuentra hoy día el Gran Cañón de Arizona; no hubo, por suerte, víctimas humanas, porque los hombres no existían todavía. Se quemó, solamente, una gran extensión de selva. Otro fragmento pudo frenarse apenas en el año 1908: los indígenas le dan el nombre de «caída de meteorito siberiano». Como vemos, no eran ningunos meteoritos, sino pedazos de un «Optimalizador» mal fabricado que se descompuso en el tiempo. Eché a Plótzlich sin hacer caso a nadie, y cuando le sorprendieron de noche en el cronoratorio (tenía remordimientos, ¡figúrense!, y quería «corregir» lo que había hecho), pedí para él la pena de una relegación en el tiempo.

Le perdoné finalmente (lo que ahora estoy lamentando) y, cediendo a una sugerencia del profesor, puse en el cargo vacante a un tal ingeniero Horquez. No tenía ni idea de que era cuñado de Rosenbeisser. Las consecuencias del nepotismo, en el cual fui mezclado a pesar mío, no se dejaron esperar mucho. Horquez era inventor de SIFIL (Sistema de Frenos Ilimitables, perfeccionado por el ingeniero temporístico Bummeland. La línea de razonamientos de ambos fue ésta: si la monstruosa energía gigacrónica se libera, aun a raíz de un cronoclismo, que se convierta, por lo menos, en radiación pura, en vez de actuar como onda explosiva (p. j., la que devastó Marte). Esa idea, insuficientemente trabajada (¡las intenciones no cuentan!), me proporcionó graves disgustos. SIFIL transformó, es cierto, la energía cinética en la de radiación, pero de qué nos servía, si por culpa de las radiaciones en plena era mezozoica fueron exterminados todos los saurios y Dios sabe cuántas especies más.

Bummeland afirmaba, en su defensa, que no había pasado nada malo, ya que, gracias a él, pudieron entrar en el escenario evolutivo vacío los mamíferos antepasados del hombre. ¡Como si todo estuviera previsto de antemano! Al cometer el sauriocidio, los dos aprendices de sabios nos privaron de la libertad de maniobra antropogenética y, encima, querían que se les diera las gracias. Horquez simuló remordimientos de conciencia, incluso escribió una autocrítica, pero es falso que presentara su dimisión por su propia iniciativa. Lo dije a Rosenbeisser que mientras su cuñado perteneciera al proyecto, no pisaría los umbrales de la dirección.

Después de toda aquella racha fatal, reuní a todo el equipo y pronuncié un discurso, advirtiéndoles que desde entonces en adelante me vería obligado a aplicar medidas draconianas a quien atentara contra la seguridad del pasado. ¡No bastaría entonces con la pérdida de un buen empleo!

Se decía que las averías eran admisibles y aun inevitables cuando se pone en marcha una tecnología tan nueva y atrevida. ¿Acaso no se habían desintegrado varios cohetes antaño, en los albores de la era cosmonáutica? Nuestra actividad, por transcurrir en el tiempo, representaba un peligro incomparablemente mayor. El Consejo Científico me presentó a un nuevo especialista de la temporística: era el profesor L. Nardeau de Vince. Antes de emprender el experimento siguiente, les avisé, a él y a Boskovitz, que no había fuerza que me obligara a ser indulgente, si ocurrían accidentes graves causados por la negligencia.

Les enseñé los memoriales que Wadenlecker, Bummeland y Horquez enviaron a mis espaldas al Consejo Científico, llenos de contradicciones, ya que tan pronto evocaban las dificultades objetivas como trataban de hacer pasar sus errores por méritos. Les dije que estaban muy equivocados los que me tomaban por analfabeto. Basta con conocer las cuatro reglas de aritmética para calcular la cantidad de materia del Sol malgastada improductivamente, ya que todos los planetas uránicos, verdaderos montones de escombros, peor que eso, verdaderas cloacas llenas de amoníaco, estaban fuera de uso. Puse también cruz y raya sobre Marte y Venus y di luz verde a la última prueba de arreglo del sistema solar. El programa preveía la transformación de la Luna en un oasis para los cansados cosmonautas del futuro y, al mismo tiempo, en una estación de trasbordo para los viajeros a Atena.

¿Ustedes no saben qué es Atena? No me extraña en absoluto. Ese planeta debía ser perfeccionado por el equipo de Gestirner, Starshit y Astroianni. Resultaron ser los peores chapuceros dentro del proyecto. SEXATEL (Sistema Excéntrico de Automática Telecrónica) falló, SEDES (Seguro de Descolisión) se partió en dos; en cuanto a Atena, en órbita entre Marte y Júpiter, dicho planeta estalló en noventa mil trocitos, convirtiéndose en el llamado Cinturón de Asteroides. Los señores optimizadores masacraron irremediabilmente la superficie de la Luna. Es de extrañar, incluso, que la esfera haya quedado entera. Este fue el origen del famoso rompecabezas de los astrónomos de los siglos XIX y XX, que no pudiendo comprender la causa de la presencia de tantos cráteres en el satélite de la Tierra, inventaron dos teorías: la volcánica y la meteorítica, para explicarla.

Ridiculeces. El autor de los llamados cráteres volcánicos es el ingeniero temporista Gestirner, responsable por el SEDES, y el de los «meteoríticos», Astroianni. Es este último quien apuntó sus aparatos a Atena hace tres mil millones de años y la hizo pedazos. El retroceso de ese cronocismo frenó el movimiento giratorio de Venus y suministró a Marte dos satélites falsos que se mueven como locos en un sentido contrario al previsto. Al lado de esta hazaña, parece un detalle insignificante el hecho de que el «insigne» especialista haya transformado la superficie de la Luna en un polígono de artillería, sobre el cual los pedazos de Atena fueron cayendo durante millones de años. Cuando supe que un fragmento del cronotractor, extendido por la explosión a 2.950.000.000 años, había alcanzado los tiempos prehistóricos, cayendo en el océano y agujereando su fondo (de paso echó a pique la Antártida), yo personalmente puse de patitas en la calle a los autores de la múltiple catástrofe cósmica; los responsables del conjunto de la operación fueron sancionados conforme a mi decisión previa. Apelaron, naturalmente, al Consejo, pero no se les dio satisfacción alguna.

Desterré al profesor Nardeau de Vince al siglo XVI, y a Boskovitz al XVII, para que no pudieran contactarse y tramar intrigas. Como ustedes saben, Leonardo da Vinci pasó la vida esforzándose en construir un crono-vehículo, pero no lo logró jamás; los llamados «helicópteros» de Leonardo y otras máquinas, extrañísimas e incomprensibles para sus contemporáneos, eran frutos abortados en su afán de evasión del destierro en el tiempo.

Boskovitz se comportó, si puede decirse, de una manera más razonable; era un hombre extremadamente dotado, de razonamiento preciso, por ser las matemáticas la base de su instrucción. En el siglo XVII fue un pensador insigne, aunque generalmente ignorado. Su propósito fue el de popularizar las ideas de la física teórica, pero nadie de su época entendía una sola palabra de sus tratados. Para hacerle más soportable su destierro, le envié a Ragusa (Dubrownik); en plan privado, le tenía simpatía, pero no podía dejar de castigar severamente a los hombres con cargos de responsabilidad, aunque el Consejo Científico no estuviera de acuerdo con mis decisiones.

La primera fase del proyecto terminó, pues, con un fracaso completo, ya que opuse un veto terminante a la continuación de pruebas de la serie GÉNESIS. ¡Las inversiones a fondo perdido eran ya bastante cuantiosas!: colosales terrenos yermos de los globos jupiterianos, Marte irremediabilmente requemado. Venus doblemente envenenado, la Luna arruinada (los llamados «mascones», concentraciones de la masa bajo su superficie, son unos fragmentos de cabezas de SEXATEL y SEDES, hincados profundamente en el suelo y recubiertos de lava endurecida), el eje de rotación terrestre todavía más torcido que antes, un hoyo en el fondo del Océano que provocó la separación de los continentes de Eurasia y ambas Américas..., constituían un balance de operaciones más bien triste. A pesar de ello, defendiéndome a mí mismo contra el pesimismo total, abrí el campo de optimización creativa a los equipos del Departamento Histórico.

Este último, como recordarán, se componía de dos sectores: uno para los asuntos humanos (profesor Harry S. Totteles) y otro para los inhumanos (ingeniero de corporística Goodlay; la jefatura general del Departamento fue confiada al profesor P. Latton, que me

inspiraba, desde un principio, una cierta desconfianza por su radicalismo y la intransigencia de sus ideas. Por esta razón prefería no darme prisa todavía con las mejoras de la historia propiamente dicha, ya que encontraba más conveniente preparar unos individuos prudentes y razonables, para que se civilizaran ellos mismos. Contuve, por tanto, a Latton y Totteles (no fue fácil, porque ardían en ganas de ser hacedores de historia) y encomendé a Goodlay la actividad de la Evolución de la Vida sobre la Tierra. Para que no se me tildara de retrógrado y opresor de la creatividad inferí al proyecto HOPSA (Homo Perfectus Sapiens) una autonomía considerable. Insté solamente a los encargados de la acción (Z. Goodlay, H. Ohmer, H. Bosch y V. Eyck) a que sacaran enseñanzas de los errores de la Naturaleza, que había torcido y estropeado a todos los seres vivos, cerrándose a sí misma todos los caminos más ventajosos hacia la Razón; reconozco que no se le puede culpar por ello, ya que actuaba a ciegas, trabajando al día. Nosotros, en cambio, debíamos hacer un trabajo lógico y programado, sin perder jamás de vista la meta que nos propusimos, es decir, HOPSA. Mis subordinados me aseguraron que tendrían en cuenta esas directrices, me garantizaron el éxito y pusieron manos a la obra.

Puesto que les había otorgado la famosa autonomía, no interferí en sus asuntos, ni les controlé durante mil quinientos millones de años. No obstante, las cantidades ingentes de cartas anónimas que recibía me convencieron de que se necesitaba una averiguación de los hechos. ¡No sé cómo no encanecí, al comprobar el estado de cosas! Primero jugaron como niños durante unos cuatrocientos millones de años con no sé qué pececitos acorazados y trilobites; luego, viendo cuan corto era el tiempo que les quedaba hasta el final de los mil millones, se precipitaron a trabajar a destajo. Montaban los elementos sin ton ni son, a cuál más extravagante, produciendo ya montañas de carne a cuatro patas, ya rabos solos, ya cosas más diminutas que granitos de polvo. Sacaron a la luz del día unos ejemplares pavimentados con adoquines, a otros les colocaron cuernos, colmillos, tubos, trompas, donde fuera. Todo era feo, repugnante, absurdo; daba miedo verlo: puro abstractismo y formalismo bajo el signo de la antiestética.

Lo que más me enfureció fue su autosatisfacción; decían que no eran tiempos para una creación relamida, que yo no entendía nada, que «no sentía la forma», etc. ¡Y si esto fuera todo! ¡Pero ca! En aquel grupito bien avenido todos intrigaban contra todos. No había nadie que pensara en el Hombre Racional, estaban demasiado ocupados en estropear los proyectos de sus colegas: tan pronto salía en la Naturaleza un ejemplar nuevo, ya preparaban un monstruo, confeccionado a fin de que lo deshiciera a golpes o a mordiscos, para demostrar la mala calidad del producto de un rival. Lo que se llamó más tarde «la lucha por la existencia», fue un resultado de envidias e intrigas. Los colmillos y las garras de la Evolución son una mera consecuencia del ambiente que imperaba en el sector. En vez de una colaboración, encontré el despilfarro gigantesco y el sabotaje de las especies construidas por los colegas. Cada uno de esos hombres obtenía la mayor satisfacción cuando podía taponar para siempre la evolución ulterior de una estirpe fabricada por uno de sus compañeros; de ahí tantos callejones sin salida en el terreno de la vida. No, rectifico: no se puede hablar aquí de la vida, sino de una cosa intermedia entre el museo de horrores y el cementerio. Sin terminar con una inversión, saltaban a la siguiente. Desperdiciaron las posibilidades de los anfibios y artrópodos, instalándoles unos conductos de aire inadecuados. Si no hubiera sido por mí, no habiéramos tenido nunca la época del vapor y la electricidad, porque «se olvidaron» del carbón y no plantaron los árboles que debían convertirse más tarde en el combustible para las máquinas de vapor.

Durante toda la inspección, no cesé de morderme los puños de desespero; todo el planeta rebosaba de horrores y chatarra inútil. El que se lució especialmente fue Bosch: cuando le pregunté de qué servía ese Hhamphornychus con la cola cortada en forma de una cometa para niños, si no sentía vergüenza por los Proboscidae y, para qué

necesitaban los lagartos unas púas como palos de empalizada en la espalda, me contestó que yo no comprendía la pasión creadora. Exigí que me enseñara, entonces, donde debía ubicarse la razón; era una pregunta sin contestación posible, ya que todas las vías que podían prometer algo estaban obstruidas de antemano por los otros «creadores». No les había impuesto soluciones detalladas, les hablé tan sólo de los pájaros, de las águilas; pero ellos a todo lo que volaba le microminiaturizaron las cabezas, y a lo que corría como el avestruz, lo idiotizaron completamente. Quedaba sólo una alternativa: o se hacía al hombre con unos desperdicios marginales, o se le proponía una evolución llamada «de apertura», o sea, abriendo por la fuerza las líneas de desarrollo taponadas. Pues bien, lo de «apertura» era inadmisibile, porque las inferencias tan manifiestas hubieran sido reconocidas luego por los paleontólogos como milagrosas, mientras que yo había prohibido desde el principio toda milagrería para no inducir a error a las generaciones venideras.

Eché a los cuatro proyectistas desvergonzados; luego sobrevino la hecatombe de los productos abortados de su imaginación, que, mal confeccionados, morían a millones. Se dijo que yo ordené el exterminio de aquellas especies, pero es un absurdo que pertenece al repertorio de calumnias que no se me ahorraron. No fui yo quien empujaba la vida de un rincón al otro del proceso evolutivo como si fuese un armario, ni quien duplicó la trompa al amebododón, ni quien hinchó al camello (gi-gantocamelus) hasta las dimensiones de un elefante, ni quien jugó con las ballenas, ni quien llevó a los mamuts a la perdición. Yo entregué mi vida al Proyecto, no a la diversión indecente en que convirtió la Evolución el equipo de Goodlay. Desterré a Eyck y a Bosch al Medioevo, y a Ahmer, por haber parodiado el tema de HOPSA (confeccionó, entre otras cosas, al hombre-caballo y a la mujer-pep, dotándola, por añadidura, con la voz de soprano agudo), a la antigüedad, a Tracia. Y aquí ocurrió un fenómeno con el cual me volví a encontrar varias veces. Los proscritos, despojados de sus funciones, sin poder crear cosas reales, se liberaron de su frustración en una productividad sustitutiva, una especie de sucedáneo. Quien tenga la curiosidad de saber qué ideas guardaba todavía en reserva Bosch, puede satisfacerla contemplando sus cuadros. Tenía, desde luego, un gran talento. Lo demostró, incluso, en su capacidad de adaptarse al espíritu de la época pintando lienzos de temática religiosa, que le servía de pretexto: todos aquellos juicios finales e infiernos suyos. Por otra parte, Bosch no supo abstenerse de la indiscreción: en el «Jardín de las de delicias», en el «infierno musical» (ala derecha del tríptico), colocó bien en el centro un cronobús de doce personas. ¿Y qué podía hacer yo con esto?

Respecto a H. Ohmer, creo que su destierro a la Grecia antigua en pos de sus engendros fue un acierto. Lo que pintaba se perdió, pero se conservaron sus escritos. No sé por qué nadie se dio cuenta de sus anacronismos. Bien se ve que no tomaba en serio a los moradores del Olimpo, que no paran de hacer intrigas entre ellos, comportándose exactamente igual como él y sus compañeros de trabajo. La Ilíada y la Odisea son poemas con clave; Zeus, el iracundo, es un libelo contra mí.

A Goodlay no le eché en el acto, porque Rosenbeisser intercedió por él. Me dijo que si aquel hombre fallaba, yo podía desterrarle a él, al director científico del Proyecto, aunque fuera al arqueozoico. Al parecer, Goodley tenía reservados unos planes secretos de producción y, como yo me opuse al concepto de aprovechar residuos de monos, empezó la realización de PERABI (Perfeccionamiento Racional por Antropogénesis Binaria). No tenía ninguna fe en su PERABI, pero le dejé hacer, para que no se dijera que encontraba defectos en todos los proyectos. El consecutivo control móvil demostró que había forzado a un par de mamíferos pequeños a meterse en el mar, les obligó a parecerse a los peces y les montó un radar en la frente. Su obra se encontraba en aquel momento en la etapa del delfín. Ese hombre tozudo se empeñaba en afirmar que, para conseguir la armonía, eran necesarias dos especies racionales: una de la tierra firme y una acuática. ¡Valiente tontería! ¡Imagínense los conflictos que se plantearían entre ellas! Le dije: «¡No habrá

ningún ser subacuático racional!» El delfín quedó, pues, como estaba, con ese cerebro suyo desproporcionado, y caímos en una nueva crisis.

¿Qué nos quedaba? ¿Volver a empezar la evolución desde el principio? Mis nervios ya no daban para tanto. Dije a Goodlay que actuara según sus propios criterios y di mi visto bueno al mono en carácter de semiproducto, bajo la condición de que se mejoraran sus condiciones estéticas. Para que no pudieran alegar luego no sé qué pretextos, le envié mis directrices por escrito, por vía oficial del servicio: confieso que omití especificar algún detalle que otro. Sin embargo, subrayé el mal gusto de nalgas desnudas y recomendé una actitud civilizada en cuanto al asunto del sexo, sugiriendo soluciones semejantes a las flores (p. ej. miosotis), capullos, etc. Aún al marcharse (tuve que tomar parte en una reunión del Consejo), le pedí personalmente que no hiciera ninguna chapuza de las tuyas, sino que buscara unos diseños bonitos. En su laboratorio reinaba un desorden horripilante, por todas partes se veían tablones, maderos, sierras... ¿Esto debía servir para el amor? «¿Está usted loco —le dije—, el amor a base de sierras de disco?» Tuvo que darme su palabra de honor de que abandonaría la sierra, me dio la razón en todo sin discusión alguna, pero yo noté sus risitas que ni siquiera disimulaba: debía saber ya que en un cajón de mi escritorio estaba esperando el documento de su despido, así que todo le tenía sin cuidado.

Resultó que Goodlay hizo todo lo posible para hacerme rabiar. Me enteré de que se jactaba, diciendo a diestro y siniestro que el director (o sea, yo) se pondría de todos los colores cuando volviera; en efecto, se me erizaron los pelos. ¡Dios mío! Le mandé a buscar inmediatamente. Vino, muy formal, fingiendo respeto y obediencia: ¡pretendió haber observado estrictamente mis directrices, mientras que, en vez de liquidar aquella calva del trasero, afeitó al mono entero. En cuanto al amor y al sexo, lo que hizo fue un verdadero sabotaje. ¡Basta con pensar dónde lo había colocado! Ni siquiera vale la pena que les describa todos sus actos delictivos. Sus efectos están a la vista en todo el mundo. ¡Buen trabajo, el del señor ingeniero! Se puede criticar a los monos como se quiera, pero, por lo menos, eran vegetarianos. El los convirtió en carnívoros.

Convoqué una reunión extraordinaria del Consejo para que deliberara sobre el asunto de la benignización del homo sapiens; durante los debates se dijo que era demasiado tarde, que estas cosas no podían enmendarse de golpe, que habría que liquidar de veinticinco a treinta millones de años. Mi voz quedó en minoría absoluta. Lamento no haberme servido de mi derecho al veto, pero ya no tenía fuerzas para nada. Por otra parte, me llegaron señales de los siglos XVIII y XIX; para hacer su vida más cómoda, varios funcionarios de MIRA a quienes no apetecían frecuentes viajes en el tiempo, establecieron su residencia en los sótanos de castillos y palacios antiguos sin guardar la menor prudencia, de tal suerte que empezaron a circular historias extravagantes sobre almas condenadas, ruidos de cadenas (sonidos de cronociclos que se ponían en marcha), fantasmas (llevaban ropa blanca, como si no hubieran podido escoger otro color para sus uniformes). La gente perdía la cabeza, se espantaba de las apariciones que atravesaban muros y paredes (el arranque de un vehículo temporístico siempre se presenta así, ya que el cronociclo está parado y la tierra sigue girando); en una palabra, montaron un lío tan considerable, que nació el romanticismo. Después de castigar a los culpables, cogí por mi cuenta a Goodlay y a Rosenbeisser.

Los desterré a ambos, sabiendo que el Consejo científico no iba a perdonármelo nunca. Aun así, quiero ser leal: Rosenbeisser, cuya actitud hacia mí fue un escándalo, se comportó en el destierro bastante bien (en la persona de Juliano el Apóstata): hizo muchas cosas para mejorar en Bizancio la existencia de los pobres. Por lo visto, había fallado en su cargo anterior porque no estaba a su altura. Es mucho más fácil ser emperador que dirigir las operaciones de mejora de la historia entera.

Así se cerró la segunda fase del Proyecto. Otorgué el derecho a entrar en acción al sector de asuntos sociales, puesto que ya sólo podíamos perfeccionar la historia

civilizada. Totteles y Latton no cabían en sí de gozo por los fallos de sus predecesores, haciendo, al mismo tiempo, constar hombres prudentes, que ahora ya no se podía esperar demasiado de OTHUS por tratarse de un homo sapiens tal como era.

Harry S. Totteles confió la ejecución del primer programa experimental de mejoras a cuatro cronalgistas: Khand el Abr, Canne de la Breux, Guirre Andula y G. I. R. Andull, poniéndolos bajo el mando directo del ingeniero de historiofiscencia, Hemdreisser. El y sus colegas planearon la aceleración de la urbanística. En el Bajo Egipto de la Dinastía XII o XIII (no recuerdo bien) acumularon grandes cantidades de materiales de construcción con la ayuda de unos agentes temporales, a los que solemos llamar corrientemente «enchufes en el tiempo», y elevaron el nivel de las técnicas de edificación; pero el plan sufrió deformaciones por falta de vigilancia. En resumen, en vez de emprender la edificación en masa de viviendas, se llegó a construir (por culpa del exceso de culto a las individualidades), unos mausoleos que de nada servían, para varios faraones. Desterré todo el equipo a Creta. De ahí el origen del palacio de Minos. No sé si es cierto lo que me dijo Betterpar: que los proscritos se conjuraron contra su ex jefe, lo atacaron y lo encerraron en el Laberinto. No lo averigüé en las actas y, como acabo de decir, no estoy seguro; en todo caso, Hemdreisser no se parece, para mí, al Minotauro.

Decidí terminar con estos trabajos a tontas y a locas y exigí que se me presentaran proyectos de características consecuentes y detalladas. Teníamos que escoger entre la acción abierta y la oculta, es decir, decidir si los hombres de distintas épocas debían saber que alguien les ayudaba desde fuera de la historia. Totteles, de ideas más bien liberales, era partidario del criptocronismo, por el cual me pronunciaba yo también. Si nos inclinábamos por la estrategia contraria, debíamos imponer a los pueblos del pasado un Protectorado manifiesto, lo que despertaría en ellos la sensación de estar oprimidos. Lo que se imponía era prestarles ayuda de manera disimulada. El punto de vista de Latton era opuesto al nuestro, porque había imaginado un proyecto ideal de estado, que quería hacer adoptar por todas las naciones.

Respaldo por mí, venció Totteles; me presentó luego a un joven ayudante suyo, al parecer uno de sus mejores colaboradores. Este científico prometedor, A. Donnai, era inventor del monoteísmo. Según me explicó, Dios, siendo pura idea, no podía perjudicar a nadie; en cambio a nosotros, los optimalizadores, nos ofrecía una libertad de acción absoluta, ya que, conforme al proyecto, las decisiones Divinas eran inaccesibles a la comprensión humana: los hombres no las entendían y, por tanto, no podían extrañarse de nada, ni sospechar que alguien se inmiscuía telecrónicamente en su historia. No me pareció mal ese concepto, pero, por si acaso, di solamente al joven universitario un pequeño campo experimental y aún en un rincón lejano del mundo, en Asia Menor, poniendo a su disposición la tribu de Judá. Su ayudante fue el ingeniero de historiofiscencia J, Obb. Ambos cometieron abusos graves, puestos de manifiesto por una comisión controladora. Pase que Donnai haya dado la disposición de hacer llover 60.000 toneladas de sémola de trigo durante una migración de los judíos a través del desierto; la ayuda «discreta» que debía prestarles se tradujo por tantas injerencias (abría y cerraba el Mar Rojo, envió contra los enemigos de Judá nubes de langostas teleguiadas), que a sus protegidos se les subieron los humos a la cabeza y se proclamaron el pueblo escogido.

Era cosa típica que si la realización de un proyecto fallaba, su autor, en vez de cambiar de táctica, iba aumentando cada vez más la potencia de los medios materiales. A. Donnai superó en este sentido a todos los demás cuando aplicó el napalm. ¿Que por qué le di permiso? ¡Vaya pregunta! Simplemente, no lo sabía. En el campo experimental del Instituto nos hizo solamente la demostración de ignición teleguiada de un arbusto, comprometiéndose a realizar sólo cosas parecidas en el pasado: dijo que quemaría unos cactus secos en el desierto y nada más; gracias a esta clase de espectáculos, dijo, podía lograr más fácilmente el arraigo de normas morales en la gente. Después de desterrarlo a la Península de Sinaí, prohibí severamente a todos los jefes de equipos la concesión de

licencias para toda acción aparentemente sobrenatural. Sin embargo, es evidente que los hechos efectuados por Donnai y J. Obb tuvieron una prolongación histórica.

Siempre pasa lo mismo. Cada inferencia telecrónica origina un alud de fenómenos, imposible de frenar sin la aplicación de unos medios adecuados. Estos, a su vez, provocan una perturbación nueva, y la cadena sigue, infinitamente. El comportamiento de A. Donnai en el destierro fue muy incorrecto, ya que se aprovechó de la fama conseguida por él en el cargo de historiofactor. No pudo ya, por cierto, hacer «milagros», pero el recuerdo de los anteriores tuvo una vida larga. En cuanto a J. Obb, sé que hubo quien decía que yo envié varios histocomandos contra él, pero fue una calumnia. No conozco a fondo el asunto porque no podía ocuparme de esa clase de detalles; en todo caso, sé que se había enemistado con A. Donnai, quien le hizo pasar tantos apuros que de ahí nació la leyenda de Job. Los que salieron más malparados del experimento fueron los judíos, por haber creído firmemente en su condición excepcional: después de la liquidación del Proyecto, pasaron por muchos trances amargos, tanto en su patria como durante la diáspora. Prefiero silenciar lo que mis enemigos en el Proyecto dijeron de mí a este propósito.

Por de pronto, entramos en la fase de las crisis más graves. No eludo mi parte de responsabilidad por ellas, puesto que, cediendo a las sugerencias de Totteles y Latton, permití las mejoras de la historia en un frente ancho, es decir no en sitios y momentos aislados, sino en toda su longitud temporal. La estrategia de esas mejoras, llamada integral, condujo al enturbiamiento del cuadro de la acción; para contrarrestarlo, coloqué grupos de observadores en cada siglo y di a Latton plenos poderes para la organización de cronicía secreta que debía luchar contra el gamberrismo en el tiempo.

Esta pesadilla, peor que la de un mal sueño, se manifestó a raíz del llamado asunto de las escobas. Sus protagonistas eran unos jovenzuelos descarados, cuyos grupos se componían en parte de nuestro personal auxiliar, mozos de laboratorio, secretarias, etc. Un sinfín de cuentos medievales sobre los pactos con demonios, incubos y súcubos, aquelarres, juicios de brujas, tentaciones de santos, etc., procede de la cronomoción clandestina practicada por una juventud desprovista de principios morales. La cronocicleta individual consta de un tubo con sillín y embudo de escape, así que puede confundirse con una escoba, sobre todo a media luz. Muchas chicas desvergonzadas montaban en ellas para dar un paseo, especialmente de noche, a fin de dar sustos a los campesinos de la temprana Edad Media. No contentándose con vuelos rasantes encima de sus cabezas, se atrevían a salir al siglo XII o XIII en unos déshabillés atrevidos (topless); no es, pues, de extrañar que se las tomara (a falta de definiciones mejores) por unas brujas desnudas, montadas a horcajadas en las escobas. Gracias a una circunstancia insólita, fue J. Bosch quien me ayudó, cuando se encontraba ya en el destierro, en las pesquisas y el descubrimiento de los culpables. El hombre no perdió la cabeza al ver a aquellos maleantes, sino, por el contrario, pintó sus retratos, de parecido exacto, y los colocó en su ciclo «infernol». Lo que la gente toma por figuras de demonios son, en realidad, decenas de cronocicletas ilegales con sus compañeros. La tarea del pintor fue fácil, porque conocía personalmente a la mayoría de ellos.

En consideración a las cantidades de víctimas de los excesos de cronogamberros, mandé a los culpables setecientos años atrás («Contestatarios del siglo XX»). Mientras tanto, N. Betterpart, jefe supremo de MIRA, manifestó que no podía dominar la situación de los trabajos desplegados sobre un frente de cuarenta siglos y pico, y exigió que se le mandara unos refuerzos especiales de brigadas de tempocaidistas, adiestrados sin averías. Nos pusimos a contratar cantidades de trabajadores nuevos, enviándolos inmediatamente a los sitios de donde venían señales de alarma, aunque su preparación no estuviera terminada. Su concentración en ciertos siglos dio lugar a unos incidentes graves, como, por ejemplo, las migraciones de los pueblos; a pesar de nuestros esfuerzos por camuflar las llegadas de los destacamentos, a mediados del siglo XX se generalizaron

unos rumores a propósito de «platillos volantes», facilitados por el desarrollo, ya existente entonces, de la tecnología de transmisión masiva de noticias. Sin embargo, era un detalle insignificante en comparación con un affaire nuevo, provocado y protagonizado por el jefe de MIRA en persona. Según los informes que se me llegaban del tiempo, sus subordinados, en vez de observar los progresos de las mejoras, se integraban activamente en el proceso histórico, siguiendo, por añadidura, no el espíritu de las directrices de Latton y Totteles, sino el de la política temporal, implantada con descaro por Betterpart. Antes de que me diera tiempo de desposeerle del cargo, se volatizó, es decir, huyó al siglo XVIII, porque allí podía contar con sus cronicías. Poco después, era emperador de Francia. Su repugnante fechoría clamaba un castigo. Latton me aconsejó enviar a un destacamento de cronocaidistas sobre Versalles en 1807, pero fue una idea inaceptable: una invasión semejante tenía que provocar forzosamente perturbaciones inauditas en toda la historia ulterior, despertando en la gente la conciencia de encontrarse bajo una tutela. Totteles, más prudente, elaboró un plan de castigar a Napoleón por medios «naturales», es decir, criptocrónicos. Empezamos a montar una coalición antibonapartista, concentraciones de fuerzas militares, etc. Pero todo fue inútil, porque el jefe de MIRA se lo olió en seguida y, ni corto ni perezoso, pasó el mismo al ataque. No por nada era un estratega profesional: se sabía la teoría de la guerra al dedillo así que venció consecuentemente a todos los enemigos que Totteles le echaba encima. Tuvimos la esperanza de atraparlo en Rusia, pero también allí logró escapar indemne. Media Europa yacía ya en ruinas y cenizas, de modo que prescindí de los consejos de los señores historiofactores y terminé con Napoleón en Waterloo yo solo. ¡Conste que no lo digo para jactarme!

Napoleón se fugó de Elba; reconozco que no era un lugar de destierro muy seguro; no tuve tiempo para buscar algo mejor, porque estaba abrumado por una cantidad de problemas urgentes. Ahora los culpables de abusos no esperaban ya pasivamente en sus puestos, sino que huían por su propia iniciativa al pasado remoto, llevándose consigo de contrabando medios necesarios para poder conseguir fama o aureola de hombres dotados de facultades extraordinarias (de ahí surgieron los alquimistas, Cagliostro, Simón el Mago y muchos más). Tuve varias noticias que me fue imposible averiguar, p. ej., que la Atlántida no fue sumergida por los efectos secundarios de la operación GÉNESIS, sino por el doctor Boloney, quien cometió este crimen con premeditación y alevosía, para que yo no pudiera comprobar las tonterías que había hecho allí. En una palabra, todo se hundía a mi alrededor. Perdí la fe en el éxito y, peor todavía, me volví desconfiado. Yo no sabía qué fenómenos eran consecuencia de la optimalización, qué otros se debían al hecho de no haberla terminado y, finalmente, cuáles tenían que achacarse a las malversaciones y falta de disciplina de los cronicías seculares.

Tomé la decisión de coger la cosa por otra punta. Me llevé la Gran Historia Universal en doce tomos y me puse a estudiarla; donde encontraba algo sospechoso, allí mandaba una comisión controladora. Esto ocurrió, p. ej., con el cardenal Richelieu; después de asegurarme en MIRA de que no era agente nuestro, di a Latton la orden de enviarle un inspector inteligente. Latton encargó de la misión a un tal Reichplatz. Tuve un golpe de intuición de mirar el diccionario y descubrir que Richelieu y Reichplatz significaban lo mismo, «Lugar Rico». Por desgracia, era ya demasiado tarde, porque ya había penetrado en las altas esferas de la corte y se había convertido en la eminencia gris de Luis XVI. No lo quité de aquel puesto, porque ya sabía, después de las guerras napoleónicas, qué efecto surtían esta clase de intervenciones.

Mientras tanto, iba madurando otro problema. Los siglos rebosaban de proscritos, la cronicía, desbordada, no podía vigilarles a todos si difundían chismorreos, supersticiones y noticias falsas adrede, o bien si procuraban sobornar a un funcionario. Empecé, pues, a enviar a todas las personas que tenían algo sobre la conciencia a un mismo lugar y tiempo, o sea, a la Grecia antigua. Los efectos de mi decisión fueron inesperados: es allí,

precisamente, donde se desarrolló más rápidamente la alta cultura. En Atenas, por ejemplo, hubo más filósofos que en todo el resto de Europa. Esto pasó cuando ya había desterrado allí a Latton y Totteles, ambos por haber abusado de mi confianza. Latton, uno de los radicales más empedernidos, saboté mis indicaciones y creó un programa político personal suyo (quien lo desee puede encontrar su teoría en la República, del mismo autor), antidemocrático al extremo e, incluso, basado en la opresión. Sus principios cristalizaron perfectamente en el Reino del Medio, la estructura de castas de la India, el Sacro Imperio Romano Germánico, etc. Si los japoneses creen desde el año 1868 en el origen divino del Mikado, es por culpa suya. Se murmuraba que fue Latton quien buscó marido para una tal Schicklgruber, a fin de que engendrara al monstruo (ya saben a quién me refiero), que puso a sangre y llamas media Europa. No sé si debo creerlo, ya que me lo dijo Totteles, que no le podía ver ni en pintura.

Latton era el autor del proyecto del estado azteca; Totteles, a pesar suyo, mandó allí a los españoles. En el último momento, informado de ello por MIRA, ordené el retraso de la expedición de Colón y la implantación de la cría de caballos en América del Sur, para que la caballería india opusiera resistencia a la de Cortés. Naturalmente, mis colaboradores fallaron como siempre, los caballos se extinguieron ya en el cuaternario, cuando los indios no existían todavía, así que no hubo quien tirara de los carros de guerra, a pesar de que la rueda fue suministrada a los indios a tiempo. Colón logró su propósito en 1492, sobornando a quien hacía falta. Bonita optimalización, ¿verdad? Hasta se me llegó a reprochar que, como si hubiera pocos filósofos en Grecia, mandara allí a H. S. Totteles y P. Latton. ¡Mentira! Precisamente, para demostrar lo humano que era, les permití que escogieran la época y el lugar del destierro; lo cierto es que coloqué a Platón no donde ardía en deseos de ir, sino en Siracusa, porque sabía que en esa ciudad, agobiada por la guerra, no podría realizar su queridísima idea del «Estado de Filósofos». Harry S. Totteles, como todos saben, fue luego el preceptor del joven Alejandro de Macedonia. Las consecuencias de su dejadez fueron terribles: siempre tuvo la debilidad de componer grandes enciclopedias, perdiendo tiempo en las clasificaciones y en la composición de la metodología universal de la Teoría del Proyecto Perfecto, mientras, a sus espaldas, pasaban cosas inauditas: el contable principal huyó antes de una inspección, se puso de acuerdo con un hombre rana, amigo suyo, juntos sacaron a note el oro de Moctezuma del canal en el que se había hundido durante la huida de los hombres de Cortés y, en el año 1922 se pusieron a jugar a la bolsa. Lo robado no aprovecha: fueron ellos los que provocaron el famoso crac del año 1929. No creo que haya perjudicado a Aristóteles; todo lo contrario: me debe su celebridad que, ciertamente, no hubiera conseguido por su colaboración (¡tan mediocre!) en el proyecto. En consecuencia, se me echó en cara que, bajo el pretexto de deportaciones y cambios de personal superior, había organizado una especie de tióvivo del nepotismo, ofreciendo a mis amigos lujosas sinecuras en todos los siglos. Convertido en cabeza de turco de todas las acusaciones, fui criticado siempre, hiciera lo que hiciera.

Como no puedo entrar en todos los detalles, no me extenderé en comentarios sobre las alusiones a mi persona, contenidas en los escritos de Platón y Aristóteles. Por cierto, no me agradecían su deportación, pero no me importan los rencores de nadie cuando entra en juego el destino de la humanidad. Otra cosa es Grecia: su caída me dolió mucho. No es cierto que yo la provocara, con la acumulación de filósofos; se cuidaba de aquel país Latton, en consideración a Esparta, porque quería organizarla conforme a los principios de su utopía bienamada, así que, una vez derrocado, nadie ayudó a los espartanos y tuvieron que rendirse ante el alud persa. ¿Y qué podía hacer yo? Un proteccionismo local era inadmisibles, ya que teníamos que proteger a la humanidad entera, pese a que la cuestión de las deportaciones entorpecía proyectos más extensos. No podía desterrar a nadie al futuro porque había allí mucha vigilancia y, como todos los sentenciados me suplicaban que los mandara a la Costa Azul, cedí finalmente a sus insistencias. Multitud

de personas con instrucción superior se concentró en torno al mar Mediterráneo; así se entiende por qué allí precisamente se encuentra la cuna de la civilización y la cultura de Occidente.

Respecto a Spinoza, era, lo reconozco, un hombre de bien, sólo que permitió las cruzadas (no quiero decir con ello que las organizara él). Le confié el cargo vacante después de quitárselo a Latton; era un hombre intachable, pero muy distraído: firmaba los documentos sin mirar lo que le ponían delante. En una ocasión de éstas otorgó plenos poderes a Lowenherz (Corazón de León). Alguien armó un lío en el siglo XIII y, cuando empezó la búsqueda del culpable, Lowenherz iba enviando allí un cronobús de cronicías secretos tras otro. Aquel personaje (no recuerdo quién era), perpetró las cruzadas para esconderse en medio del caos general. No sabía qué hacer con Spinoza. Grecia estaba llena a reventar de pensadores parecidos a él. Ordené pues, primero, que lo hicieran pasar a través de todos los siglos (ida y vuelta) para que se balanceara con la amplitud de oscilaciones de cuarenta siglos (la leyenda del Judío Errante), pero como cada vez que pasaba por nuestro presente se quejaba de fatiga, le envié al fin a Amsterdam. Le gustaban los trabajos manuales y en aquel sitio podía entretenerse tallando diamantes.

Se me preguntó varias veces por qué ningún proscrito quería confesar de dónde llegaba. ¡Estaría arreglado! Es obvio que si decían la verdad, les encerraban al instante en el manicomio. ¿Acaso no se hubiera tomado por loco, antes del siglo XX, a un hombre que afirmara que se podía hacer del agua corriente una bomba capaz de despedazar el globo entero? Tengamos presente, además, que la cronomoción no fue conocida hasta el siglo XXIII. Por otra parte, las confesiones de esta clase pondrían de manifiesto varios plagios en los trabajos de numerosos proscritos. Tenían prohibido predecir el futuro, pero a pesar de ello revelaron muchas cosas. Afortunadamente, en la Edad Media nadie se fijó en ellas (me refiero a lo que Bacon dio a entender a propósito de aviones a reacción y batiscafos, y a los computadores, mencionados en ARS MAGNA de Llull.)

Por suerte, A. Tila, el nuevo jefe de MIRA después de Napoleón, se sirvió de la llamada táctica del sistema Babel. Se trataba de lo siguiente: dieciséis ingenieros temporistas, condenados al destierro en Asia Menor, decidieron construir un cronoducto para escaparse, pretextando la edificación de una atalaya o torre. La palabra Babel era el criptónimo del nombre del complot (Bonificación Arquitectónica del Bloque de Evasión y Libertad). MIRA, al descubrir los trabajos en una fase bastante avanzada, dirigió al lugar a unos especialistas suyos, disfrazados de «proscritos de una remesa nueva». Estos últimos introdujeron adrede en los planos de construcción errores tan importantes, que el dispositivo se hizo trizas en el primer intento de ponerlo en marcha. Tila repitió la maniobra de «mezclar las lenguas» cuando echó grupos de diversión al siglo XX, que desacreditaron a los candidatos a adivinos del porvenir creando cuentos ridículos (llamados Ciencia Ficción), e introduciendo en las filas de futurólogos a un agente secreto nuestro, un tal McLuhan.

Confieso que me llevé las manos a la cabeza al leer los disparates, preparados por MIRA, que McLuhan debía difundir como «prognosis»; se me parecía imposible que nadie con el cerebro en su sitio pudiera tomar en serio las divagaciones acerca de la «aldea global» (camino y porvenir del mundo), y otros absurdos por el estilo contenidos en aquellos textos. No obstante, estaba equivocado: McLuhan hizo furor, mucho más que todos los individuos que decían cosas serías y verdaderas. Su fama llegó a ser tan grande que, según parece, empezó a creer finalmente él mismo en las tonterías de cuya divulgación estaba encargado. No le destituimos porque, al fin y al cabo, no nos perjudicaba en nada. En cuanto a Swift y sus «Viajes de Gulliver», donde figura, negro sobre blanco, una alusión a dos pequeñas lunas de Marte, junto con todos los elementos de sus evoluciones, imposibles de conocer en aquella época, la cosa resultó, simplemente, de un malentendido tonto. Los datos orbitales de las lunas de Marte constituían entonces el santo y seña del grupo de nuestros agentes en Inglaterra del sur y

uno de ellos, miope, tomó a Swift en un pub por un agente nuevo con el cual estaba citado en aquel lugar. No nos informó de su error, porque creía que el escritor no había comprendido nada de sus palabras, pero no fue así. Unos años más tarde (1726), leímos en la primera edición de los Viajes de Gulliver los datos referentes a las dos lunas marcianas; el santo y seña fue cambiado inmediatamente, pero no pudimos suprimir del libro el párrafo en cuestión.

Los detalles de esta índole no tenían, al fin y al cabo, mayor importancia, pero el problema de Platón sí la tenía. Siempre le tengo compasión cuando leo su narración sobre la caverna en la cual el hombre, sentado de espaldas al mundo, ve apenas sus sombras sobre las paredes. ¿Hay acaso algo extraño en el hecho de que, para él, la única realidad auténtica fuera el siglo XXVII, y que el tiempo primitivo donde le había encarcelado le parecía una «caverna tenebrosa»? Su doctrina sobre el conocimiento, que no es más que «un recurso» de lo que antaño, «antes de nacer», se veía mucho mejor, es una alusión aún más terminante.

Mientras las cosas seguían su curso, me caían encima preocupaciones cada vez más graves. Tuve que deportar a Tila, porque había ayudado a Napoleón a fugarse de Elba; escogí para él Mongolia, ya que, lleno de furia, profería amenazas de que me iba a acordar de él. Por más que pensara, no veía qué cosas podía tramar en medio de aquellos desiertos. Sin embargo, cumplió su palabra. Viendo lo que pasaba, los proyectistas se superaban en la invención de planes más extraños. Me aconsejaban, por ejemplo, que suministrara a los pueblos necesitados cronotrenes enteros de mercancías (sí, pero esto frenaría todo el progreso), o bien que tomara un millón de ciudadanos ilustrados de nuestro presente y los echara directamente en el Paleolítico (idea estupenda, pero ¿qué se debía hacer con la humanidad que ya vivía allí en las cavernas?)

La lectura de esos planes despertó mis sospechas en cuanto al siglo XX. Me pareció que se mandaba allá medios de exterminio masivo. Había oído decir que unos extremistas del Instituto querían retorcer el tiempo en círculo, para que el presente se enlazara con la prehistoria a fines del siglo XX. De ese modo, todo volvería a empezar otra vez desde el principio, sólo que esta vez mucho mejor. La idea era enfermiza, fantástica, loca, pero ya se dejaban entrever esbozos de preparativos. La fusión exigía la destrucción previa de la civilización existente y la «vuelta a la Naturaleza». Por lo tanto, desde mediados del siglo XX, iba en aumento el salvajismo, raptos, terrorismo, la juventud se volvía cada año más peluda, el erotismo no se diferenciaba del de las bestias, aparecían bandas de harapientos barbudos que alababan con sus rugidos ya no al Sol, sino unas estrellas o astros que no tenían nada de celestes. Se oían voces clamando por la destrucción de la técnica y ciencia, los futurólogos que se hacían pasar por sabios proclamaban (¿incitados por quién?) la inminencia de una catástrofe, la caída y término de todas las cosas, en algunos sitios se empezaban ya a construir cavernas, dándoles (supongo que para despistar) el nombre de refugios.

Me propuse, pues, concentrarme en el trabajo sobre los siglos futuros, ya que todo esto me olía a maniobras de vuelta atrás, o sea, las que vuelven hacia atrás el tiempo, conforme, precisamente, a la teoría del círculo, cuando recibí la invitación a una sesión extraordinaria del Consejo Científico. Unos amigos me habían advertido de que estaba convocada para constituir un tribunal de juicio contra mí. La noticia no me hizo descuidar mis obligaciones. Mi último acto oficial fue zanjar la cuestión de un hombre llamado Adel, funcionario de una comisión de control, quien se había traído del siglo XII a una joven, raptada por él en plena calle. La muchedumbre que había asistido a la desaparición de la muchacha (Adel la forzó a montar en su cronociclo con él), la proclamó santa y llamó asunción lo que fue en realidad un delito de seducción en el tiempo. Debía haberle despedido mucho antes: era un auténtico bruto, de aspecto repulsivo, parecido a un gorila con sus ojillos hundidos y mandíbula pesada, pero temía que se sospechara que había

actuado por motivos de antipatía personal. Sin embargo, ahora lo desterré y, por si acaso, muy lejos: 65.000 años atrás. Se convirtió en un Casanova de las cavernas y engendró al hombre de Neardenthal.

Acudí a la sesión con la cabeza alta, ya que no me sentía culpable de nada. La reunión duró diez horas, durante las que oí un sinfín de acusaciones. Se me juzgaba por arbitrariedad, falta de respecto para los sabios, ligereza ante las opiniones de los especialistas, favoritismo hacia Grecia, caída de Roma, el asunto de César (una calumnia más: yo no había enviado a ninguna parte a un tal Bruto), el affaire de Reichplatz alias cardenal Richelieu, abusos en el seno de MIRA y de la cronicía secreta., papas y antipapas (de hecho el «oscurantismo de la Edad Media» fue causado por Betterpart, quien, de acuerdo con su tan cacareada «mano dura», enchufó tantos confidentes entre los siglos VIII y XIII, que sobrevino el absolutismo y la degeneración de la cultura.)

La lectura del acta de acusación, formulada en 7.000 puntos, era, en el fondo, la lectura pública de un manual de historia. No me fueron ahorrados reproches relacionados con A. Donnai, la zarza ardiente, Sodoma y Gomorra, vikingos, ruedas de carros de guerra asiáticos, falta de ruedas en los carros de guerra sudamericanos, cruzadas, matanza de los Albigenses, Berthold Schwartz y su pólvora (¿y adonde debía haberle mandado? (Al Medioevo, para que ya entonces empezaran a matarme a tiros los hombres?)), etc., etc. Ahora ya no le gustaba nada al respetable consejo: ni la Reforma, ni la Contraoferta, y los que antes me agobiaban con estos proyectos, habiéndome de lo providenciales que eran (Rosenbeisser me pidió la Reforma casi de rodillas), estaban ahora sentados sin decir nada, tan inocentes.

En mi última palabra, cuando me fue concedido el derecho de pronunciarla, manifesté que no pensaba defenderme. ¡Que me juzgue la Historia de los tiempos venideros! Me permití, tan sólo, lo confieso, una observación sarcástica al final de mi corto discurso. Dije que el único progreso y el único bien que la Historia demostraba después de los trabajos del proyecto, eran mérito mío exclusivamente. Me refería a las consecuencias positivas de las deportaciones en masa por mí instauradas. A mí me debía la humanidad a Hornero, Platón, Aristóteles, Boskovitz, Leonardo da Vinci, Bosch, Spinoza e innumerables anónimos que la habían ayudado en su esfuerzo creador durante centurias. Por más cruel que fuera el destino de los proscritos en el exilio lo tenían merecido, lavando al mismo tiempo sus culpas ante la humanidad gracias a mí: hicieron mucho por ella, ¡pero sólo después de perder sus altos cargos en el proyecto! Si, en cambio, alguien quería ver lo que mientras tanto, lograban los especialistas del proyecto, que echaran una ojeada sobre Marte, Júpiter, Venus, sobre la devastada Luna; que contemplara la tumba de la Atlántida en el fondo del océano; que calculase la cantidad de víctimas de las grandes eras glaciales, las plagas, epidemias, fiebres, guerras, fanatismos religiosos... En una palabra, que mirase con un poco de atención la Historia Universal, convertida por la «optimalización» en un gran campo de batalla de planos de mejoras, en caos y en desolación. La Historia era víctima del Instituto y del ambiente que en él reinaba, de sus abusos, desórdenes, trabajos improvisados sin madurar, falta de visión, intrigas, ignorancia... Les dije que si de mí dependiera irían todos los señores historiofactores a jugar con los brontosaurios.

Por razones que no necesitan ser comentadas, mis frases tuvieron una acogida más bien fría en el auditorio. A pesar de que con ellas debían terminar los debates, pidieron todavía la palabra unos cuantos tempo-listas de renombre, tales como I. G. Norans, M. Tagueule y Rosenbeisser mismo, presente en la sesión, porque sus buenos amigos se habían dado prisa en ayudarlo a volver de Bizancio; conociendo de antemano el resultado de la votación que debía decidir sobre mi permanencia en el cargo de director, escenificaron «la muerte en el campo de batalla» de Juliano el Apóstata (363), para que Rosenbeisser pudiera asistir al espectáculo de mi juicio. Antes de que hubiera abierto la boca, pedí la palabra en una cuestión formal, para preguntar desde cuándo los

emperadores bizantinos tenían derecho a tomar parte en las deliberaciones del Instituto, pero nadie se dignó contestarme.

La intervención de Rosenbeisser estaba muy bien preparada; no cabía duda de que le habían enviado los datos antes, mientras estaba todavía en Constantinopla. Ni siquiera se tomó la molestia de disimular su maniobra torpemente hilvanada. El «insigne» profesor me acusó de diletantismo e ignorancia en la materia de la música, pretendiendo que a causa de mi falta absoluta de oído, había provocado una grave adulteración de conceptos de la física teórica. La explicación de los hechos, presentada por él, fue la siguiente: después de examinar por sondeo teleguiado la inteligencia de todos los niños a finales del siglo XIX y principios del XX, nuestro Supercomputador descubrió a unos pequeñuelos capaces de formular, a edad temprana, el principio de equivalencia entre la materia y la energía, esencial para la liberación de la potencia del átomo. Eran, entre otros, Fierre Solitaire, T. Adnokameniak, Stanislaw Kamienski, John Onestone, Trofin Odintzev-Bulisnikov, Aristides Monolapides y Giovanni Unipetra, encabezados por el jovencito Bert Einstein. Según la versión de Rosenbeisser, yo me atreví a proteger a este último porque encontraba que era un buen violinista; años después, por culpa de ambos, cayó la bomba sobre el Japón.

Rosenbeisser falseó los hechos con tanta desvergüenza que me quedé sin aliento. El violín de Einstein no tenía nada que ver con el asunto. ¡Ese calumniador me achacaba a mí sus propios pecados! El Supercomputador, al modelar los acontecimientos venideros por sus prognosis, preveía la bomba atómica en la Italia de Mussolini para la teoría de relatividad de Unopetra, y toda una serie de cataclismos, aún peores, para los demás chiquillos. Me decidí por Einstein porque era un buen niño, y ni a él ni a mí se nos puede hacer responsables por lo que pasó después con los átomos. Actué en contra de los consejos de Rosenbeisser, que proponía «la limpieza profiláctica de la Tierra» por el exterminio de los niños en la edad preescolar, para que la liberación de la energía atómica esperara hasta el siglo XXI, pasado ya el peligro. Me presentó, incluso, a un cronicista dispuesto a encargarse de la realización del proyecto. Deporté en el acto a aquel individuo siniestro, llamado, si mal no recuerdo, H. Errods, a Asia Menor, donde cometió crímenes espantosos mencionados en uno de los puntos de la acusación. Pero ¿qué podía hacer con él? ¡Era forzoso que le desterrara a algún tiempo! En cualquier caso no quiero entrar en polémica con esa montaña de difamaciones y calumnias, tan bien preparadas.

Cuando, por una votación unánime, fui desposeído de mi cargo dentro del proyecto, Rosenbeisser me convocó inmediatamente a la dirección; le encontré sentado ya en mi butaca, en funciones de director. ¿A quién creen ustedes que vi a su lado? Sí, sí, no se equivocan: estaban allí Goodlay, Gestirner, Astroianni, Starshit y todos los otros chapuceros. Rosenbeisser se dio una prisa extraordinaria en sacarlos de todos los siglos en que estaban ubicados. A él mismo la estancia en Bizancio le hizo un gran bien. Durante la expedición contra los persas adelgazó y se puso moreno del sol, se trajo monedas con su propia imagen, prendedores y anillos de oro y montones de lujosos trapos que estaba enseñando a su pandilla cuando entré. Al verme, los escondió aprisa en un cajón. Estaba allí sentado, hinchado de orgullo como un sapo, dejando caer las palabras con parsimonia, sin mirarme, como un emperador de cuento de hadas. Venciendo a duras penas la alegría del triunfo que no le cabía en su cuerpo, me dijo, muy altanero, que podía volver a casa, con la condición de hacerle un recado. Quería que yo convenciera a aquel Ijon Tichy que durante mi ausencia vivía instalado en mi casa, que aceptara la jefatura del OTHUS.

Una luz repentina se hizo en mi cerebro. En aquel momento comprendí por qué me habían escogido precisamente a mí para que les buscara por mí mismo! En efecto, la prognosis del Supercomputador seguía siendo válida, no se podía encontrar, por tanto, nadie mejor para la función de director de Optimalización de la Historia. Ellos no actuaban por motivos de generosidad o nobleza, ya que no tenían un ápice de ella, sino por mero

cálculo. Por cierto, aquel I. Tichy que me había metido en esa empresa se quedó en el pasado y vivía en mi casa. Comprendí una cosa más: el círculo del tiempo no se cerraría antes de que yo —yo de ahora— irrumpiera en la biblioteca y, al frenar el cronociclo, volcara todos los libros al suelo. Encontraría a aquel Ijon en la cocina, con una sartén en la mano, y lo sorprendería por mi brusca aparición. Yo desempeñaría el papel del emisario del futuro, mientras que él, el inquilino de la casa, constituía el objeto de mi misión. La paradoja aparente de la situación es un resultado ineludible de la relatividad de los tiempos, inseparable del desarrollo de la tecnología croumotriz. La perfidia del plan forjado por el Supercomputador consistía en el hecho de haber creado el círculo de tiempo doble: uno pequeño dentro de uno grande. En el círculo pequeño estuve dando vueltas al principio junto con mi doble, hasta el momento en que acepté la proposición del viaje al futuro. Pero el círculo grande permanecía abierto; por eso yo no comprendía entonces cómo él se había encontrado en aquella época futura, de la cual pretendía llegar.

En el círculo pequeño, yo siempre era el I. Tichy más temprano y él el más tardío. Ahora los papeles debían cambiar, ya que los tiempos se invirtieron: ahora yo llegaba con mi misión desde el futuro; él, convertido en el Tichy más temprano, tenía que coger en las manos los timones del proyecto. En una palabra, debíamos intercambiar nuestros sitios en el tiempo. Solamente me preguntaba por qué él no me lo había explicado entonces, en la cocina, pero lo comprendí enseguida, puesto que Rosenbeisser me obligó a darle mi palabra de honor de que no revelaría jamás un detalle de lo que pasaba en el proyecto. Me dijo que si me negaba a guardar el secreto, en vez de un cronociclo recibiría una jubilación y no iría a ninguna parte. ¿Qué solución me quedaba? Ellos sabían, los bellacos, que yo no iba a decir no. Lo haría si el candidato a mi cargo fuera cualquier persona. Pero ¿cómo podía desconfiar de un sucesor que era yo mismo? ¡Pensando de antemano en esa eventualidad, formaron su diabólico plan!

Sin honores, sin pompa, sin una sola palabra de agradecimiento, sin fiesta de despedida, en medio del silencio sepulcral de los que hasta hacía poco habían sido mis colaboradores, que antes me abrumaban con piropos y zalamerías, que admiraban con ostentación y entusiasmo los horizontes de mi pensamiento, y que ahora me volvían la espalda, me marché solo a la estación de salidas. Una malevolencia mezquina incitó a mis antiguos subordinados a destinarme el cronociclo más destartado que había. ¡Claro, con ese cacharro no podía frenar correctamente y evitar el destrozo de mi biblioteca! Pero una afrenta más, entre otras tantas, ya no me podía herir. Aunque por culpa de la avería de los amortizadores el cronociclo saltaba espantosamente en los puntos de contacto con los siglos (momentos neurálgicos del tiempo), abandoné el siglo XXVII sin amargura ni rencor, ocupada la mente con una sola idea: ¿Prosperará la Optimización Telecrónica de la Historia Universal bajo el mando... de mi sucesor?

FIN